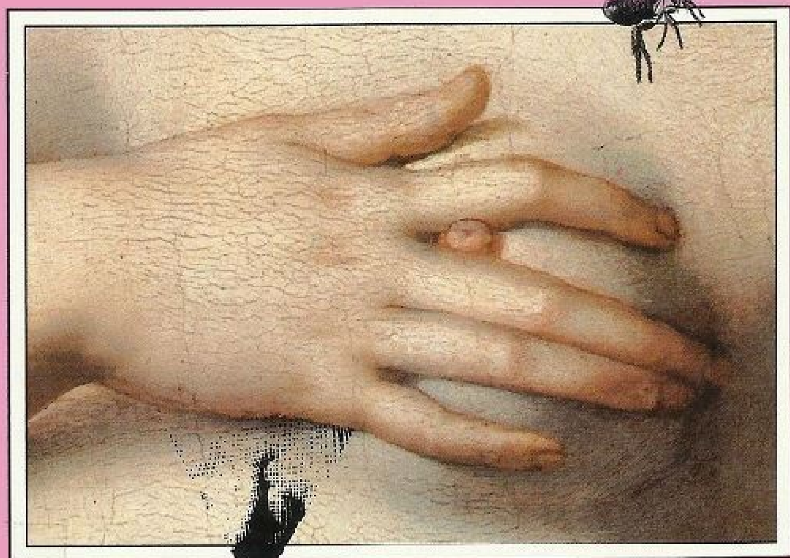
Anónimo

Autobiografía de una pulga



La sonrisa vertical



Ésta es la historia de una pulga, o mejor dicho, de todo lo que esa pulga ve desde el memorable día en que escogió para vivir la nívea pierna de Bella, una encantadora e inocente jovencita que acudía a la iglesia acompañada de su tía. Con la avidez de un *voyeur*, la pulga asistirá a la iniciación de Bella en el arte amatorio con su amigo Charlie. Pero, ay, sorprendidos por el cura confesor —el padre Ambrose—, éste ofrecerá a la joven, a modo de penitencia, la oportunidad de convertirse en la «elegida» para saciar los santos deseos del sacerdote. A partir de este encuentro de Bella con el padre Ambrose, la lascivia de la joven, de incipiente voluptuosidad, se desboca: decidida a disfrutar de esos placeres recién descubiertos, no parará hasta implicar a su tío. Fiel a Bella, la pulga seguirá las andanzas de tío, sobrina, y confesor, que de dedican a pervertir, juntos o separados, a cuantas personas se les antojan deseables, mientras, en un *crescendo*, se suceden las escenas más lúbricas y desaforadas de la literatura erótica.



Anónimo

Autobiografía de una pulga

La sonrisa vertical - 110

ePub r1.0
Titivillus 27.04.15

Título original: *The autobiography of a flea*
Anónimo, 1881
Traducción: Eduardo Iriarte

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

Capítulo I

Nací —aunque no podría decir cómo, cuándo ni dónde, de modo que debo dejar al lector que acepte la afirmación *per se* y la crea si así le place—. Igualmente cierto es que el hecho de mi nacimiento no es ni un ápice menos veraz que la realidad de estas memorias, y si el avezado estudioso de estas páginas se pregunta cómo alguien de mi condición —o quizá debería decir de mi especie— adquirió la erudición, la observación y la facultad de rememorar con precisión la totalidad de los maravillosos hechos y revelaciones que a punto estoy de relatar, no puedo sino recordarle que existen inteligencias, apenas sospechadas por el vulgo, y leyes de la naturaleza cuya existencia aún no ha sido detectada por los más adelantados miembros del mundo científico.

He oído comentar en algún sitio que mi especialidad era ganarme la vida chupando sangre. No soy en modo alguno el ser más bajo de esa fraternidad universal, y si bien sustento mi existencia con precariedad en los cuerpos de aquellos con quienes entro en contacto, mi experiencia demuestra que lo hago de un modo notable y peculiar, con un esmero y cuidado que rara vez se da en quienes ejercen mi profesión. Sin embargo, aduzco que tengo otros y más elevados objetivos que la mera sustentación de mi cuerpo merced a las contribuciones de los incautos. Consciente de este defecto original, y con un alma muy por encima de los vulgares instintos de mi raza, ascendí gradualmente a las cotas de percepción mental y erudición que me ubicaron por siempre jamás en el pináculo de la sublimidad insectil.

Es esta conquista de erudición la que evocaré al describir las escenas de las que no sólo he sido testigo, sino también partícipe. No me detendré a explicar por qué medios llegué a poseer aptitudes humanas de raciocinio y observación, sino

que, en mis lucubraciones, dejaré simplemente que el lector perciba que las poseo y se admire de ello.

De este modo se percatará de que no soy una pulga común; de hecho, si se tiene en cuenta la compañía que he frecuentado, la familiaridad con que se me ha permitido tratar a personas de lo más exaltado y las oportunidades que se me han brindado de sacar el mayor partido a mis amistades, el lector sin duda convendrá conmigo en que soy en verdad un insecto de lo más maravilloso y eminente.

Mis primeros recuerdos se remontan al momento en que me encontré en una iglesia. Resonaba una música solemne y unos cantos lentos y monótonos que en aquel instante me llenaron de sorpresa y admiración, aunque, desde entonces, hace ya tiempo que aprendí la auténtica importancia de tales ejercicios y ahora tomo las actitudes de los fieles por la apariencia exterior de sus emociones internas, por lo general inexistentes. Sea como fuere, estaba ocupada en cuestiones profesionales relacionadas con la rolliza y blanca pierna de una damita de unos dieciséis años, el sabor de cuya deliciosa sangre bien recuerdo, y el gusto de cuyo…

Pero estoy divagando.

Poco después de empezar a poner en práctica con discreción y suavidad mis diminutas atenciones, la joven se levantó con el resto de los fieles para partir, y yo, como es natural, decidí acompañarla.

Tengo muy aguda la vista y muy fino el oído, y por eso pude ver que un joven caballero deslizaba un trocito plegado de papel blanco en la hermosa mano enguantada de la damita al pasar ésta por el pórtico abarrotado. Había reparado en el nombre de Bella pulcramente bordado en la suave media de seda que me había atraído en un principio, y vi ahora que esta misma palabra aparecía sola en el exterior de la nota de amor. La joven estaba con su tía, una dama alta y augusta con la que yo no deseaba establecer lazos de intimidad.

Bella era una beldad de apenas dieciséis años; tenía una figura perfecta, y a pesar de su juventud, su tierno busto ya empezaba a alcanzar esas proporciones que tanto deleitan al otro sexo. Su rostro era de una franqueza encantadora; su

aliento, dulce como los perfumes de Arabia y, como siempre he dicho, su piel tenía la suavidad del terciopelo. Bella estaba a todas luces al tanto de su hermosura y erguía la cabeza con el orgullo y la coquetería de una reina. Las melancólicas y anhelantes miradas de reojo que le echaban los jóvenes —y en ocasiones también los de edad más madura— no dejaban duda de que inspiraba admiración. Cuando salió de la iglesia, se produjo un silencio general y un desvío de las miradas en dirección a la hermosa Bella que expresaron con más claridad que las palabras que era a ella a la que admiraban todos los ojos y deseaban todos los corazones; al menos entre el sexo masculino.

No obstante, prestando muy escasa atención a lo que seguramente era algo cotidiano, la damita, acompañada de su tía, se fue a paso ligero camino de su casa, y tras llegar a la pulcra y elegante residencia, se dirigió rápidamente a su habitación. No diré que la seguí, sino que «fui con ella» y contemplé a la dulce muchacha cruzar una primorosa pierna sobre la otra y quitarse las más diminutas, ceñidas y exquisitas botas de piel de cabritilla que jamás he visto.

Salté a la alfombra y continué con mis indagaciones. Le siguió la bota izquierda, y sin descabalgar una rolliza pantorrilla de la otra, Bella se quedó sentada mirando el trozo de papel plegado que yo había visto al joven depositar a escondidas en su mano.

Observando todo muy de cerca, reparé en los generosos muslos que, en la posición inclinada que había adoptado, se prolongaban hacia arriba más allá de sus ajustadas ligas hasta que se perdían en la oscuridad y se reunían en un punto donde se encontraban con su hermoso vientre; allí, los muslos casi ocultaban una hendidura fina y aterciopelada, y proyectaban una sombra sobre los redondeados labios de ésta.

Poco después, Bella dejó caer la nota, y al quedar abierta, me tomé la libertad de leerla. «Estaré en el lugar de siempre, esta noche, a las ocho», eran las únicas palabras escritas en el papel, pero al parecer tenían un interés especial para Bella, pues estuvo cavilando durante un rato con ánimo

meditabundo.

Se había despertado mi curiosidad, y como deseaba saber más acerca de la interesante joven con la que la fortuna tan promiscuamente me había llevado a entrar en grato contacto, permanecí discretamente instalado en un escondrijo acogedor aunque un tanto húmedo, y hasta cerca de la hora mencionada no volví a salir para observar la marcha de los acontecimientos.

Bella se había vestido con escrupuloso esmero y se dispuso a dirigirse al jardín que rodeaba la mansión en que vivía.

Fui con ella.

Al llegar al extremo de una avenida larga y umbrosa, la joven se sentó en un rústico banco y allí esperó la llegada de la persona con la que iba a reunirse.

No transcurrieron más que unos minutos antes de que se presentara el joven al que había visto ponerse en contacto por la mañana con mi hermosa amiguita. Luego tuvo lugar una conversación que, a juzgar por lo enfrascada que estaba la pareja, revestía un inusitado interés para ambos.

Caía la tarde y el crepúsculo ya había comenzado: el aire era cálido y suave, y los dos jóvenes estaban sentados en el banco estrechamente entrelazados, ajenos a todo excepto a su propia felicidad.

—No sabes cómo te amo, Bella —susurró el joven, sellando tiernamente su declaración con un beso sobre los labios que le ofrecía su compañera.

—Claro que lo sé —replicó la muchacha, ingenuamente—. ¿Acaso no me lo dices siempre? Pronto me cansaré de oírlo. —Meneó nerviosa su hermoso piececito y adoptó una actitud pensativa—. ¿Cuándo vas a explicarme todas aquellas cosas tan curiosas de las que me hablaste? —preguntó, levantando la vista fugazmente para, con la misma rapidez, volver a posar sus ojos sobre el camino de grava.

—Ahora, querida Bella —respondió el joven—. Ahora que tenemos la oportunidad de estar a solas sin que nadie nos interrumpa. Bella, tú sabes que ya no somos niños, ¿verdad?

La joven asintió con la cabeza.

—Bueno, pues hay cosas que los niños no saben y que los amantes no sólo deben saber sino también poner en práctica.

—Vaya, vaya —dijo la muchacha, con toda seriedad.

—Sí —continuó su compañero—, hay secretos que hacen felices a los amantes y constituyen el gozo de amar y ser amado.

—¡Cielos! —exclamó Bella—. ¡Qué sentimental te has vuelto, Charlie! Recuerdo cuando decías que el sentimiento no era sino un «completo embuste».

—Así lo pensaba, hasta que me enamoré de ti —replicó el joven.

—Sandeces —continuó Bella—, pero adelante, Charlie, cuéntame lo que me prometiste.

—No puedo contártelo sin hacerte una demostración al mismo tiempo —contestó Charlie—. El conocimiento sólo se adquiere a través de la experiencia.

—¡Ah, entonces adelante, hazme una demostración! —exclamó la muchacha, en cuyos ojos brillantes y mejillas encendidas me pareció detectar que sabía muy bien la clase de instrucción que estaba a punto de impartírsele.

Su impaciencia tenía algo de cautivador. El joven accedió a lo que le pedía, y cubriendo su joven y hermosa figura con la suya propia, pegó su boca a la de ella y la besó con entusiasmo.

Bella no se resistió; incluso puso de su parte y devolvió las caricias de su amante.

Mientras tanto, caía el crepúsculo: los árboles, envueltos en la creciente oscuridad, extendían sus frondosas copas para proteger a los jóvenes amantes de la luz menguante.

Al poco rato Charlie se desplazó hacia un lado; hizo un leve movimiento y luego, sin hallar oposición alguna, metió la mano por debajo de las enaguas de la joven Bella. No satisfecho con los encantos que encontró en el ámbito de las relucientes medias de seda, probó a avanzar un poco más, y sus dedos errabundos alcanzaron la piel suave y trémula de los jóvenes muslos.

La respiración de Bella, al percibir el indecoroso ataque de que estaban siendo objeto sus encantos, se tornó

apremiante. No obstante, lejos de resistirse, a todas luces disfrutaba con el excitante toqueteo.

—Tócalo —susurró Bella—, te lo permito.

Charlie no necesitó más invitación: de hecho ya se estaba preparando para avanzar sin ella, y entendida de inmediato la autorización, avanzó los dedos. La hermosa joven abrió a su vez los muslos y al instante la mano cubría los delicados labios rosados de su hermosa hendidura.

Durante los siguientes diez minutos la pareja permaneció casi inmóvil, sus labios unidos y su respiración como única señal de las sensaciones que los abrumaban con la embriaguez del desenfreno. Charlie palpó un delicado objeto, que se endureció bajo sus ágiles dedos y adquirió una prominencia de la que él no tenía conocimiento alguno.

Al poco Bella cerró los ojos, echó atrás la cabeza y se estremeció levemente mientras su talle se tornaba flexible y lánguido, y reposó la cabeza sobre el brazo de su amante.

—Oh, Charlie —murmuró—, ¿qué haces? ¡Qué deliciosas sensaciones me provocas!

El joven, entre tanto, no permanecía ocioso, sino que tras explorar cuanto le había sido posible en la forzada posición en que se encontraba, se incorporó, y notando que necesitaba mitigar la violenta pasión que sus actos habían atizado, suplicó a su hermosa compañera que le permitiera guiar su manita a un preciado objeto que, según le aseguró, era capaz de proporcionarle un placer mucho más intenso que el que le habían dado sus dedos.

De buena gana, en un instante Bella tenía asido un nuevo y delicioso objeto, y ya cediendo a una curiosidad que disimulaba, ya auténticamente transportada por sus deseos recién suscitados, no iba a conformarse con menos que sacar a la luz el asunto ascendente de su amigo.

Aquellos de mis lectores que se hayan visto en una situación similar entenderán enseguida el candoroso asimiento y la mirada de sorpresa con que recibió la primera aparición en público de la nueva adquisición.

Bella contemplaba por primera vez en su vida el miembro de un hombre en toda la plenitud de su fuerza, y aunque en

modo alguno era —eso lo vi con claridad— un ejemplar formidable, su astil blanco y su cabeza cubierta con una capucha roja, de la que el suave prepucio se retiró al apretar, infundieron en la joven unos apremiantes deseos de averiguar más.

Charlie estaba igualmente impresionado; le brillaban los ojos y su mano seguía vagando por todo el dulce y joven tesoro del que había tomado posesión.

Mientras tanto, los jugueteos de la manita blanca con el miembro juvenil habían producido los efectos que suelen producirse en circunstancias semejantes en una constitución tan saludable y vigorosa como la del dueño del asunto en cuestión.

Extasiado con las suaves caricias, los dulces y deliciosos apretones, la impericia con que la damita retiraba los pliegues del capullo rampante y dejaban al descubierto la cresta de color rubí, púrpura de deseo, y la punta, acabada en el minúsculo orificio, ahora a la espera de la oportunidad de lanzar su viscosa ofrenda, el joven se puso frenético de lujuria, y Bella, experimentando sensaciones nuevas y extrañas pero que la transportaban en un torbellino de apasionada excitación, suspiraba por no sabía qué extático desahogo.

La joven, con los hermosos ojos entornados, los húmedos labios entreabiertos y la piel caliente y lustrosa debido al inusitado arrebato que la invadía, permanecía tumbada, víctima deliciosa de quien tenía la oportunidad inmediata de cosechar sus favores y coger su joven y delicada rosa.

Charlie, aunque era joven, no era tan tonto como para perder semejante oportunidad; además, sus pasiones ahora violentas lo apremiaban a seguir adelante a pesar de los dictados de la prudencia que, de no hallarse en ese estado, quizás hubiera observado.

Percibió que el centro palpitante y bien lubricado temblaba bajo sus dedos, contempló a la hermosa muchacha postrada e invitándole al juego amoroso, vio los tiernos jadeos que hacían subir y bajar su joven busto, y reconoció las intensas emociones sexuales que animaban a la figura

encendida de su tierna compañera.

Las piernas redondeadas, suaves y rollizas de la muchacha estaban ahora expuestas a su sensual mirada.

Tras alzar con precaución los ropajes que interferían, Charlie vislumbró aún más los encantos ocultos de su hermosa compañera, hasta que, con los ojos llameantes, vio cómo las rechonchas extremidades iban a morir en las amplias caderas y el vientre blanco y palpitante.

Entonces su ardiente mirada se posó también sobre el punto que más le atraía: la rajita rosada, medio escondida en la base del henchido monte de Venus, apenas sombreado aún por una levísima pelusa.

La estimulación y las caricias que Charlie había aplicado al codiciado objeto habían inducido el flujo de humedad que tal excitación tiende a provocar, y Bella yacía con su hendidura aterciopelada bien humedecida con el mejor y más dulce lubricante de la naturaleza.

Charlie vio su oportunidad. Retiró suavemente la mano de Bella de su propio miembro y se abalanzó con frenesí sobre la muchacha.ˆ

Su brazo izquierdo se enroscó en torno a la delgada cintura, su aliento rozó la mejilla de la joven, sus labios oprimieron los de ella en un beso largo, apasionado y premioso. Su mano derecha, ahora libre, buscaba juntar esas partes de ambos que son instrumentos activos de placer sensual, y con esfuerzos apremiantes ansiaba culminar la unión.

Bella sintió por primera vez en su vida el roce mágico del aparato de un hombre entre las yemas de su orificio rosado.

En cuanto percibió el cálido contacto de la testa endurecida del miembro de Charlie, se estremeció perceptiblemente, y anticipando ya las delicias del goce venéreo, emitió prueba abundante de su susceptible naturaleza.

Charlie, arrebatado de felicidad, se afanaba con ilusión en perfeccionar su disfrute.

Sin embargo, a la naturaleza, que con tanta intensidad había favorecido el desarrollo de las pasiones sensuales de

Bella, le quedaba todavía algo por hacer antes de que un capullo tan temprano pudiera abrirse sin problemas.

Bella era muy joven, inmadura, y desde luego lo era en lo tocante a las visitas mensuales que supuestamente marcan el comienzo de la pubertad; y las partes de Bella, si bien rebosaban de perfección y frescura, apenas estaban preparadas para alojar siquiera a un campeón tan moderado como ese que, con testa rotunda y penetrante, buscaba ahora entrar y obtener acomodo.

En vano Charlie empujaba y se esforzaba por ahondar en las partes delicadas de la encantadora joven con su miembro excitado.

Los pliegues rosados y el minúsculo orificio se resistían a todos sus intentos de penetrar en la mística gruta. En vano la hermosa Bella, ahora presa de una furiosa excitación y medio enloquecida debido a la estimulación de que había sido objeto, secundaba por todos los medios de que disponía las audaces tentativas de su joven amante.

La membrana era fuerte y resistió airosa hasta que el joven, con el propósito de alcanzar su objetivo o reventarlo todo, se retiró durante un instante y, con un embate desesperado, logró perforarla y embutir la cabeza y los lomos de su erguido asunto en el vientre de la complaciente muchacha.

Bella lanzó un gritito al notar la vigorosa incursión en sus encantos secretos, pero el delicioso contacto le dio coraje para soportar el dolor, con la esperanza del alivio que parecía estar en camino.

Mientras tanto, Charlie empujaba una y otra vez, y orgulloso de la victoria que ya había alcanzado, no sólo defendía su terreno sino que con cada embate avanzaba un breve trecho vereda adelante.

Se ha dicho que *ce que le premier coup qui coûte n'est* («el que más cuesta es el primer polvo»), pero bien podría argumentarse que *quelquefois il coûte trop* («a veces cuesta demasiado»), como podría inferir conmigo el lector en el presente caso.

Sin embargo, por curioso que parezca, ninguno de nuestros amantes pensó siquiera en esa cuestión, sino que del todo absortos en las deliciosas sensaciones que les embargaban, se unieron para llevar a cabo aquellos ardientes movimientos que ambos notaban que culminarían en éxtasis.

En cuanto a la muchacha, temblando toda ella de deliciosa impaciencia, y mientras sus carnosos labios rojos dejaban escapar breves y esporádicas exclamaciones que anunciaban el extremo deleite, se entregaba en cuerpo y alma a las delicias del coito. Sus compresiones musculares sobre el arma que ahora la había conquistado como es debido, la firmeza con que asía al atormentado mozo en su delicada y humedecida vaina, semejante a un guante, se sumaban para excitar a Charlie hasta la locura. Insertó en el cuerpo de su compañera su aparato hasta las raíces, y los dos globos ceñidos bajo el espumante campeón de su virilidad presionaron las firmes nalgas del blanco trasero de Bella. Ya no podía avanzar más, y su única ocupación era disfrutar y recoger en su totalidad la deliciosa cosecha de sus esfuerzos.

Bella, no obstante, insaciable en su pasión, apenas comprobó que la ansiada unión se había llevado a cabo, experimentó el penetrante placer que el rígido y cálido miembro le proporcionaba y se excitó demasiado para que supiera o le importara lo que estaba ocurriendo, y así, en su frenética excitación, sorprendida de nuevo por los enloquecedores espasmos de la lujuria culminada, hizo presión sobre el objeto de su placer, levantó los brazos con arrobamiento apasionado y luego, volviendo a hundirse en los brazos de su amante, entre profundos gemidos de agonía extática y grititos de sorpresa y deleite, despidió una copiosa emisión, que al encontrar una salida por la parte inferior, empapó las pelotas de Charlie.

En cuanto el joven presenció el disfrute que gracias a él estaba obteniendo la hermosa Bella y reparó en el profuso aluvión que había vertido sobre su persona, también cayó presa de una furia lasciva. Un violento torrente de deseo se precipitó por sus venas, e hincó con furia su instrumento hasta la empuñadura en el delicioso vientre de Bella; después,

retirándose, extrajo el miembro humeante casi hasta el bálano. Hizo presión y se lo llevó todo por delante. Notó que le invadía una sensación hormigueante y enloquecedora; asió con más fuerza a su joven amante, y al tiempo que el pecho jadeante de ésta lanzaba otro grito de goce extático, se encontró resoplando sobre su busto y derramó en su agradecido útero un chorro abundante y fogoso de vigor juvenil.

De los labios de Bella escapó un profundo quejido de salaz goce al sentir en su interior los borbotones espasmódicos de flujo seminal que salían del excitado miembro; en ese instante, el delirio lascivo de la emisión obligó a Charlie a lanzar un grito agudo y conmovedor al tiempo que quedaba postrado, con los ojos en blanco, en el último acto del drama sensual.

Ese grito fue la señal para una interrupción tan repentina como inesperada. De entre los arbustos circundantes surgió a hurtadillas la figura sombría de un hombre; éste se acercó y se plantó ante los jóvenes amantes.

El horror les heló la sangre a ambos.

Charlie se retiró del cálido y exquisito refugio que ocupaba, se incorporó como buenamente pudo y se apartó de la aparición como de una horrible serpiente.

En lo que respecta a la joven Bella, en cuanto vio al intruso, se cubrió el rostro con las manos, se acurrucó en el banco que había sido testigo silente de sus placeres y, demasiado asustada para emitir sonido alguno, esperó, con todo el aplomo que fue capaz de reunir, la tormenta que se avecinaba.

El suspense en que estaba no se prolongó mucho.

Avanzando presto hacia la pareja culpable, el recién llegado agarró al muchacho por el brazo mientras, con un severo y autoritario ademán, le ordenaba reparar el desorden de sus ropas.

—Chico impúdico —siseó entre dientes—, ¿qué es lo que has hecho? ¿A qué extremos te han llevado tus locas y violentas pasiones? ¿Cómo vas a enfrentarte a la ira de tu padre, justamente ofendido? ¿Cómo apaciguarás su furiosa

indignación cuando, en el ejercicio de mi obligación ineludible, le ponga al corriente de la ofensa causada por la mano de su único hijo?

Al terminar, el orador, que tenía aún a Charlie agarrado por la muñeca, dio unos pasos y se dejó ver a la luz de la luna. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, bajo, recio y un tanto ancho de espaldas. Su rostro, decididamente agraciado, resultaba más atractivo aún debido a sus ojos brillantes, negros como el azabache, que lanzaban feroces miradas de apasionada indignación. Vestía un hábito de religioso, cuyos colores oscuros y pulcritud perfectamente discreta no hacían sino subrayar su complexión notablemente musculosa y su pasmosa fisionomía.

Charlie, como no era para menos, estaba muy turbado, y para su infinito y egoísta alivio, el severo intruso se volvió hacia la joven con la que acababa de compartir su goce libidinoso.

—Por ti, miserable muchacha, no puedo sino expresar el terror más absoluto y mi más justificada indignación. Descuidando los preceptos de la santa madre Iglesia, e indiferente a tu honor, has permitido a este mozo malvado y presuntuoso que recoja la fruta prohibida. ¿Qué será ahora de ti? Despreciada por tus amigos y expulsada de la casa de tu tío, te reunirás con las bestias del campo, y exiliada como el Nabucodonosor de antaño, los de tu especie huirán de ti como de la peste, y te congratularás de obtener miserable sustento por los caminos.

El desconocido había llegado a este punto en su abjuración de la desventurada muchacha, cuando Bella, que estaba acurrucada, se levantó, se lanzó a sus pies y sumó sus lágrimas y oraciones de arrepentimiento a las de su joven amante.

—No digáis más —continuó al poco el implacable sacerdote—, no digáis más. Las confesiones de nada sirven, y las humillaciones no hacen sino agravar vuestra ofensa. Albergo dudas acerca de cuál es mi deber en este triste asunto, pero si obedeciera los dictados de mi presente inclinación, acudiría directamente a vuestros tutores

naturales y de inmediato les informaría de la infame naturaleza de mi fortuito descubrimiento.

—¡Ay, por piedad, tenga compasión de mí! —rogó Bella, cuyas lágrimas descendían ahora por sus hermosas mejillas, encendidas hasta hace tan poco de placer lascivo.

—Perdónenos, padre, perdónenos a los dos. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para expiar nuestro pecado. Encargaremos seis misas y se rezarán varios rosarios por nosotros. Ahora realizaré la peregrinación al templo de St. Eugulphus de la que me habló el otro día. Estoy dispuesto a cualquier cosa, a sacrificarlo todo, si tiene piedad de la estimada Bella.

El sacerdote alzó la mano para acallarlo. Luego habló, y se vislumbraba un asomo de piedad en su aspecto severo y decidido.

—Ya es suficiente —dijo—, necesito tiempo. Debo invocar la ayuda de la santa Virgen, que no conoció el pecado, sino que, al margen de los deleites carnales de la cópula mortal, trajo al mundo al santo niño en el pesebre de Belén. Acude mañana a la sacristía, Bella. Allí, en lugar sagrado, te revelaré la voluntad sagrada en lo tocante a tu transgresión. A las dos en punto te espero. En cuanto a ti, joven temerario, pospondré mi decisión y cualquier acción hasta pasado mañana; ese día, a la misma hora, te esperaré.

De las gargantas de los penitentes brotaron al unísono un millar de agradecimientos cuando el padre les indicó que se marcharan. La tarde había caído hacía ya rato y empezaba a levantarse la bruma nocturna.

—Por el momento, buenas noches y que la paz sea con vosotros; hasta que volvamos a vernos, vuestro secreto está seguro conmigo —dijo, y desapareció.

Capítulo II

La curiosidad por averiguar la continuación de una aventura que había despertado ya en mí mucho interés, así como un tierno afecto por la dulce y afectuosa Bella, me obligó a permanecer cerca de ella, y, por consiguiente, procuré no molestarla con ninguna atención demasiado animosa por mi parte ni provocar resistencia alguna mediante un ataque intempestivo en un momento en el que, para alcanzar mis propósitos, necesitaba mantenerme a la vera de las maniobras de esa damita.

No trataré de referirme al desdichado periodo que vivió mi joven protegida desde el escandaloso descubrimiento llevado a cabo por el pío padre confesor hasta la hora por éste señalada para el encuentro en la sacristía, encuentro que decidiría la suerte de la desventurada Bella.

Con pasos trémulos y la mirada baja, la atemorizada niña se presentó en la entrada de la sacristía y llamó con los nudillos.

Se abrió la puerta y apareció el padre en el umbral.

A una señal, Bella entró y quedó ante la imponente presencia del eclesiástico.

Se produjo un embarazoso silencio que duró varios segundos. El padre Ambrose fue el primero en romper el ensalmo.

—Has hecho bien, hija mía, en acudir a mí con puntualidad; la pronta obediencia del penitente es la primera señal de que se está en disposición de obtener divina misericordia.

Ante tan clementes palabras, Bella cobró ánimos, y dio la impresión de que se sentía ya más tranquila.

El padre Ambrose, al tiempo que tomaba asiento sobre el largo cojín que cubría un enorme baúl de roble, continuó:

—He pensado y rezado mucho por ti, hija mía. Durante un tiempo creí que no había otro modo de aliviar mi conciencia que acudir a tu legítimo protector y revelarle el espantoso secreto del que me he convertido en desdichado depositario.

Hizo una pausa, y Bella, que conocía bien la severidad de su tío, de quien dependía por completo, tembló al oír sus palabras.

A la vez que tomaba la mano de Bella y atraía a la niña de modo que quedara arrodillada ante él, el hombre ejercía presión con su mano derecha sobre el torneado hombro de la joven.

—Sin embargo —prosiguió—, me abate pensar en las terribles consecuencias de semejante revelación, y he pedido ayuda en mi desventura a la Santísima Virgen. Ella me ha mostrado una salida que serviría a los fines de nuestra santa madre Iglesia al tiempo que evitaría que tu tío se enterara de las consecuencias de tu pecado. Este proceder, no obstante, requiere ante todo una obediencia implícita.

Bella, contentísima al oír mentar una solución a sus problemas, prometió la más ciega obediencia a los mandatos de su padre espiritual.

La jovencita estaba arrodillada a sus pies. El padre Ambrose inclinó su voluminosa cabeza sobre ella. Un cálido matiz coloreaba las mejillas del sacerdote, un fuego extraño bailoteaba en sus feroces ojos, las manos, posadas sobre los hombros de su penitente, le temblaban un poco, pero por lo demás su serenidad se mantenía imperturbable. Sin duda se sentía afligido: en su interior se debatía entre el deber que tenía que cumplir y la tortuosa vereda a través de la cual confiaba evitar la revelación del terrible secreto.

El reverendo padre inició entonces un largo sermón acerca de la virtud de la obediencia y la absoluta sumisión a los consejos del ministro de la santa madre Iglesia.

Bella reiteró sus promesas de paciencia y obediencia absolutas.

Mientras tanto, empecé a notar que el cura era presa de un espíritu contenido pero rebelde que se sublevaba en su

interior y que en ocasiones lo poseía completo, como se evidenciaba en los ojos destellantes y los labios ardientes y apasionados.

El padre Ambrose fue acercando con suavidad hacia él a la hermosa penitente hasta que los blancos brazos de ésta estuvieron apoyados en sus rodillas, y su rostro se inclinó en señal de santa resignación, casi hundido sobre sus propias manos.

—Y ahora, hija mía —continuó el eclesiástico—, es hora de que te comunique el medio que me ha inspirado la Santísima Virgen y gracias al cual no me veré obligado a revelar tu pecado. Hay almas solícitas que han tomado sobre sí la tarea de aliviar las pasiones y exigencias que los ministros de la Iglesia tienen prohibido confesar abiertamente, pero que, quién lo duda, necesitan satisfacer. Estas pocas personas son elegidas principalmente entre quienes ya han recorrido el sendero del desenfreno carnal; a ellas se les confía el sagrado deber de mitigar los deseos terrenales de nuestra comunidad religiosa en el más estricto secreto. A ti —susurró el padre, la voz trémula de emoción, mientras sus grandes manos pasaban con ligereza de los hombros de su penitente a su esbelto talle—. A ti, que ya has probado el placer supremo de la cópula, te compete asumir este sagrado deber. Así no sólo se enmendará y quedará perdonado tu pecado, sino que te será permitido disfrutar legítimamente de los goces del éxtasis y de las abrumadoras sensaciones del delirante goce que en los brazos de sus fieles ministros hallarás sin duda en todo momento. Nadarás en un mar de placer sensual sin incurrir en las faltas del amor ilícito. Se te dará la absolución cada vez que entregues tu dulce cuerpo al deleite de la Iglesia, a través de sus ministros, y serás recompensada y corroborada en la pía labor presenciando, qué digo, Bella, compartiendo enteramente esas emociones tan intensas y fervientes que a buen seguro provoca el exquisito disfrute de tu hermoso ser.

Bella oyó la insidiosa propuesta con una mezcla de sorpresa y placer. Su fervorosa imaginación se recreó en lo que acababan de decirle y despertó de inmediato los impulsos

agrestes e impúdicos de su cálida naturaleza: ¿cómo iba a titubear?

El piadoso sacerdote atrajo a la dócil muchacha hacia sí y estampó un largo y cálido beso sobre sus sonrosados labios.

—¡Virgen Santa! —murmuró Bella, cuyos instintos sexuales se caldeaban por momentos—. Esto es demasiado para mí…, ansío…, deseo conocer…, ¡no sé qué!

—Dulce niña, será tarea mía instruirte. En mí encontrarás a tu mejor y más apto preceptor en los ejercicios que de ahora en adelante tendrás que realizar.

El padre Ambrose cambió levemente de postura. Fue entonces cuando Bella advirtió por vez primera la apasionada sensualidad del sacerdote, que ahora casi la asustó.

Fue también en ese momento cuando reparó en la enorme protuberancia que sobresalía en la parte delantera de la sotana de seda del pío eclesiástico.

Al enardecido sacerdote apenas le importaba ya disimular su estado ni sus intenciones.

Tras tomar a la hermosa niña en sus brazos, la besó largo rato y con pasión. Apretó el dulce cuerpo de ella contra su fornido corpachón y se dispuso sin miramientos a entraran más íntimo contacto con su agraciada figura.

Al cabo, la lascivia apasionada que lo poseía le llevó a traspasar cualquier límite, y liberando en parte a Bella de su ardiente abrazo, se abrió la parte delantera de la sotana, y descubrió sin asomo de pudor, ante la mirada asombrada de su joven penitente, un miembro cuyas gigantescas proporciones, en no menor medida que su rigidez, dejaron a ésta muy confusa.

Es imposible describir las sensaciones que provocó en la dulce Bella la repentina exhibición de tan formidable instrumento.

La vista se le quedó clavada en él, y el padre Ambrose, al tanto de su asombro, pero percibiendo que no había en éste ni rastro de alarma o aprensión, lo puso con toda tranquilidad en sus manos. Entonces, al percibir el tacto musculoso del tremendo aparato, Bella cayó presa de una excitación furibunda.

Hasta el momento sólo había visto el miembro, de moderadas proporciones, de Charlie, y ahora sus sensaciones más impúdicas despertaron rápidamente ante el notable fenómeno que contemplaba; y asiendo el enorme objeto lo mejor que pudo con sus tersas manitas, se hincó de rodillas ante él en un éxtasis de placer sensual.

—¡Virgen Santa, esto ya es el cielo! —murmuró Bella—. ¡Ay, padre, quién iba a creer que me elegirían para semejante placer!

Aquello era excesivo para el padre Ambrose. Estaba encantado con la lubricidad de su hermosa penitente y con el éxito de su infame ardid (pues lo había planeado todo y había contribuido de manera decisiva a reunir a los dos amantes y ofrecerles la oportunidad de dar rienda suelta a sus apasionados temperamentos, ignorados por todos salvo por él mismo, mientras, escondido en las proximidades, presenciaba el combate amatorio con mirada llameante).

Incorporándose con premura, cogió a la liviana joven, y tras colocarla sobre el asiento acolchado en el que hasta ese momento había permanecido sentado, le levantó las rollizas piernas y separando al máximo sus dóciles muslos, contempló durante un instante la deliciosa hendidura rosada que asomaba en la parte inferior de su blanco vientre. Entonces, sin articular palabra, zambulló la cara en ella, e introduciendo la lengua por la húmeda vaina hasta donde le fue posible, la chupó tan exquisitamente que Bella, vibrando de éxtasis y de pasión, al tiempo que su joven cuerpo se contorsionaba por los espasmos de placer, dejó escapar una copiosa emanación que el eclesiástico tragó como si de unas natillas se tratara.

Durante unos momentos reinó la calma.

Tras las desenfrenadas emociones que tan recientemente le habían provocado los lujuriosos actos del reverendo padre, Bella yacía boca arriba, con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo y la cabeza echada hacia atrás en una actitud de delicioso agotamiento.

Su pecho palpitaba aún debido a la violencia de su éxtasis y sus hermosos ojos permanecían cerrados en lánguido

reposo.

El padre Ambrose era uno de esos pocos que, en circunstancias como las presentes, era capaz de mantener bajo control los instintos de la pasión. Su paciencia en la consecución de su objetivo —un hábito adquirido tras largos años—, su carácter por lo general tenaz y la consabida cautela que le imponía su condición no habían hecho mella en su ardiente temperamento, y aunque su naturaleza no casaba bien con su pía vocación, y era presa de deseos tan violentos como desmedidos, había logrado disciplinar sus pasiones incluso hasta la mortificación.

Es hora de desvelar el auténtico carácter de este varón. Lo haré con respeto, pero es necesario contar la verdad.

El padre Ambrose era la viva personificación de la lascivia. Su mente estaba en realidad dedicada a la búsqueda de ésta, y sus instintos exageradamente animales, su ardiente y vigorosa constitución, en no menor medida que su carácter firme e inflexible, le asemejaban en cuerpo y alma al sátiro de antaño.

Sin embargo, Bella sólo veía en él al pío sacerdote que, además de perdonarle su ofensa, le había abierto el sendero a través del cual, según suponía ella, podría disfrutar legítimamente de esos placeres que con tanto fervor habían calado en su joven imaginación.

El osado sacerdote, encantado no sólo por el éxito de su estratagema, que le había puesto en las manos una víctima tan apetitosa, sino también por la extraordinaria sensualidad de ésta y el evidente placer con que se entregaba a sus deseos, se dispuso ahora pausadamente a cosechar los frutos de sus mañas y a deleitarse hasta más no poder con el disfrute que la posesión de todos los delicados atractivos de Bella pudieran procurar para apaciguar su espantosa lascivia.

La joven era suya al fin, y al apartarse de su cuerpo tembloroso con los labios aún empapados en el abundante testimonio de la participación de Bella en sus placeres, su miembro se tornó más duro e hinchado si cabe, hasta infundir pavor, y el bálano liso y rojo brilló con la tensión palpitante de la sangre y el músculo que ocultaba.

Apenas se vio la joven Bella liberada del ataque de su confesor sobre la parte sensible de su persona ya descrita, levantó la cabeza, hasta entonces reclinada, y sus ojos se posaron por segunda vez en la gran porra que el padre tenía descaradamente expuesta.

Bella reparó en el largo y grueso astil y en la masa rizada de pelo moreno de la que salía, tieso e inclinado hacia arriba; en el extremo sobresalía la cabeza, en forma de huevo, descapuchada y rubicunda, y al parecer rogando el contacto de su mano.

Bella contempló esta masa de músculos y carne, densa y dura, e incapaz de resistirse a la tentación, se aprestó otra vez a asirla.

La estrujó, la oprimió, retiró los repliegues del prepucio y observó el grueso capullo, que se inclinaba hacia ella. Contempló admirada el agujerito acanalado que tenía en el extremo y, sirviéndose de ambas manos, la sostuvo palpitante cerca de su rostro.

—¡Oh, padre, qué cosa tan hermosa! —exclamó Bella—. ¡Y qué inmensa! ¡Oh, estimado padre Ambrose, dígame qué debo hacer para liberarle de esos sentimientos que, según dice, afligen con tanto dolor y desasosiego a nuestros santos ministros de la Iglesia!

El padre Ambrose casi estaba demasiado excitado para contestar, pero tomando la mano de ella en la suya, mostró a la inocente muchacha cómo mover sus blancos dedos de arriba abajo sobre los lomos de su inmenso asunto.

Sentía un placer intenso, y Bella apenas le iba a la zaga.

Ella continuó frotándole el miembro con las tersas palmas de sus manos y, levantando la vista inocentemente hacia su rostro, le preguntó con voz suave si eso le producía placer y le era grato, y si debía seguir haciéndolo de ese modo.

Mientras tanto, el reverendo padre notaba que su grueso pene se endurecía y se ponía más tieso aún tras las excitantes estimulaciones a que lo sometía la jovencita.

—Detente un momento; si sigues frotándolo así, me correré —dijo él con voz queda—. Más vale posponerlo un poco.

—¿Se correrá? —preguntó Bella con ansia—, ¿qué es eso?

—Oh, dulce niña, encantadora tanto por tu belleza como por tu inocencia, ¡qué divinamente cumples con tu divina misión! —exclamó Ambrose, encantado de ultrajar y envilecer la evidente inexperiencia de su joven penitente—. Correrse es consumar el acto mediante el cual se disfruta en toda su plenitud del goce venéreo, y entonces una abundante cantidad de flujo blanco y espeso escapa de eso que ahora tienes en la mano, y en su ímpetu, da igual placer a quien lo expulsa y a la persona que, de un modo u otro, lo recibe.

Bella se acordó de Charlie y de su éxtasis, y supo de inmediato a qué se refería.

—¿Le aliviará esta efusión, padre?

—Sin duda, hija mía; en ese ferviente alivio pensaba precisamente cuando te ofrecí la oportunidad de ayudar a uno de los más humildes servidores de la Iglesia mediante un delicioso sacrificio.

—¡Qué delicia! —murmuró Bella para sí—, gracias a mí fluirá ese abundante chorro, y el eclesiástico propone esta culminación de su placer únicamente en bien mío; ¡qué dichosa me hace poder procurarle tanto placer!

Mientras medio meditaba, medio mascullaba estos pensamientos, agachó la cabeza; del objeto de su adoración emanaba un perfume tenue pero de una sensualidad exquisita. Llevó sus labios húmedos a la punta, cubrió el agujerito acanalado con su encantadora boca y estampó sobre el miembro candente un fervoroso beso.

—¿Cómo se llama ese flujo? —preguntó Bella, levantando una vez más su bonito rostro.

—Tiene varios nombres —replicó el eclesiástico—, según el rango de la persona que los emplea; pero entre tú y yo, hija mía, lo llamaremos «leche».

—¡Leche! —repitió Bella inocentemente, y sus dulces labios pronunciaron el término erótico con un fervor que era natural en estas circunstancias.

—Sí, hija mía, «leche», así quiero que lo llames, y en breve obtendrás una abundante rociada de esta preciosa esencia.

—¿Cómo he de recibirla? —inquirió Bella, pensando en Charlie y en la tremenda diferencia entre su instrumento y el gigantesco e hinchado pene que ahora tenía ante ella.

—Hay varios modos, y tendrás que aprenderlos todos, pero no disponemos de muchas comodidades para llevar a cabo el acto capital de goce reverencial, de esa cópula permitida de la que ya he hablado. Debemos, por tanto, optar por otro método más sencillo, y en vez de que descargue la esencia denominada leche en el interior de tu cuerpo, donde la extrema estrechez de tu hendidura sin duda la haría manar muy abundantemente, comenzaremos por la fricción de tus obedientes dedos hasta el momento en que sienta que se acerquen esos espasmos que acompañan a la emisión. Entonces tú, a una señal mía, introducirás en la medida que te sea posible la cabeza de mi miembro entre tus labios, y allí me permitirás arrojar los chorros de leche hasta que, una vez derramada la última gota, me retire satisfecho, al menos por el momento.

Bella, cuyos ardientes instintos la llevaron a regodearse con la descripción que su confesor acababa de hacerle, y que estaba tan ansiosa como él por alcanzar la culminación del escandaloso programa, expresó enseguida su disposición a obedecer.

Ambrose puso una vez más su enorme pene en las blancas manos de Bella.

Excitada tanto por la visión como por el tacto de tan notable objeto, que ahora asían con deleite sus dos manos, la muchacha se afanó ahora a cosquillear, frotar y presionar el enorme y rígido asunto de tal modo que procurara al licencioso sacerdote la más honda de las fruiciones.

No contenta con friccionarlo con sus delicados dedos, Bella, pronunciando palabras de devoción y satisfacción, se llevó la testa espumosa a los labios y permitió que penetrara hasta donde cupo con la esperanza de provocar por medio de sus caricias, así como por el movimiento deslizante de su lengua, la deliciosa eyaculación que tanto ansiaba.

Aquello casi superaba las expectativas del pío sacerdote, que en absoluto había supuesto que encontraría una discípula

tan dispuesta en el inmoral ataque que proponía; y excitados sus sentidos hasta el límite por la deliciosa excitación que ahora experimentaba, se dispuso a inundar la boca y la garganta de la jovencita con el denso chorro de su poderosa descarga.

Ambrose empezó a notar que ya no podía durar mucho sin disparar su leche, con lo que pondría así punto final a su placer.

Era uno de esos extraordinarios hombres cuya eyaculación seminal es mucho más abundante que la de los seres comunes. No sólo poseía el raro don de realizar el acto venéreo repetidamente y sin apenas tregua, sino que la cantidad de la emisión era tan tremenda como inusual. Esta notable profusión era al parecer proporcional a la excitación de sus pasiones animales, y del mismo modo que sus deseos libidinosos eran grandes e intensos, también lo eran las efusiones que los aliviaban.

En estas circunstancias se dispuso la tierna Bella a liberar los torrentes reprimidos de la lujuria de este varón. Era su dulce boca la que iba a convertirse en recipiente de aquellos caudales espesos y viscosos de los que aún no había tenido conocimiento, e, ignorante como era del efecto de ese desahogo que tan ansiosa estaba por favorecer, la hermosa doncella ansiaba la consumación de su labor y el desbordamiento de aquella leche de la que le había hablado el buen padre.

El miembro erecto fue endureciéndose y calentándose a medida que los apasionados labios de Bella oprimían el grueso bálano y su lengua jugueteaba en torno a la pequeña abertura. Sus dos manos blancas ora retiraban la suave piel de sus lomos, ora cosquilleaban la base del miembro.

En dos ocasiones, Ambrose, incapaz de soportar el delicioso contacto sin correrse, retiró la punta de sus labios sonrosados.

Al fin, Bella, impaciente por la demora y al parecer decidida a perfeccionar su tarea, oprimió con más energía que nunca el rígido astil.

Al instante se agarrotaron los miembros del buen

sacerdote. Extendió las piernas cuan largas eran a ambos lados de su penitente. Agarró convulsivamente los cojines con la mano, adelantó el cuerpo y lo enderezó.

—¡Ay, Dios bendito! ¡Voy a correrme! —exclamó, al tiempo que, con los labios entreabiertos, posaba la mirada vidriosa por última vez sobre su inocente víctima. Luego se estremeció visiblemente, y entre gemidos en voz baja y gritos histéricos y entrecortados, su pene, obediente a la provocación de la damita, empezó a arrojar sus caudales de flujo espeso y glutinoso.

Bella, al notar los borbotones que ahora se desbordaban chorro tras chorro en su boca y descendían en torrentes por su garganta, y al oír los gritos del padre Ambrose y percibir que el hombre estaba disfrutando a más no poder del efecto que ella había provocado, siguió frotando y apretando hasta que, ahíta con la viscosa descarga, y medio atragantada a causa de su abundancia, se vio obligada a apartar de sí esta jeringa humana, que continuó arrojando borbotones sobre su rostro.

—¡Virgen Santa! —exclamó Bella, que tenía los labios y el rostro empapados de la leche del eclesiástico—. ¡Virgen Santa! ¡Qué placer he sentido! Y a usted, padre, ¿no le he proporcionado el estimable desahogo que codiciaba?

El padre Ambrose, demasiado agitado para contestar, tomó a la dulce muchacha en sus brazos, y apretando la embadurnada boca de ella contra la suya, le robó húmedos besos de gratitud y placer.

Transcurrió un cuarto de hora de sosegado reposo que ningún indicio de alboroto en el exterior interrumpió.

La puerta estaba firmemente cerrada y el devoto padre había elegido bien el momento.

Mientras tanto, Bella, cuyos deseos se habían avivado tremendamente debido a la escena que he intentado describir, había concebido el ansia extravagante de que le fuera ejecutada con el rígido miembro de Ambrose la misma operación a que se había visto sometida bajo el arma, de moderadas proporciones, de Charlie.

A la vez que echaba las manos al fornido cuello a su

confesor, susurró unas toscas palabras de invitación y observó mientras las pronunciaba su efecto en el instrumento del eclesiástico, ya medio enhiesto entre sus piernas.

—Me ha dicho usted que la estrechez de esta pequeña hendidura —le dijo, y llevó la robusta mano del sacerdote hasta ésta ejerciendo una suave presión— le haría descargar abundantemente la leche que usted posee. ¡Qué no daría, padre mío, por sentirla derramarse en mi interior desde la punta de esta cosa roja!

Se hizo evidente hasta qué punto la hermosura de la joven Bella, en no menor medida que la inocencia y *naïveté* de su carácter, inflamaban la sensualidad del padre. La certeza de su triunfo —de la total indefensión de la muchacha en sus manos— y de la delicadeza y refinamiento de ésta, conspiraron para caldear en sumo grado los deseos lujuriosos de sus instintos feroces y desenfrenados. Era suya. Suya para disfrutarla como le pluguiese; suya para someterla a todos los caprichos de su horrible lascivia y para doblegarla a fin de satisfacer la sensualidad más atroz y desbocada.

—¡Ah, cielos, esto es excesivo! —exclamó Ambrose, cuya lujuria, ya reavivada, entró violentamente en actividad ante esta solicitud—. Dulce niña, no sabes lo que pides; la desproporción es terrible y sufrirías mucho si lo intentáramos.

—Lo sufriría todo —replicó Bella— con tal de sentir esa cosa feroz en mi vientre y notar los borbotones de su leche dentro de mí, hasta lo más vivo.

—¡Santa madre de Dios! Esto es excesivo: lo tendrás, Bella, conocerás este instrumento en toda su magnitud, y, dulce niña, te revolcarás en un océano de leche caliente.

—¡Ay, padre mío, qué dicha celestial!

—Desnúdate, Bella, quítate todo lo que pueda obstaculizar nuestros movimientos, que te prometo que serán en extremo violentos.

Al oír esta orden, Bella se despojó de inmediato de sus ropas, y al ver que su confesor parecía encantado con la exhibición de su belleza, y que su miembro se hinchaba y alargaba a medida que ella iba desnudándose, se desprendió

de la última prenda y quedó tal y como había venido al mundo.

Al padre Ambrose le dejaron pasmado los encantos que tenía ante sí: las amplias caderas, los pechos en ciernes, la piel blanca como la nieve y suave como el satén, las nalgas redondeadas y los muslos rellenos, el blanco y liso vientre y el delicioso monte cubierto con una levísima pelusilla, y sobre todo, la encantadora hendidura rosada que ahora asomaba en la parte inferior del monte, tímidamente escondida entre los muslos gordezuelos; y dando un bufido de furiosa lujuria se abalanzó sobre su víctima.

Ambrose la asió en sus brazos. Apretó a la tierna y encendida muchacha contra su propia delantera. La cubrió con sus besos salaces, y dando rienda suelta a su lengua lasciva, prometió a la jovencita todas las dichas del paraíso merced a la introducción de su gran artefacto en su hendidura y su vientre.

Bella lo recibió con un gritito de éxtasis, y mientras el excitado raptor la llevaba de espaldas hacia el diván, sentía ya la ancha y candente testa de su gigantesco pene apretando contra los labios cálidos y humedecidos de su orificio casi virginal.

Luego, tras sentir un gran placer cuando su pene rozó los cálidos labios de la hendidura de Bella, empezó a abrirse camino entre ellos con todas sus energías hasta que el enorme capullo estuvo cubierto con la humedad que exudaba la sensible vaina.

Bella hervía de pasión. Los esfuerzos del padre Ambrose por alojar la testa de su miembro entre los labios húmedos de su rajita, lejos de disuadirla, la espolearon hasta la locura de tal manera que, dando otro leve grito, cayó tendida y derramó a borbotones el viscoso tributo de su lascivo temperamento.

Eso era exactamente lo que deseaba el descarado sacerdote, y mientras la dulce y cálida emisión rociaba su pene ferozmente dilatado, se hincó con resolución y de una embestida envainó la mitad de su pesada arma en la hermosa niña.

En cuanto Bella notó que el terrible miembro rígido entraba en su tierno cuerpo, perdió el escaso control de sí misma que aún tenía, y apartando de su mente todo vestigio del dolor que sentía, rodeó las ijadas de su enorme asaltante con sus piernas y le suplicó que no tuviera piedad de ella.

—Dulce, deliciosa hija mía —susurró el salaz sacerdote—, te tengo entre mis brazos, mi arma ya está medio enterrada en tu estrecho vientrecillo. Las dichas del paraíso serán tuyas en breve.

—Oh, lo sé; puedo notarlo… No se retire, endílgueme eso tan delicioso hasta donde pueda.

—Ahí va entonces. Embestiré, pero mi miembro es demasiado grande para entrar en ti con facilidad. Tal vez te reviente; pero ahora ya es tarde. Debo tenerte o morir.

Las partes de Bella se relajaron un poco y Ambrose entró otro par de centímetros. Tenía el miembro palpitante, descapuchado y empapado, introducido hasta la mitad en el vientre de la jovencita. Su placer era intensísimo y la hendidura de Bella comprimía exquisitamente la testa de su instrumento.

—Adelante, estimado padre, espero la leche que me prometió.

Poca necesidad había de este estímulo para inducir al confesor a ejercitar sus tremendas capacidades para copular. Arremetió con frenesí; hincaba su caliente pene más y más con cada embate, y luego, con una inmensa estocada, se enterró hasta las pelotas en el leve cuerpecillo de Bella.

Fue entonces cuando la furiosa zambullida del brutal sacerdote se volvió más de lo que su dulce víctima, sustentada hasta ahora por sus propios deseos anticipados, podía resistir.

Con un débil grito de dolor, Bella notó que su profanador derrumbaba toda la resistencia que su juventud había opuesto a la entrada del miembro, y la tortura que implicaba la inserción a la fuerza de semejante masa venció a las lascivas sensaciones con que había comenzado a aguantar el ataque.

Ambrose gritó extasiado y bajó la vista hacia el hermoso

ser que su serpiente había picado. Se recreó contemplando a la víctima, ahora empalada con todo el rigor de su enorme ariete. Percibió el desesperante contacto con deleite inexpresable. La vio estremecerse de dolor debido a su enérgica entrada. Su naturaleza brutal estaba caldeada a más no poder. Pasara lo que pasase, disfrutaría al máximo, de modo que rodeó con sus brazos a la preciosa niña y la obsequió con toda la envergadura de su fornido miembro.

—Hermosura, ¡cómo me excitas! Y tú también tienes que disfrutar. Te daré la leche de la que he hablado, pero primero tengo que exaltar mi naturaleza con esta lujuriosa estimulación. Bésame, Bella, entonces la obtendrás, y mientras la lechada caliente me abandona y entra en tus muchachas partes, experimentarás las intensas dichas que yo también estoy sintiendo. Aprieta, Bella, déjame empujar…, así, hija mía, ahí entra otra vez. ¡Ah, ah!

Ambrose se irguió un instante y notó el inmenso ariete rodeado por la hermosa hendidura de Bella, ahora intensamente dilatada.

Empotrado con firmeza en su apetitosa vaina, y notando la estrechez suma de los cálidos pliegues de carne joven que ahora lo embovedaban, siguió empujando, ajeno al dolor que producía su miembro martirizador y ansioso únicamente de obtener tanto goce para sí como le fuera posible. No era hombre al que ninguna falsa noción de piedad fuera a disuadir en un caso semejante, y ahora se hincó cuanto pudo mientras sus labios calientes tomaban deliciosos besos de los labios abiertos y trémulos de la pobre Bella.

Durante unos minutos no se oyeron sino las bruscas embestidas con que el lascivo sacerdote prolongaba su disfrute y los chasquidos de su enorme pene al entrar y retirarse alternativamente del vientre de la hermosa penitente.

Cabe suponer que un hombre como Ambrose no ignoraba el tremendo disfrute que su miembro era capaz de suscitar en alguien del otro sexo, ni que ese miembro eran de tal tamaño y capacidad de desembuche como para provocar emociones poderosísimas en la jovencita sobre la que se empleaba.

La naturaleza, sin embargo, se estaba imponiendo en la persona de la joven Bella. La agonía de la dilatación desaparecía por momentos entre las intensas sensaciones de placer producidas por la vigorosa arma del eclesiástico, y en breve los gemidos e hipidos de la hermosa niña se entremezclaron con expresiones, medio sofocadas debido a las profundas emociones, que evidenciaban su deleite.

—¡Ay, padre mío! ¡Ay, mi querido y generoso padre! Ahora, ahora, empuje. ¡Oh! Sí, empuje. Puedo aguantarlo; lo deseo. ¡Estoy en el cielo! ¡Qué calor despide la cabeza de este bendito instrumento! ¡Ay, corazón! ¡Oh, Señor! ¡Virgen santa!, ¿qué es lo que siento?

Ambrose vio el efecto que producía en la joven. Su propio placer crecía aprisa. Continuó entrando y saliendo sin parar, obsequiando a Bella en cada embate con el largo y duro ariete de su miembro hasta el pelo crespo que cubría sus prietas pelotas.

Al cabo, Bella se vino abajo y obsequió al electrizado y embelesado varón con una cálida emisión que se escurrió por todo su erguido asunto.

Es imposible describir el delirio libidinoso que invadió entonces a la joven y hermosa Bella. Se asió con desesperación al recio sacerdote, que dio a su cuerpo voluptuoso y palpitante toda la fuerza y vigor de su empuje varonil. Ella lo recibió en su estrecha y resbaladiza vaina hasta las pelotas.

Pero a pesar de su éxtasis, Bella no olvidaba en ningún momento la prometida culminación del disfrute. El eclesiástico debía derramar en ella su leche, como había hecho Charlie, y la idea alimentaba su lascivo fuego.

Cuando, por consiguiente, el padre Ambrose, al tiempo que apretaba entre sus brazos la ahusada cintura de la joven, ensartó su pene de semental hasta el mismísimo vello de la hendidura de Bella, y entre sollozos, susurró que la «leche» por fin llegaba, la excitada muchacha abrió las piernas a más no poder y con inconfundibles gritos de placer le permitió lanzar a chorros en sus partes vitales el flujo reprimido.

Así yació durante dos minutos enteros, mientras a cada

inyección caliente y vigorosa del viscoso semen, Bella ofrecía abundante testimonio con sus estremecimientos y gritos del éxtasis que la poderosa descarga estaba produciendo.

Capítulo III

No creo haber acusado nunca la desafortunada carencia que constituye mi incapacidad natural para sonrojarme tanto como en la presente ocasión. Pues incluso una pulga se hubiera sonrojado ante la desenfrenada escena que presencié en la ocasión que aquí he consignado. Una muchacha tan joven, tan inocente en apariencia, y sin embargo tan impúdica, tan lasciva en sus inclinaciones y deseos… Una persona de infinita frescura y belleza… Una mente de candente sensualidad convertida por el azaroso devenir de los acontecimientos en un activo volcán de lujuria…

Bien podría haber exclamado con el poeta de antaño: «¡Oh, Yavé!», o con el más práctico descendiente del patriarca: «¡Santo Dios!».

Huelga hablar de los cambios que experimentó Bella en todo su ser tras experiencias como las que he relatado. Eran manifiestos y aparentes en su porte y su conducta.

Nunca supe qué se hizo de su joven amante, y tampoco me molesté en informarme al respecto, pero tengo motivos para creer que el devoto padre Ambrose no era ajeno a esas tendencias irregulares que tanto se atribuyen a su orden, y que al joven se le indujo poco a poco a prestarse, en no menor medida que su joven amante, a la gratificación de los insensatos deseos del sacerdote.

Pero volvamos a mis observaciones acerca de la hermosa Bella.

Aunque las pulgas no podemos sonrojarnos, sí tenemos la capacidad de observar, y me he propuesto dejar testimonio escrito de todos los episodios amatorios a los que he asistido y que creo que pueden interesar a quien busca la verdad. Podemos escribir, al menos esta pulga puede, pues de otro modo, estas páginas no hubieran llegado al lector, y no hace

falta decir más.

Transcurrieron varios días antes de que Bella tuviera oportunidad de visitar otra vez a su clerical admirador, pero al fin se presentó la oportunidad, y como cabía esperar, ella la aprovechó de inmediato.

Había encontrado el medio de avisar a Ambrose de que pretendía visitarle, y el astuto individuo se había preparado como la vez anterior para recibir a su joven invitada.

En cuanto Bella se encontró a solas con su seductor, se lanzó a sus brazos, y apretando el enorme corpachón del sacerdote contra su menuda figura, le obsequió con las más tiernas caricias.

Ambrose no tardó en corresponder plenamente a su cálido abrazo, y al instante los dos se vieron apasionadamente sumidos en un intercambio de ardientes besos y se reclinaron, el uno frente al otro, sobre el asiento almohadillado al que ya se aludió.

Pero ahora Bella no iba a contentarse sólo con besos; deseaba un trato más sólido, que por experiencia sabía que podía proporcionarle el padre.

Ambrose, por su parte, no estaba menos excitado. Su sangre fluía con rapidez por sus venas, su oscura mirada llameaba con lujuria evidente, y la sotana, ya protuberante, dejaba traslucir sin lugar a dudas el desorden de sus sentidos.

Bella se apercibió de su estado —no se le escaparon ni las miradas encendidas ni la evidente erección, que el otro no se tomó la molestia de disimular— e hizo lo posible por incrementar las ansias del sacerdote, si ello fuera posible, en vez de menguarlas.

Poco después, no obstante, Ambrose le demostró que no necesitaba más incentivos, pues sacó con toda tranquilidad su arma ferozmente dilatada y en tal estado que la mera visión de la misma hizo que Bella se tornara frenética de deseo. En cualquier otro momento, Ambrose hubiera mostrado más prudencia con sus placeres y no se hubiese precipitado a ponerse manos a la obra con su deliciosa conquistilla. En esta ocasión, sin embargo, los sentidos se le desmandaron y fue incapaz de evitar que su arrollador deseo se deleitara sin

tardanza con los encantos juveniles que se le ofrecían.

El sacerdote ya estaba sobre ella. Su corpachón la cubría poderosamente y por completo. Su miembro dilatado golpeaba con dureza contra el estómago de Bella y las ropas de ésta ya estaban levantadas hasta la cintura.

Con mano temblorosa, Ambrose asió la grieta central de sus deseos y, ansioso, llevó la punta caliente y carmesí hacia sus labios húmedos y entreabiertos. Empujó, se afanó por penetrar y lo consiguió: el inmenso artefacto entró lento pero seguro; ya habían desaparecido la cabeza y los lomos. Unos cuantos embates firmes y prudentes culminaron la unión, y Bella recibió en su cuerpo el enorme y excitado miembro de Ambrose en toda su longitud.

El profanador, en completa posesión de los encantos más íntimos de la muchacha, jadeaba sobre su busto.

Bella, en cuyo vientrecillo se había embutido la vigorosa masa, sintió intensamente los efectos del cálido y palpitante intruso.

Mientras tanto, Ambrose empezó a empujar y moverse arriba y abajo. Bella le echó los blancos brazos al cuello y le rodeó traviesamente las ijadas con sus hermosas piernas vestidas de seda.

—¡Qué delicia! —murmuró Bella, besando con entusiasmo los carnosos labios de Ambrose—. Empuje, empuje con más fuerza. ¡Ay, cómo se abre camino, qué grande es! ¡Qué caliente, qué…, Dios mío, ay!

Y Bella descargó todo un chaparrón en respuesta a las fuertes acometidas, mientras la cabeza le caía hacia atrás y la boca se le abría por los espasmos propios de la cópula.

El sacerdote se refrenó. Hizo una breve pausa; el palpitar de su largo miembro anunciaba el estado en que se hallaba. Deseaba prolongar al máximo su placer.

Bella oprimió el tremendo astil en lo más hondo de su persona y lo notó más duro y rígido si cabe cuando la testa púrpura embestía contra su joven útero.

Casi inmediatamente después, su corpulento amante, incapaz de prolongar el placer, sucumbió a la sensación intensa y penetrante que experimentó en todo su cuerpo

cuando derramó su glutinoso flujo.

—¡Oh, ya sale! —gritó la muchacha, excitada—. La noto salir a borbotones. ¡Ay! Démela, más, más, derrámela, empuje más fuerte, no tenga piedad de mí. ¡Ah, otro chorro! Empuje, desgárreme si le place, pero déjeme recibir toda su leche.

Ya he hablado de la inmensa cantidad que el padre Ambrose podía descargar, y en esta ocasión se superó a sí mismo. Llevaba reprimiéndose cerca de una semana, y Bella recibió un chorro tan tremendo que la descarga más semejaba la acción de una jeringa que la emisión de unos genitales masculinos.

Al cabo, Ambrose la descabalgó, y Bella, al ponerse otra vez de pie, notó un flujo pegajoso y viscoso que le bajaba por el rollizo muslo produciéndole cosquillas.

Apenas se había retirado el padre cuando se abrió la puerta que daba a la iglesia, y he aquí que aparecieron en el umbral dos sacerdotes más. Era imposible, claro está, ocultar lo que había ocurrido.

—¡Ambrose! —exclamó el mayor de los dos, un hombre de entre treinta y cuarenta años—, esto va contra nuestras normas y privilegios, que estipulan que todo juego de esta índole debe practicarse en común.

—Tómenla entonces —rezongó el aludido—. No es demasiado tarde…, iba a ponerles al tanto de lo que había conseguido, sólo que…

—… Sólo que la deliciosa tentación de esta joven rosa de marjal era excesiva para usted, amigo mío —exclamó el otro, que mientras hablaba, miraba a la joven Bella y le metía a la fuerza una fornida mano por debajo de sus ropas hasta alcanzar los suaves muslos—. Lo he visto todo por el ojo de la cerradura —susurró el bruto al oído de la muchacha—. No tienes por qué asustarte, sólo te trataremos de igual modo, querida.

Bella recordó las condiciones en las que se le había concedido el consuelo de la Iglesia, y supuso que esto también formaba parte de sus nuevas obligaciones. Por tanto, sin oponer resistencia, se recostó en los brazos del recién

llegado.

Mientras tanto, su compañero había pasado su fuerte brazo en torno a la cintura de Bella y había cubierto de besos su delicada mejilla.

Ambrose parecía estupefacto y confuso.

La damita se halló de este modo entre dos fuegos, por no mencionar la pasión ardiente de su primer poseedor. En vano miraba a uno y otro en busca de cierta tregua o de algún modo de salir del apuro.

Pues ha de quedar constancia de que, si bien se resignó por completo a la situación en que la había puesto el padre Ambrose, una sensación de debilidad y miedo a sus nuevos asaltantes estuvo a punto de apoderarse de ella. Bella no percibía sino lujuria y deseo feroz en las miradas de los recién llegados, y la falta de resistencia de Ambrose dio al traste con cualquier idea de tratar de defenderse ella sola.

Los dos hombres la habían colocado entre ellos, y mientras el primero que había hablado le introducía la mano hasta la hendidura rosada, el otro no tardó en tomar posesión de las torneadas nalgas de su rollizo trasero.

Nada pudo hacer Bella para resistirse.

—Esperen un momento —dijo al fin Ambrose—. Si de verdad quieren disfrutar de ella, procedan al menos sin desgarrarle la ropa, como ambos suelen hacer. Desnúdate, Bella —continuó—, debemos compartirte entre todos, según se ve; de modo que prepárate a convertirte en el instrumento complaciente de nuestros placeres conjuntos. Nuestro convento alberga a otros no menos exigentes que yo mismo, y tu deber no será prebenda, de modo que más te vale no olvidar los privilegios que estás llamada a satisfacer y estar preparada para aliviar a estos eclesiásticos de esos feroces deseos que bien sabes cómo apaciguar.

Al oír este mandato, supo que no le quedaba alternativa.

Bella quedó desnuda ante los tres vigorosos sacerdotes.

De todos ellos brotaron murmullos de placer cuando Bella avanzó tímidamente mostrando toda su belleza.

En cuanto el portavoz de los recién llegados —que a todas luces era el que ocupaba el cargo más alto de los tres en la

jerarquía eclesiástica— percibió la hermosa desnudez que ahora se ofrecía a sus apasionadas miradas, se abrió el hábito sin vacilar, y tras liberar un miembro grande y largo, cogió a la muchacha en brazos y la llevó de regreso al diván; le abrió luego los preciosos muslos, se plantó entre ellos, y después de llevar el bálano de su furioso campeón al suave orificio, empujó hacia delante y de una embestida se enterró hasta las pelotas.

Bella lanzó un gritito de éxtasis al notar la inflexible inserción de esta nueva y poderosa arma.

Al varón que poseía a la hermosa joven, el contacto le extasió, y experimentó una emoción indefinible al encontrarse enterrado por completo en su cuerpo hasta la empuñadura de su ardiente pene. No había imaginado que fuera a penetrar en sus partes con tanta facilidad, pues no había tenido en cuenta el aluvión de semen que había recibido previamente la muchacha.

El superior, no obstante, no le dio tiempo a Bella a que reflexionara, sino que se puso manos a la obra con tanta energía que sus largas y poderosas acometidas produjeron pleno efecto en el cálido temperamento de la joven, y provocaron que ésta derramase su dulce emisión casi de inmediato.

Aquello fue demasiado para el lascivo eclesiástico. Ya firmemente empotrado en la ceñida vaina, que semejaba un guante, en cuanto percibió la cálida efusión lanzó un prolongado gruñido y descargó con furia.

Bella notó con placer el abundante torrente de la lujuria del hombretón, y abriéndose de piernas, lo recibió en toda su longitud en su vientre, permitiéndole que desahogara allí su pasión y descargara los borbotones de su fogosa naturaleza.

Este segundo y decidido ataque sobre su persona despertó en Bella las emociones más impúdicas, y su excitable naturaleza recibió con gozo exquisito las abundantes libaciones que habían derramado en ella los dos robustos campeones. Pero a pesar de su salacidad, la damita acusaba el agotamiento por la continua tensión a la que sometían sus facultades corporales, y por tanto no sin cierta consternación

reparó en el segundo de los intrusos, que se disponía a aprovecharse de la retirada del superior.

Sin embargo, cuál no sería el asombro de Bella al descubrir las gigantescas proporciones del miembro que ahora mostraba el sacerdote. Su hábito ya estaba abierto y delante de él se mantenía tieso y erecto un miembro ante el que incluso el vigoroso Ambrose tenía que agachar la cabeza.

De una orla rizada de pelo rojo brotaba la columna de carne blanca, que culminaba en una testa lisa y roja y cuyo orificio estrecho y firmemente cerrado daba la impresión de estar obligado a mostrarse precavido para evitar el derramamiento prematuro de sus jugos. Debajo, y para completar el cuadro, colgaban bien prietas dos pelotas enormes y velludas; al verlas, la sangre de Bella empezó a hervir una vez más y su espíritu juvenil se inflamó de deseo por el desproporcionado combate.

—¡Ay, padre mío!, ¿cómo voy a meterme eso dentro de mi cuerpo, pobrecilla de mí? —preguntó Bella, consternada —. ¿Cómo lo soportaré cuando por fin entre? Temo que me haga un daño inmenso.

—Tendré cuidado, hija mía. Iré con tiento. Ahora estás bien preparada por los jugos de los eclesiásticos que han tenido la buena fortuna de precederme.

Bella manoseó el gigantesco pene.

El sacerdote era feo con avaricia. Era bajo y fornido, y sus hombros, anchos como los de un Hércules.

Bella fue presa de una especie de locura lasciva; la fealdad del sacerdote sólo sirvió para caldear más sus deseos. Sus manos no abarcaban el rotundo miembro. Continuó, no obstante, asiéndolo, apretándolo y obsequiándolo inconscientemente con caricias que aumentaban su rigidez y anticipaban el placer. Se erguía como una barra de hierro entre sus suaves manos.

Otro instante y el tercer asaltante estaba encima de ella, y Bella, casi con la misma excitación, se afanaba por quedar empalada en la terrible arma.

Durante unos minutos, la hazaña semejó imposible, a pesar de lo bien lubricada que estaba merced a las

derramaduras que había recibido previamente.

Al cabo, con una furiosa arremetida hizo entrar la enorme testa. Bella lanzó un grito de auténtica angustia; otra, y otra arremetida: el brutal desgraciado, ciego a todo lo que no fuera su propio deleite, siguió penetrando.

Bella gritaba en su agonía y luchaba denodadamente por separarse de su feroz asaltante.

Otra arremetida y otro grito de su víctima; el sacerdote la había penetrado hasta lo más vivo.

Bella se había desmayado.

Los dos testigos de este monstruoso acto de libertinaje parecieron, en un primer momento, dispuestos a interferir, pero daba la impresión de que experimentaban un cruel placer al presenciar el contratiempo, y sin duda sus movimientos lascivos y el interés con que seguramente observaban los detalles más nimios daban fe de su satisfacción.

Corro un velo sobre la lujuriosa refriega que vino a continuación y sobre las contorsiones del salvaje sacerdote mientras, en firme posesión de la joven y hermosa moza, prolongaba lentamente su goce, hasta que su copiosa y fervorosa descarga puso fin a su éxtasis y dio lugar a un intervalo en el que se pudo reanimar a la pobrecilla.

El fornido padre había descargado en dos ocasiones antes de extraer su largo y humeante miembro, y el volumen de leche que le siguió fue tal que se derramó tamborileando en un charco sobre el suelo de madera.

Al fin, lo bastante recuperada como para moverse, a la joven Bella se le permitió llevar a cabo las abluciones que el rebosante estado de sus partes pudendas hacían necesarias.

Capítulo IV

Sacaron varias botellas de vino de una añeja y excepcional cosecha, y bajo su potente influjo, Bella recobró poco a poco las fuerzas.

En cuestión de una hora, los tres sacerdotes, al ver que Bella estaba lo bastante recuperada como para corresponder a sus insinuaciones lascivas, volvieron a mostrar indicios de que deseaban disfrutar más de su persona.

Excitada en no menor medida por el abundante vino que por la visión y el manoseo de sus lujuriosos acompañantes, la muchacha comenzó a sacar de sus sotanas los miembros de los tres sacerdotes, cuyo poco comedimiento puso claramente de manifiesto cuánto disfrutaban de la escena.

En menos de un minuto Bella tenía los tres largos y rígidos asuntos a la vista. Los besó y jugueteó con ellos, oliendo la tenue fragancia que desprendían y toqueteando los sonrojados astiles con todo el afán de una experimentada Afrodita.

—¡Jodamos! —propuso piadosamente el superior, cuya polla estaba en ese momento en los labios de Bella.

—Amén —entonó Ambrose.

El tercer eclesiástico permaneció en silencio, pero su enorme pene amenazaba los cielos.

Bella rumiaba acerca de a cuál escogería como primer contrincante en esta nueva ronda. Eligió a Ambrose.

Mientras tanto, con las puertas bien cerradas, los tres sacerdotes se desnudaron pausadamente, y de este modo pusieron ante los ojos destellantes de la juvenil Bella sus tres vigorosos campeones en la flor de la vida, cada uno pertrechado de una robusta arma que, una vez más, se alzaba tiesa al frente y se meneaba amenazadora cuando se movían.

—¡Ay de mí, qué monstruos! —exclamó la damita, cuya

vergüenza, empero, no le impedía manosear alternativamente los formidables aparatos.

La sentaron en el extremo de la mesa y uno por uno fueron lamiéndole sus tiernas partes, haciendo rodar una y otra vez sus lenguas calientes por la húmeda hendidura roja en la que recientemente todos ellos habían saciado su lujuria. Bella se prestó a ello con dicha y abrió las piernas todo lo que pudo para complacerlos.

—Propongo que nos mame a uno tras otro —exclamó el superior.

—Desde luego —asintió el padre Clement, el hombre del cabello pelirrojo y la enorme erección—. Pero no como colofón. Quiero poseerla una vez más.

—No. Desde luego que no, Clement —dijo el superior—. Ha estado usted a punto de partirla en dos; debe culminar en su garganta o no hacerlo en absoluto.

Bella no tenía intención de volver a someterse a un ataque de Clement, de modo que zanjó la discusión cogiendo el carnoso miembro y metiéndoselo hasta donde le cupo en su hermosa boca.

La muchacha movía sus suaves labios humedecidos de arriba abajo por el capullo azulado, y de vez en cuando se lo introducía en la medida de lo posible en su boca. Sus blancas manos pasaron sobre el largo y voluminoso astil y lo asieron con fuerza mientras ella veía endurecerse el monstruoso pene debido a las intensas sensaciones que le procuraba con sus deliciosos toqueteos.

En menos de cinco minutos Clement empezó a emitir sonidos más semejantes a los aullidos de una bestia salvaje que a las exclamaciones de pulmones humanos, y se derramó en abundancia en la garganta de Bella.

Ésta retiró el prepucio del largo astil y estimuló la culminación del diluvio.

Las derramaduras de Clement eran tan espesas y calientes como copiosas, y en la boca de la muchacha caía un chorro de leche tras otro.

Bella se lo tragó todo.

—He aquí una nueva experiencia en la que ahora debo

instruirte, hija mía —anunció el superior, al tiempo que Bella aplicaba sus suaves labios a su miembro candente—. Al principio notarás que produce más dolor que placer, pero los caminos de Venus son arduos y sólo se pueden aprender y disfrutar por etapas.

—Me someteré a todo, padre mío —replicó la muchacha —, ahora soy más consciente de mis obligaciones y de que soy una de esas sobre las que ha recaído la gracia de aliviar los deseos de los bondadosos padres.

—Sin duda, hija mía, y notarás la dicha celestial de antemano mientras obedeces hasta nuestros más leves deseos y satisfaces todas nuestras inclinaciones, por extrañas e irregulares que puedan ser.

Dicho esto, alzó a la muchacha con sus fuertes brazos y la llevó una vez más al diván, donde la colocó boca abajo, dejando así expuesto su hermoso trasero desnudo ante todos los presentes. A continuación, colocándose entre los muslos de su víctima, dirigió la punta de su rígido miembro hacia el menudo orificio entre las rollizas nalgas de Bella y, empujando poco a poco su arma bien lubricada, empezó a penetrarla de esta manera nueva y antinatural.

—¡Ay de mí! —gritó Bella—. Se equivoca usted de lugar… Me hace daño. ¡Se lo suplico, oh! ¡Se lo suplico! ¡Tenga piedad! ¡Ay! Le ruego se apiade de mí. ¡Ay! ¡Madre santa! ¡Me muero!

Esta última exclamación la había provocado una embestida vigorosa y definitiva por parte del superior, que condujo a su miembro de semental hasta la mata de pelo que cubría la zona inferior de su vientre e hizo que a Bella no le cupiera duda de que se había introducido hasta las pelotas.

Pasando su fuerte brazo en torno a las caderas de la joven, se pegó a la espalda de ésta; restregó su maciza barriga contra las nalgas de Bella y su grueso miembro quedó hincado en su recto hasta donde alcanzó. Las pulsaciones de placer eran evidentes en toda su hinchada longitud, y Bella, mordiéndose los labios, esperó los movimientos que, bien sabía ella, estaba a punto de iniciar el varón con objeto de culminar su goce.

Los otros dos sacerdotes los miraban con envidia lasciva sin dejar de frotarse lentamente los grandes miembros.

En cuanto al superior, enloquecido al notar la estrechez de esta nueva y deliciosa vaina, le trabajó las torneadas nalgas hasta que, con una arremetida final, le llenó las entrañas con su cálida descarga. Después, al tiempo que extraía el instrumento todavía erecto y humeante del cuerpo de Bella, declaró que había abierto una nueva ruta hacia el placer y recomendó a Ambrose que se sirviera de ella.

Ambrose, cuyas sensaciones durante este rato pueden mejor imaginarse que describirse, estaba ahora ardiendo de deseo. La visión del disfrute de sus cofrades había dado lugar paulatinamente a un estado de excitación erótica que se tornó necesario saciar lo antes posible.

—¡De acuerdo! —gritó—. Entraré por el templo de Sodoma y usted, mientras tanto, llenará con su tenaz centinela los vestíbulos de Venus.

—Diga más bien los vestíbulos «del legítimo disfrute» —se burló el superior esbozando una mueca—. Que sea como usted dice; no me vendría mal catar otra vez vientre tan estrecho.

Bella seguía tumbada boca abajo sobre el diván, con su torneado trasero totalmente expuesto, más muerta que viva a causa del brutal ataque que acababa de sufrir. Ni una gota del abundante semen que le había sido inyectado escapó del oscuro nicho, pero de su hendidura todavía fluía, mezclada, la emisión de los sacerdotes. Ambrose se apoderó de ella.

Sentada ahora a horcajadas sobre los muslos del superior, Bella reparó en que su miembro aún vigoroso llamaba a los labios de su rosada hendidura; lo guió hacia el interior pausadamente y descendió sobre él. En breve entró por completo: lo tenía metido hasta la raíz.

Sin embargo, el vigoroso superior, pasando los brazos en torno a su cintura, la atrajo hacia él, y echándose hacia atrás, colocó las abundantes y exquisitas nalgas de Bella ante la airada arma de Ambrose, que sin tardanza se lanzó hacia el ojete, bien humedecido ya, que tenía entre sus montículos.

Se presentaron un millar de dificultades que hubo que

superar, pero al fin el lujurioso Ambrose se sintió enterrado en las entrañas de su tierna víctima.

Movió lentamente su miembro arriba y abajo por el resbaladizo canal. Prolongó su placer y disfrutó de los vigorosos botes que el superior hacía dar a la hermosa Bella desde delante.

En breve, lanzando un profundo gemido, el superior alcanzó el clímax, y Bella sintió de inmediato que le llenaba la hendidura de leche.

La joven no podía aguantar más, y sus propias emisiones se mezclaron con las de su asaltante.

Ambrose, en cambio, había ahorrado sus recursos, y ahora sostenía a la hermosa muchacha delante de sí, firmemente empalada en su enorme asunto.

Al verla así, Clement no pudo resistirse, y al ver su oportunidad mientras el superior se enjugaba el miembro, se situó delante de Bella y casi de inmediato logró insertarle el suyo en la hendidura, ahora abundantemente rociada con los viscosos restos.

A pesar de que era enorme, Bella se las arregló para recibir al monstruo pelirrojo que ahora le dilataba el delicado cuerpo con su largo instrumento, y por unos minutos no se oyó sino los suspiros y los lascivos gemidos de los combatientes.

Poco después sus movimientos se volvieron más violentos; Bella esperaba que cualquier momento fuera el último para ella. Mientras el enorme miembro de Ambrose estaba metido en su pasaje posterior hasta las pelotas, la gigantesca porra de Clement volvía a echar espuma en el interior de su vientre.

Entre los dos sostenían a la niña en el aire, sus pies a un buen trecho del suelo, y a merced de los embates, primero por delante y luego por detrás, que propinaban los sacerdotes con sus excitados artefactos en sus respectivos canales.

Cuando Bella creía que iba a perder el conocimiento, cayó en la cuenta, por los jadeos y la tremenda rigidez del bruto que tenía delante, de que éste estaba a punto de correrse, y al instante notó cómo la cálida inyección fluía de la gigantesca polla en intensos y viscosos chorros.

—¡Ah, me corro! —gritó Clement, y diciendo esto arrojó un copioso torrente en el interior de Bella, para infinita dicha de ésta.

—A mí también me llega —chilló Ambrose, que introdujo por completo su vigoroso miembro y lanzó un tibio chorro de leche en las entrañas de Bella al tiempo que su cofrade.

De este modo continuaron los dos desembuchando los fecundos contenidos de sus cuerpos en el de la dulce niña, mientras ella experimentaba la doble anegación y nadaba en un diluvio de dichas.

Cualquiera hubiera supuesto que una pulga de inteligencia media ya habría tenido suficiente con las desagradables exhibiciones que he considerado mi deber revelar; sin embargo, cierto sentimiento de amistad, así como de simpatía, hacia la joven Bella me animó a permanecer en su compañía.

El evento justificó mis expectaciones, y como se verá más adelante, determinó mis movimientos posteriores.

Sólo transcurrieron tres días antes de que la joven se reuniera con los tres sacerdotes, previa cita, en el mismo lugar.

En esta ocasión, Bella se había tomado especial interés en lo tocante a su atuendo, y como resultado, ahora estaba más encantadora que nunca: llevaba el más precioso de los vestidos de seda, unas ceñidísimas botas de piel de cabritilla y unos guantes hermosísimos, diminutos y ajustados.

Los tres hombres estaban extasiados, y Bella fue recibida de un modo tan efusivo que de inmediato sintió tales deseos que la sangre se le subió al rostro.

Se cerró la puerta sin tardanza y cayeron las prendas íntimas de los reverendos padres, y Bella, entre caricias y lascivos toqueteos del trío, contempló los miembros de los tres, con la cabeza descubierta y ya amenazadores.

El superior fue el primero que avanzó con la intención de disfrutar de ella. Colocándose enérgicamente delante de su pequeño talle, arremetió contra ella con aspereza, y

tomándola en sus brazos, le cubrió la boca y la cara de besos apasionados.

La excitación de Bella igualó a la suya.

Obedeciendo al deseo de ambos, Bella se despojó de las bragas y las enaguas; conservó únicamente su exquisito vestido, las medias de seda y las botas de piel de cabritilla, y se prestó a que la admirara y la toqueteara con lascivia.

Apenas un momento después, el padre, hundiéndose deliciosamente sobre la joven, ahora postrada, se había hincado hasta los pelos en sus jóvenes encantos y se regodeaba en la estrecha unión con evidente goce.

Con empujones, apretones y frotamientos, el superior comenzó a realizar unos movimientos deliciosos que tuvieron el efecto de caldear las partes sensibles de su compañera y las suyas propias. Su polla, más grande y más dura, daba buena prueba de ello.

—¡Empuje, sí! ¡Empuje más fuerte! —murmuró Bella.

Ambrose y Clement, cuyos deseos difícilmente podían permitirse demora alguna, ansiaban que la muchacha les dedicara parte de sus atenciones.

Clement le puso el enorme miembro en su manita blanca y Ambrose, sin inmutarse, al tiempo que se subía al diván, llevó la punta de su voluminoso asunto a sus delicados labios.

Tras unos instantes, el superior se retiró de su lasciva posición.

Bella se incorporó en el extremo del diván. Ante ella estaban los tres hombres, cada uno con su miembro expuesto y erecto delante de sí, y la enorme testa del instrumento de Clement casi rozando su oronda barriga.

El vestido de Bella se alzó hasta su cintura, sus piernas y muslos quedaron a la vista, y entre ellas la suculenta hendidura rosada, ahora enrojecida y excitada por la abrupta inserción y retirada de la polla del superior.

—Esperen un momento —dijo éste—. Procedamos a disfrutar de nuestros placeres con orden. Esta hermosa niña nos ha de satisfacer a los tres; por tanto, será necesario que regulemos nuestros disfrutes y también que le permitamos soportar los ataques a que se verá sometida. En lo que a mí

respecta, no me importa si entro en primer o en segundo lugar, pero puesto que Ambrose derrama como un burro y probablemente arrase las regiones que penetre, propongo pasar el primero. Desde luego, Clement debe contentarse con el segundo o tercer lugar; de otro modo, su enorme miembro no sólo partiría en dos a la muchacha, sino, lo que es mucho peor, daría al traste con nuestro placer.

—Yo fui el tercero la última vez —exclamó Clement—. No veo por qué he de ser siempre el último. Exijo el segundo lugar.

—¡Bueno, pues que así sea! —gritó el superior—. A usted, Ambrose, le tocará en suerte un nido resbaladizo.

—No lo creo así —replicó el decidido eclesiástico—. Si usted va en primer lugar y ese monstruo que tiene Clement después, yo atacaré «por la recámara» y derramaré mi ofrenda en otra dirección.

—¡Hagan conmigo lo que les plazca! —exclamó Bella—. Intentaré soportarlo todo. Pero ¡ay, padres míos!, dense prisa y comiencen.

El superior volvió a introducir su robusta arma. Bella recibió con dicha el rígido miembro. Abrazó al superior, se apretó contra él y recibió los borbotones de su emisión con estallidos de placer de cosecha propia.

Se presentó entonces Clement. Su monstruoso asunto estaba ya entre las rollizas piernas de la joven Bella. La desproporción era terrible, pero el sacerdote era fuerte y lascivo en la misma medida que grande era su hechura, y tras varios intentos violentos y poco efectivos, la penetró y empezó a embestir a la muchacha con todo su miembro asnal.

Resulta imposible relatar cómo las terribles proporciones de este varón caldearon la obscena imaginación de Bella, ni con qué apasionado frenesí se encontró deliciosamente henchida y dilatada por los enormes genitales del padre Clement.

Tras una refriega de diez minutos, Bella recibió la masa palpitante hasta las pelotas, que golpeaban contra su trasero.

Bella abrió sus hermosas piernas y permitió al bruto que

se refocilara a placer en sus encantos.

Clement no mostraba ansiedad alguna por atajar su lasciva fruición, y transcurrió un cuarto de hora antes de que dos violentas descargas pusieran fin a su placer.

Bella las recibió con profundos gemidos de deleite y arrojó a su vez una copiosa emisión sobre las viscosas derramaduras del rijoso padre.

Apenas había retirado Clement su monstruoso asunto del vientre de la joven Bella cuando, desprendiéndose de los brazos de su corpulento amante, cayó en los de Ambrose.

Fiel a la intención expresada, son sus hermosas nalgas lo que ahora ataca Ambrose, y busca con feroz energía encajar el bálano palpitante en los tiernos pliegues de su abertura posterior.

En vano intenta encontrar acomodo. La ancha testa de su arma es rechazada en cada asalto cuando con lujuria brutal intenta por todos los medios franquearse la entrada.

Sin embargo, Ambrose no va a darse por vencido tan fácilmente; lo intenta de nuevo, y tras un esfuerzo decidido, aloja el bálano en el interior de la delicada abertura.

Ahora le toca a él: con un vigoroso empujón, penetra un par de centímetros más, y de una arremetida, el lascivo sacerdote se entierra hasta la pelotas.

Las hermosas nalgas ejercían una indudable atracción sobre el lujurioso sacerdote. Estaba extremadamente agitado mientras se abría paso con furiosos esfuerzos. Extasiado, empujaba hacia dentro su largo y grueso miembro, ajeno al dolor que la dilatación causaba a Bella y sólo preocupado por sentir los deliciosos constreñimientos de sus tiernas y delicadas partes.

Bella lanza un grito espantoso. Está empalada en el rígido miembro de su brutal profanador. Siente la carne palpitante en lo más vivo, y con movimientos frenéticos, se afana por escapar.

Sin embargo Ambrose la retiene rodeando con sus fuertes brazos la delgada cintura de la chica mientras sigue cada movimiento que ella hace y se mantiene en el interior su cuerpo trémulo merced a un continuo esfuerzo de

penetración.

Forcejeando de este modo, paso a paso, la muchacha cruzó la estancia con el feroz Ambrose firmemente empotrado en su pasaje posterior.

Este impúdico espectáculo no dejó de tener efecto en quienes lo contemplaban. Brotó de sus gargantas una risotada y ambos aplaudieron el vigor de su compañero, cuyo semblante inflamado y jadeante daba cumplido testimonio de sus placenteras emociones.

Pero el espectáculo también azuzó de inmediato los deseos de ambos, y el estado de sus miembros demostraba que aún no habían quedado en modo alguno satisfechos.

Puesto que, a estas alturas, Bella había llegado cerca del superior, éste la tomó en sus brazos, y Ambrose, aprovechándose de este oportuno tope, comenzó a horadar con su miembro las entrañas de Bella mientras el intenso calor del cuerpo de la muchacha le proporcionaba un placer intensísimo.

Merced a la posición en que habían quedado los tres, el superior se encontró con que tenía la boca a la altura de los encantos naturales de Bella, y tras pegar de inmediato sus labios a éstos, le lamió la humedecida rajita.

Pero la excitación que provocaba de este modo requería un disfrute más sólido, y poniendo a horcajadas sobre sus rodillas a la hermosa niña al tiempo que tomaba asiento, liberó su miembro hinchado y lo introdujo sin tardanza en su terso vientre.

Bella quedó así entre dos fuegos, y los feroces embates del padre Ambrose sobre sus rollizas nalgas se vieron ahora complementados por los fervientes esfuerzos del superior en la otra dirección.

Ambos nadaban en un mar de gozo sensual, ambos se sumergían a más no poder en las deliciosas sensaciones que experimentaban, mientras su víctima, perforada por delante y por detrás por sus dilatados miembros, tenía que sufrir como mejor podía los embates de sus miembros enardecidos.

Sin embargo, a la joven Bella aún le aguardaba otra prueba, pues en cuanto el vigoroso Clement presenció la

íntima unión de sus compañeros, inflamado de envidia y aguijoneado por la violencia de sus pasiones, se subió al asiento, detrás del superior, sujetó la cabeza de la pobre Bella y acercó su arma llameante a sus labios sonrosados, forzó la entrada del bálano —cuya estrecha apertura ya exudaba gotas de anticipación— en su hermosa boca, y le indicó que le acariciara el largo y duro astil con la mano.

Ambrose reparó en que la penetración del miembro del superior por delante favorecía en gran medida sus propios actos, en tanto que el superior, igualmente excitado por la acción trasera de su cofrade, empezaba a notar fulminantemente la proximidad de los espasmos que preceden y acompañan al acto final de emisión.

Clement fue el primero en abandonarse y lanzó su descarga glutinosa a chorros por la garganta de la pequeña Bella.

Ambrose le siguió, y al tiempo que se desplomaba sobre la espalda de la joven, arrojó un torrente de leche en sus entrañas mientras el superior le llenaba a la vez el útero con sus ofrendas.

Rodeada de esta manera, Bella recibió al unísono la descarga de los tres vigorosos sacerdotes.

Capítulo V

Tres días después de que tuvieran lugar los sucesos detallados en las páginas anteriores, Bella, tan sonrosada y encantadora como siempre, hizo acto de presencia en el salón de su tío.

Durante esos tres días, mis movimientos habían sido erráticos, pues mi apetito no era en modo alguno exiguo, y mi ansia de novedades me impedía residir demasiado tiempo en un mismo lugar.

Fue así cómo me las arreglé para oír una conversación que me pasmó en no poca medida, pero que, al tener que ver directamente con los acontecimientos que describo, no dudaré en revelar.

Fue así como averigüé la auténtica hondura y sutileza del carácter del padre Ambrose.

No voy a reproducir aquí este discurso como lo oí desde mi estratégica posición; bastará si explico las principales ideas que contenía y relato cómo éstas se pusieron en práctica.

Era evidente que Ambrose estaba molesto e incómodo a causa de la repentina participación de sus cofrades en el disfrute de su más reciente adquisición, y tramó un osado y maligno plan para frustrar su interferencia, y al mismo tiempo, quedar libre de toda culpa en el asunto.

Con esas intenciones, en breve Ambrose acudió a ver al tío de Bella y le contó cómo había descubierto a su sobrina y al joven amante de ésta en plena alianza de Cupido, y cómo no había duda de que ella había recibido y correspondido con las últimas prendas de su pasión.

Al hacerlo, el astuto sacerdote planeaba un objetivo ulterior. Conocía bien el carácter del hombre con el que tenía que vérselas. También era consciente de que ese hombre

estaba al tanto de buena parte de la vida auténtica del eclesiástico.

De hecho, los dos se entendían bien. Ambrose tenía fuertes pasiones y su naturaleza era erótica en un grado extraordinario. Lo mismo podía decirse del tío de Bella.

Este último así se lo había confesado a Ambrose, y en el transcurso de su confesión había dado pruebas de deseos muy irregulares, tanto como para no plantear dificultades a la hora de convertirse en partícipe en los planes que el otro había tramado.

Hacía tiempo que Mister Verbouc había echado el ojo a su sobrina. Lo había confesado. Y ahora Ambrose le traía de repente una noticia que le abrió los ojos: Bella empezaba a albergar sentimientos de la misma índole por otros hombres.

Le vino de inmediato a la mente el carácter de Ambrose. Era su director espiritual y le pidió consejo.

El eclesiástico le dio a entender que había llegado su oportunidad y que ambos saldrían ganando si compartían la presa.

Esta proposición tocó una fibra sensible en Verbouc, que no le había pasado del todo desapercibida a Ambrose. Si algo le hacía disfrutar más de su sensualidad, o infundía más intensidad a sus desenfrenos, era contemplar a otro en el acto de culminar la cópula, y consumar después su propio goce con una segunda penetración y emisión en el cuerpo de la misma víctima.

De este modo, quedó pronto establecido el trato; se buscó una oportunidad; se obtuvo la intimidad necesaria, pues la tía de Bella era inválida y estaba recluida en su habitación; y luego Ambrose preparó a Bella para el evento que iba a tener lugar.

Tras un breve discurso preliminar —en el que la previno de que no dijera ni una palabra de su relación previa y le informó de que su pariente había descubierto de algún modo sus amoríos con Charlie—, la fue llevando poco a poco hacia el terreno que él quería. Incluso le habló de la pasión que había concebido su tío hacia ella, y declaró sin tapujos que el modo más seguro de evitar su profunda indignación era

mostrarse obediente a todo lo que él requiriera.

Mister Verbouc era un hombre de constitución sana y vigorosa, y de unos cincuenta años de edad. En tanto que tío suyo, siempre había inspirado a Bella un gran respeto, en el que se entreveraba un notable miedo a su presencia y autoridad. Desde la muerte de su hermano, la había tratado, si no con afecto, al menos sin crueldad, aunque con la circunspección propia de su carácter.

Evidentemente, Bella no tenía motivos para esperar clemencia alguna en esta ocasión, ni para contar con ningún modo de escapar de las iras de su tío.

Paso por alto el primer cuarto de hora, las lágrimas de Bella y el azoramiento con que se vio al mismo tiempo objeto de los abrazos excesivamente tiernos de su tío y de la reprensión que bien se merecía.

La interesante comedia prosiguió poco a poco, hasta que Mister Verbouc, poniendo a su hermosa sobrina sobre sus propias rodillas, expuso con audacia el propósito que había concebido: disfrutar él mismo de ella.

—No debe haber ninguna resistencia absurda por tu parte, Bella —continuó su tío—; no vacilaré, ni tampoco fingiré pudor alguno. Es suficiente con que el buen padre Ambrose haya dado su bendición al asunto, y por tanto debo poseerte y disfrutar de tu cuerpo como ya ha hecho tu joven compañero con tu consentimiento.

Bella estaba totalmente perpleja. Aunque era sensual, como ya hemos visto, y en un grado que pocas veces se observa en muchachas de tan tierna edad, había sido educada según las ideas estrictas y convencionales acordes con el carácter severo y distante de su pariente. De inmediato, todo el horror de semejante crimen se alzó ante ella. Ni siquiera la presencia y declarada aprobación del padre Ambrose menguaban la desconfianza con que veía la horrible proposición que con toda tranquilidad se le hacía ahora.

Bella tembló de sorpresa y terror ante la naturaleza del crimen proyectado. Esta nueva situación la conmocionó. El hecho de que su tío —reservado y severo, cuya ira siempre había lamentado y temido, y cuyos preceptos hacía tiempo ya

que se había acostumbrado a recibir con reverencia— se hubiera convertido en un ardiente admirador, sediento de obtener aquellos favores que tan recientemente había otorgado a otro, la dejó muda de asombro y repugnancia.

Mister Verbouc, que evidentemente no estaba dispuesto a dejarla que reflexionara ni un instante, y cuya turbación era evidente en más de un sentido, cogió en sus brazos a su joven sobrina, y a pesar de su reticencia, le cubrió la cara y el cuello de besos prohibidos y apasionados.

Ambrose, hacia quien se volvió la muchacha, no le proporcionó consuelo alguno en este apuro, sino que, al contrario, dirigiendo una sonrisa inexorable al emocionado Verbouc, animaba a éste con miradas taimadas a que llevase hasta las últimas consecuencias sus placeres y su lubricidad.

Resultaba arduo resistirse en circunstancias tan difíciles.

Bella era joven, y se hallaba indefensa ante su fornido pariente. Espoleado hasta el frenesí merced al contacto y los obscenos toqueteos en los que ahora se complacía, Mister Verbouc, con energías redobladas, trataba de tomar al asalto el cuerpo de su sobrina. Sus dedos nerviosos ya oprimían el hermoso satén que cubría sus muslos. Otro empellón decidido, y a pesar de la firme resistencia que oponía Bella para rechazarlo, la lasciva mano le cubrió los labios sonrosados, y los dedos trémulos abrieron la prieta y húmeda hendidura del baluarte del pudor.

Hasta este momento, Ambrose había observado en silencio la excitante escena; ahora, en cambio, también avanzó, y al tiempo que pasaba su poderoso brazo izquierdo en torno a la leve cintura de la muchacha, tomó sus dos manilas en su mano derecha, y al sujetarla así, la convirtió en fácil presa de los salaces asaltos de su pariente.

—Por piedad —gimoteó Bella, que jadeaba a causa de los esfuerzos—, déjeme marchar… Esto es horrible. ¡Es usted un monstruo! ¡Y muy cruel! ¡Estoy perdida!

—Nada de eso, sobrinita mía, no estás perdida —replicó su tío—, sólo has despertado a los placeres que Venus tenía reservados para sus devotos y que el amor guarda para quienes son lo bastante osados como para aprehenderlos y

disfrutar de ellos, mientras puedan.

—He sido víctima de un horrible engaño —gritó Bella, escasamente aliviada con esta ingeniosa explicación—. Ahora lo veo todo claro. ¡Ay, qué vergüenza! ¡No se lo puedo permitir, no se lo puedo permitir, no puedo! ¡Ah, no! No puedo. ¡Santa madre de Dios! Déjeme marchar, tío. ¡Ay! ¡Ay!

—Calla, Bella; debes someterte; disfrutaré de ti por la fuerza si no me permites hacerlo de otro modo. Venga, separa esas hermosas piernas, déjame que palpe esas exquisitas pantorrillas, esos suaves y suculentos muslos; deja que pose mi mano sobre ese vientrecillo palpitante; no, quédate quieta, tontita. Eres mía al fin. ¡Oh, cómo he ansiado este momento, Bella!

Ésta, no obstante, seguía ofreciendo cierta resistencia que sólo servía para aguzar el apetito antinatural de su asaltante mientras Ambrose la sujetaba firmemente entre sus garras.

—¡Oh, qué hermoso trasero! —exclamó Verbouc, al tiempo que deslizaba su mano intrusa por debajo de los muslos de terciopelo de la pobre Bella y palpaba los torneados globos de su encantador *derrière*—. ¡Ah, qué glorioso trasero! Ahora es todo mío. Todo se festejará en su debido momento.

—¡Déjeme marchar! —gritó Bella—. ¡Ay, no! —exclamó la hermosa joven cuando los dos hombres la forzaron a tumbarse sobre el diván, que habían dispuesto convenientemente al alcance.

Al caer, se apoyó sobre el recio cuerpo de Ambrose mientras Mister Verbouc, que ahora le había levantado las ropas y dejaba al descubierto con lascivia las piernas enfundadas en seda y las exquisitas proporciones de su sobrina, se retiraba un momento para disfrutar a placer del indecente espectáculo que había dispuesto, a la fuerza, para su propio disfrute.

—¡Tío!, ¿está usted loco? —gritó Bella, una vez más, al tiempo que agitaba las extremidades en un vano intento de ocultar la suculenta desnudez ahora del todo expuesta—. Se lo ruego, déjeme marchar.

—Sí, Bella, estoy loco, loco de pasión por ti, loco de

lujuria por poseerte, por disfrutar de ti, por saciarme de tu cuerpo. Toda resistencia es inútil; me saldré con la mía y gozaré de esos encantos, de esa estrecha y exquisita vaina.

Mientras decía esto, Mister Verbouc se preparaba para el acto final del incestuoso drama. Se desabrochó las prendas íntimas, y dejando de lado cualquier atisbo de recato, permitió que su sobrina contemplara sin impedimentos las rollizas y rubicundas proporciones de su excitado miembro, que, erecto y reluciente, ahora la amenazaba a ojos vistas.

Al momento, Verbouc se lanzó sobre su presa, firmemente sujeta por el sacerdote, que se había recostado; luego, aplicando su arma erecta a quemarropa sobre el tierno orificio, probó a culminar el coito insertando sus grandes y luengas proporciones en el cuerpo de su sobrina.

Sin embargo, los continuos meneos de la joven, la repulsión y el horror que ella sentía, y la pequeñez y casi inmadurez de sus partes, impidieron eficazmente que Verbouc obtuviera una victoria tan fácil como la que anhelaba.

Yo nunca había ansiado tan ardientemente como en esta ocasión contribuir al malestar de un campeón e, impelida por las quejas de la dulce Bella, con el cuerpo de una pulga y el alma de una avispa me lancé de un salto al rescate.

Hincar mi probóscide en la sensible cobertura del escroto de Mister Verbouc fue cosa de un segundo. Tuvo el efecto deseado. Un dolor repentino y penetrante le obligó a detenerse. El intervalo resultó fatal, y al instante los muslos y el estómago de la joven Bella estaban cubiertos con los fluidos malgastados del incestuoso vigor de su pariente.

A este inesperado contratiempo le siguieron maldiciones —no en voz alta, pero sí subidas—. El aspirante a violador se retiró de su lugar estratégico, e incapaz de prolongar el asalto, retiró a regañadientes el arma desconcertada.

En cuanto Mister Verbouc liberó a su sobrina de tan difícil trance, el padre Ambrose empezó a manifestar la violencia de su propia excitación, producida por la contemplación de la escena erótica precedente. Mientras sujetaba aún firmemente a Bella, y por tanto gratificaba su sentido del tacto, el aspecto

de la parte delantera de su hábito denotaba sin tapujos su disposición a sacar provecho de la situación. Su formidable arma, desdeñando al parecer la reclusión de sus hábitos, asomó, la enorme cabeza ya descapuchada y palpitante por sus ansias de goce.

—¡Ay! —exclamó el otro al posar su mirada obscena sobre el arma dilatada de su confesor—, he aquí un campeón que no permitirá derrota, estoy seguro —y tomando pausadamente el enorme astil en su mano, lo manipuló con satisfacción evidente—. ¡Vaya monstruo! ¡Qué fuerte es! ¡Qué tieso se yergue!

El padre Ambrose se incorporó, su rostro carmesí delataba la intensidad de su deseo; colocando a la arredrada Bella en una postura más propicia, llevó la ancha y colorada protuberancia a la húmeda abertura y procedió a forzar su entrada con empujones desesperados.

El dolor, la agitación y el ansia se sucedieron en el sistema nervioso de la joven víctima de la lujuria.

Aunque no era la primera vez en que el reverendo padre tomaba por asalto las murallas cubiertas de musgo, la presencia de su tío, el escaso decoro de toda la escena y la convicción —que ahora empezaba a vislumbrar— de ser víctima de las mañas y el egoísmo del eclesiástico, se combinaron para repeler en su mente las extremas sensaciones de placer que tan intensamente se habían manifestado en su cuerpo con anterioridad.

Sin embargo, el proceder de Ambrose no le dejó tiempo para reflexionar, pues éste, al sentir la deliciosa vaina enfundada como un guante en torno a su voluminosa arma, se apresuró a consumar la unión, y dando unos cuantos embates vigorosos y diestros, se zambulló en su hendidura hasta las pelotas.

Sobrevino un rápido intervalo de feroz goce, de rápidas arremetidas y presiones, firmes e íntimas, hasta que un grito profundo y gorjeante de Bella anunció que la naturaleza se había impuesto y que la muchacha había llegado a esa exquisita crisis que se da en las lides amorosas y en la que espasmos de placer inexplicable pasan rauda,

voluptuosamente, a través de los nervios, y con la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos, los dedos convulsamente retorcidos, y el cuerpo rígido por ese esfuerzo tan absorbente, la ninfa arroja su esencia juvenil para dar la bienvenida a los inminentes borbotones de su amante.

La figura contorsionada de Bella, los ojos en blanco y los puños apretados daban testimonio suficiente de su estado sin necesidad del gemido de éxtasis que salió laboriosamente de sus labios trémulos.

Todo el volumen del potente astil, ahora bien lubricado, maniobraba deliciosamente en el interior de sus tiernas partes. La excitación de Ambrose aumentaba por instantes, y su instrumento, duro como el hierro, amenazaba en cada arremetida con descargar su olorosa esencia.

—¡Ah, no puedo hacer más!… Noto que voy a derramar mi leche. ¡Verbouc, debe follársela! ¡Es deliciosa! ¡Su hendidura me ciñe como un guante! ¡Oh! ¡Oh! ¡Ah!

Embestidas más intensas e íntimas, una vigorosa arremetida, un hundirse el hombretón sobre la liviana figura de la muchacha, un gemido áspero y profundo, y Bella, con deleite inefable, notó que la cálida inyección brotaba de su profanador y se derramaba en abundancia, espesa y viscosa, hasta lo más recóndito de sus tiernas partes.

Ambrose retiró a regañadientes su polla humeante y dejó a la vista las partes relucientes de la jovencita, de las que desbordaba la espesa masa de sus emisiones.

—¡Bien! —exclamó Verbouc, a quien la escena le había excitado en extremo—. ¡Ahora me toca a mí, buen padre Ambrose! Usted ha disfrutado de mi sobrina delante de mis narices; así lo deseaba, y ha sido convenientemente mancillada. También ha participado del placer con usted, lo que confirma mis sospechas: es capaz de recibir y capaz de disfrutar, uno puede saciarse con ella y con su cuerpo; bien, voy a empezar. Por fin ha llegado mi oportunidad, ahora no puede huir de mí. Voy a satisfacer el deseo que tanto tiempo he abrigado. Voy a satisfacer esta insaciable lujuria por la hija de mi hermano. ¿Ves cómo alza la cabeza colorada este miembro? Es debido al deseo que siento por ti, Bella. Palpa,

dulce sobrina mía, lo duras que están las pelotas de tu tío: están llenas por tu causa. Eres tú la que ha hecho que mi miembro se haya puesto tan rígido, tan largo e hinchado, y eres tú quien está destinada a aliviarlo. ¡Franquéale el paso, Bella! Deja que guíe tu hermosa mano, hija mía. ¡Vamos!, no te andes con remilgos, nada de sonrojos ni de pudor. ¿No ves su longitud? Debes dejarla entrar por completo en esa rajita caliente que el estimado padre Ambrose acaba de colmar tan abundantemente. ¿Ves los grandes globos que cuelgan debajo, querida Bella? Están cargados con la leche que voy a descargar para tu placer y el mío. Sí, Bella, descargaré en el vientre de la hija de mi hermano.

La idea del horrible incesto que proyectaba cometer reavivaba a todas luces su desenfreno y producía en él una extraordinaria impaciencia lujuriosa, que se evidenciaba tanto en su semblante encendido como en el rígido y erecto astil que ahora amenazaba las partes humedecidas de Bella.

Mister Verbouc tomó sus medidas con firmeza. Desde luego, como él decía, la pobre Bella no tenía escape. Se colocó sobre ésta y le abrió las piernas. Ambrose la sujetó con fuerza contra su propio estómago a la vez que se recostaba. El violador vio su oportunidad, el camino estaba despejado, las blancos muslos ya separados, los labios rojos y relucientes de su hermoso coñito encarados hacia él. No podía esperar más; tras separar los labios y apuntar con tiento el bálano liso y rojo hacia la hendidura oferente, se lanzó hacia delante, y en una acometida, lanzando un grito de placer, se enterró en toda su longitud en el vientre de su sobrina.

—¡Ay, Señor! ¡Por fin estoy en su interior! —gritó Verbouc—. ¡Oh! ¡Ah! ¡Qué placer, qué deliciosa es, qué apreturas! ¡Oh!

El buen padre Ambrose la sostenía con firmeza.

Bella dio una violenta sacudida y lanzó un gritito de dolor y terror al notar la entrada del miembro hinchado de su tío, mientras que éste, firmemente encajado en el cálido cuerpo de su víctima, se lanzaba a una rápida y furiosa carrera de placer egoísta. Era la oveja en las zarpas del lobo, la paloma en las garras del águila. Despiadado, insensible a los

sentimientos de la muchacha, el bruto se lo llevó todo por delante, hasta que, demasiado pronto para su propia lujuria caldeada, con un grito de disfrute agónico, descargó y vertió en el interior de su sobrina un copioso torrente de flujo incestuoso.

Una y otra vez disfrutaron los dos canallas de su joven víctima. Su ardiente lujuria, estimulada por la perspectiva de los placeres del otro, los llevaba a la locura.

Ambrose intentó atacarla por las nalgas, pero Verbouc, que sin duda tenía sus motivos para prohibirlo, vetó la violación, y el sacerdote, en modo alguno corrido, desplazó la punta de su enorme herramienta y desde atrás la insertó con furia en su rajita. Verbouc se arrodilló y contempló el acto, y a su término lamió con placer evidente los ensopados labios del rebosante coño de su sobrinita.

Esa noche acompañé a Bella a su lecho, pues aunque mis nervios habían sufrido una terrible conmoción, mi apetito no había disminuido, y quizás era una suerte que mi joven protegida no poseyera una piel tan irritable como para resentirse mucho de los esfuerzos que hacía yo por satisfacer mis ansias naturales.

El sueño había sucedido a la comida con que me había obsequiado, y había encontrado un retiro cálido y seguro entre el suave y tierno musgo que cubría el monte de Venus de la dulce Bella cuando, a eso de la medianoche, un violento alboroto me sacó bruscamente de mi merecido reposo.

Alguien había hecho presa repentina y firmemente de la joven, y una forma gruesa se apretaba con vigor contra su liviana figura. De sus labios asustados salió un grito sofocado, y entre vanos esfuerzos por su parte por escapar, y esfuerzos más fructuosos por evitar una consumación tan poco deseable, reconocí la voz y la persona de Mister Verbouc.

La sorpresa había sido absoluta; vana fue la débil resistencia que su sobrina podía ofrecer, pues con premura febril y terriblemente enardecido por el suave contacto de sus extremidades de terciopelo, el incestuoso tío poseyó con fiereza sus encantos más ocultos, y tenaz en su horrible lujuria, condujo su arma erecta hasta el interior de su joven

cuerpo.

Sobrevino un forcejeo en el que cada uno desempeñó un papel inequívoco.

El violador, estimulado igualmente por las dificultades de su conquista y por las exquisitas sensaciones que experimentaba, enterró su rígido miembro en la deliciosa vaina y buscó por medio de sus fervientes acometidas desahogar su concupiscencia en una copiosa descarga, mientras que Bella, cuyo prudente temperamento no era invulnerable a un ataque tan lascivo y denodado, luchó en vano por resistirse a los violentos impulsos de la naturaleza, que, caldeados por la excitante fricción, amenazaban con traicionarla, hasta que, al cabo, con las extremidades trémulas y casi sin aliento, se rindió y emitió los dulces fluidos desde lo más hondo de su alma sobre el hinchado astil que tan deliciosamente palpitaba en su interior.

Mister Verbouc, consciente de que jugaba con ventaja, cambió de táctica, como un general prudente; tuvo buen cuidado de no alcanzar el clímax y de provocar un nuevo avance por parte de su dulce adversaria.

Mister Verbouc no tuvo grandes dificultades para conseguirlo, y el combate al parecer le espoleó hasta la furia. La cama temblaba y se sacudía, toda la habitación vibraba con la energía de su lascivo ataque, los dos cuerpos se agitaban, revolcaban y zambullían, convertidos en una masa indistinguible.

La lujuria, calenturienta e impaciente, reinaba suprema en ambos bandos. Él se introdujo, luchó, empujó, arremetió, se retiró hasta que la ancha testa de su abultado pene quedó entre los labios sonrosados de las ardientes partes de Bella. Se hincó hasta que los pelos negros y crespos de su vientre se entreveraron con la pelusa suave y musgosa que cubría el pronunciado monte de su sobrina, hasta que, con un sollozo tembloroso, ella manifestó a la par su dolor y su placer.

Una vez más la victoria era de Verbouc, y al enfundar su vigoroso miembro hasta la empuñadura en el tierno cuerpo, un lamento profundo y delicado le indicó que la muchacha había llegado al éxtasis, al tiempo que una vez más se

propagaba por su sistema nervioso el penetrante espasmo del placer; y a continuación, con un brutal gemido de triunfo, Mister Verbouc lanzó un delgado y cálido chorro de flujo hacia lo más recóndito de su útero.

Con el frenesí del deseo recién avivado, y todavía insatisfecho con la posesión de una flor tan bella, el brutal Verbouc colocó boca abajo a su sobrina, que estaba medio desmayada, y contempló a placer sus preciosas nalgas. Su objetivo se hizo evidente cuando, procurándose parte de las emisiones de que rebosaba ahora su rajita, le untó el ano y luego introdujo el índice hasta donde pudo.

Sus pasiones habían alcanzado otra vez un punto febril. Su polla amenazaba el rollizo trasero, y al tiempo que se encaramaba sobre el cuerpo postrado de Bella, llevó la reluciente protuberancia al estrecho ojete y se afanó por introducirla. Al cabo de un rato lo consiguió, y Bella recibió en su recto la verga de su tío en toda su longitud. La estrechez de su ano le proporcionó a éste el más intenso de los deleites, y continuó maniobrando lentamente arriba y abajo durante al menos otro cuarto de hora, al término del cual su polla alcanzó la dureza del hierro y Bella notó que arrojaba cálidos torrentes de leche en sus entrañas.

Ya había amanecido cuando Mister Verbouc liberó a su sobrina de los lujuriosos abrazos en que había saciado su pasión y se escabulló exhausto a su propia y fría cama; Bella, cansada y hastiada, se sumió en un profundo sueño debido al agotamiento, del que no despertó hasta avanzada la mañana.

Cuando Bella salió de su habitación, sintió que en su interior se había operado un cambio que no le preocupó ni se interesó en analizar. La pasión se había impuesto en su carácter; habían despertado en ella intensas emociones sexuales y también habían sido aplacadas. El refinamiento con que éstas se habían satisfecho había generado lujuria y la lujuria había despejado el camino hacia un goce desenfrenado e incluso antinatural.

Bella, joven, infantil y hasta hace tan poco inocente, se había convertido de pronto en una mujer de violentas pasiones y lujuria incontenible.

Capítulo VI

No molestaré al lector contándole cómo, un día, me encontré cómodamente oculta en la persona del buen padre Clement, ni haré aquí un alto para explicar por qué estaba yo presente cuando este respetable eclesiástico recibió y confesó a una muy encantadora y elegante damita de unos veinte años de edad.

A raíz de la conversación que sostuvieron ambos, pronto descubrí que la dama, aunque muy bien relacionada, carecía de título nobiliario, y estaba casada con uno de los terratenientes más acaudalados del vecindario.

Los nombres no revisten aquí ninguna importancia. Por lo tanto, omito el de esta hermosa penitente.

Después de que el confesor le hubiera dado su bendición y hubiera concluido el sacramento merced al cual se convirtió en depositario de los secretos más selectos de la dama, la condujo de buena gana desde la nave de la iglesia hasta la sacristía de reducidas dimensiones en la que Bella había recibido su lección sobre la cópula santificada.

Se echó el cerrojo de la puerta, no se perdió ni un momento, la dama se despojó de su vestido, el fornido confesor se abrió la sotana revelando su enorme arma, el bálano color de rubí se erguía ahora en el aire dilatado y amenazador. En cuanto la dama percibió esta aparición, se fijó en el miembro con el aire de quien no era la primera vez que cataba ese objeto de placer.

Su primorosa mano acarició con suavidad el enhiesto pilar de duro músculo, y sus ojos devoraron sus luengas e hinchadas proporciones.

—Me lo meterá por detrás —señaló la dama—, *en levrette*, pero debe tener mucho cuidado, ¡es temiblemente grande!

Al padre Clement le brillaron los ojos bajo su abundante

mata de cabello rojo, y su enorme instrumento dio un respingo que hubiera levantado una silla.

En un segundo, la damita se había colocado de rodillas en el asiento, y Clement, aproximándose por detrás, le levantó el blanco y delicado lino y dejó al descubierto un trasero rollizo y bien torneado bajo el cual, medio escondido por los rechonchos muslos, apenas se veían los labios rojos de una deliciosa hendidura, lozanamente sombreada por la extensa vegetación de exquisito vello castaño que se ensortijaba en torno a ella.

Clement no necesitaba más incitación; tras escupir sobre la testa de su gran miembro, llevó el bálano hasta los labios humedecidos, y con numerosas acometidas y mucho esfuerzo, se afanó por hacerla entrar hasta las pelotas.

Penetró más y más, hasta que dio la impresión de que la hermosa beneficiaría no tenía posibilidad de albergar nada más sin peligro para sus partes vitales. Mientras tanto, el rostro de la dama delataba la extraordinaria emoción que el gigantesco ariete le producía.

En breve el padre Clement se detuvo. Había entrado hasta las pelotas. Su vello pelirrojo y ralo se pegaba a las rollizas nalgas del trasero de la dama. Ésta tenía alojada la verga en toda su longitud. A continuación tuvo lugar un acoplamiento que hizo temblar considerablemente el banco y todo el mobiliario de la estancia.

Con sus brazos en torno a la hermosa dama a la que poseía, el sensual sacerdote se internaba más y más a cada arremetida, y retiraba su miembro sólo hasta la mitad, para llevarlo así mejor hasta su objetivo. La dama se estremecía con las exquisitas sensaciones que le proporcionaba dilatación tan vigorosa; luego cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y emitió sobre el invasor un cálido borbotón de esa esencia de la naturaleza.

Entre tanto, el padre Clement maniobraba en la cálida vaina, con lo que su abultada arma se volvía más dura y fuerte, hasta semejar una barra de hierro macizo.

Pero todas las cosas tienen un final, y también lo tuvo el disfrute del buen padre, pues tras haber empujado, luchado,

apretado y golpeado con su furiosa verga hasta que tampoco él pudo contenerse más, notó que estaba a punto de descargar su arma, llevando así la cuestión a su culmen.

Se corrió cuando, con un agudo grito de éxtasis, cayó sobre el cuerpo de la dama, su miembro enterrado hasta la raíz, y derramó un prolífico torrente de leche en su mismísimo útero. En breve todo había terminado, el último espasmo había quedado atrás, la última gota humeante se había emitido y Clement yacía como muerto.

No debe imaginar el lector que el buen padre Clement había quedado satisfecho con el único tiento que, con efecto tan excelente, acababa de propinar; ni que la dama, cuyo desenfreno tan poderosamente había sido mitigado, pensaba abstenerse de toda ulterior diversión. Al contrario, esta cópula sólo había reavivado las latentes facultades de ambos para la sensualidad, y ahora de nuevo buscaban aliviar la ardiente llama de la lujuria.

La dama cayó de espaldas; su membrudo rival se lanzó sobre ella, e introduciendo su ariete hasta que el vello de ambos se juntó, volvió a correrse y colmó su útero con un torrente viscoso.

Insatisfechos todavía, la desenfrenada pareja continuó con su excitante pasatiempo.

Esta vez Clement se tumbó boca arriba y la dama, al tiempo que jugueteaba lascivamente con sus enormes genitales, tomó el voluminoso bálano rojo entre sus labios sonrosados, y tras estimularlo con enloquecedores toqueteos hasta que alcanzó una tensión suprema, provocó con avidez una descarga de su fecundo flujo, que, espeso y caliente, entró a chorros en su hermosa boca y lo engulló.

Después la dama, cuyo vicio igualaba al menos al de su confesor, se sentó a horcajadas sobre su musculoso cuerpo, y tras obtener otra enorme y resuelta erección, descendió sobre el palpitante astil, empalando su hermosa figura sobre la masa de carne y músculo hasta que no quedó nada a la vista, a excepción de las grandes pelotas que colgaban prietas debajo del arma enhiesta. De este modo logró de Clement una cuarta descarga, y envuelta en el aroma de la excesiva

efusión de semen, así como fatigada a causa de la inusual duración del entretenimiento, la dama desapareció para cavilar a placer sobre las monstruosas proporciones e inusitadas capacidades de su gigantesco confesor.

Capítulo VII

Bella tenía una amiga, una damita unos meses mayor que ella, hija de un acaudalado caballero que vivía cerca de Mister Verbouc. Julia era, no obstante, de naturaleza menos voluptuosa y disposición menos ardiente, y como pronto descubrió Bella, no estaba lo bastante madura como para comprender los sentimientos pasionales ni los intensos instintos que incitan al goce.

Julia era un poco más alta que su joven amiga, un poco menos rellena, pero con su figura perfecta y sus exquisitos rasgos, parecía haber nacido para deleitar la mirada y embelesar el corazón de un artista.

Cabría suponer que una pulga no puede describir la belleza de una persona, ni siquiera de la de aquellas de quienes se alimenta. Lo único que sé es que Julia constituía un placer suculento para mí, y algún día también lo constituiría para alguien del sexo masculino, pues tenía una hechura como para despertar los deseos de los más insensibles y seducir con sus gráciles ademanes y su agradabilísimo talle a los más quisquillosos adoradores de Venus.

El padre de Julia poseía, como he dicho, holgados recursos; su madre era una mujer apagada y bobalicona que se ocupaba muy poco de su hija; en realidad, no se ocupaba de nada salvo de los deberes religiosos, a los que dedicaba una buena parte de su tiempo, y de las visitas a las ancianas devotas del vecindario, que fortalecían aún más sus inclinaciones.

Mister Delmont era relativamente joven. Hombre robusto, amaba la vida, y puesto que su piadosa media naranja estaba demasiado ocupada para procurarle el solaz matrimonial que el pobre hombre tenía derecho a esperar, acudía a otra parte.

Mister Delmont tenía una amante: una joven hermosa que, según deduje, se mostraba a su vez mal dispuesta a contentarse, como suelen hacer las de su calaña, con su acaudalado protector.

Mister Delmont en modo alguno limitaba sus atenciones a su amante; sus costumbres eran erráticas y sus gustos decididamente eróticos.

En estas circunstancias, no era de extrañar que le hubiera echado el ojo a la hermosa figura en ciernes de la amiga de su hija, Bella. Ya había encontrado ocasión de estrechar su hermosa mano enguantada, de besar —por supuesto de un modo adecuadamente paternal— la blanca frente, e incluso de posar la mano trémula —de manera totalmente accidental — sobre los rollizos muslos.

De hecho, Bella, más juiciosa y mucho más experimentada que la mayoría de las muchachas de su tierna edad, estaba al tanto de que el hombre sólo esperaba una oportunidad para llevar la cuestión hasta su último extremo.

Eso era precisamente lo que le hubiera gustado a Bella, pero era objeto de una estrecha vigilancia, y la reciente y vergonzosa relación en la que apenas había empezado a adentrarse ocupaba todos sus pensamientos.

El padre Ambrose, en cambio, era del todo consciente de la necesidad de mostrarse cauto, y el buen hombre no dejaba pasar ocasión, mientras la damita estaba en el confesonario, de realizar indagaciones directas y pertinentes sobre su conducta con otros y sobre la conducta de éstos con su penitente. Fue así como Bella vino a confesar a su guía espiritual los sentimientos que habían despertado en ella los avances románticos de Mister Delmont.

El padre Ambrose le dio buenos consejos y de inmediato puso a Bella a la tarea de chuparle el pene.

Una vez terminado este delicioso episodio, y retirados los restos del goce, el digno varón, con su astucia habitual, reflexionó sobre lo que acababa de averiguar. Y no transcurrió mucho tiempo antes de que su sensual y vicioso cerebro concibiese un plan audaz y criminal del que yo, humilde insecto, nunca he conocido igual.

Por supuesto, había decidido de inmediato que la joven Julia acabara siendo suya —eso era lo natural—, pero para alcanzar este fin y divertirse al mismo tiempo con la pasión que a todas luces albergaba Mister Delmont por Bella, aspiraba a una doble consumación merced a una estratagema de lo más desvergonzado y horrible, y que el lector entenderá a medida que avancemos.

Lo primero era caldear la imaginación de la hermosa Julia y despertar en ella los latentes fuegos de la lujuria.

Encomendó el buen sacerdote esta noble tarea a Bella quien, debidamente instruida, prometió obediencia de buena gana.

Desde que se rompió el hielo en su propio caso, Bella, a decir verdad, no deseaba nada tanto como convertir a Julia en alguien tan culpable como ella misma. De modo que puso manos a la obra en la tarea de corromper a su joven amiga. En breve veremos hasta qué punto lo consiguió.

Apenas habían pasado unos días desde que la joven Bella se iniciara en las delicias del crimen incestuoso que ya hemos relatado, y desde entonces la joven no había tenido ninguna otra experiencia, ya que Mister Verbouc había sido reclamado lejos de su hogar. Al cabo, no obstante, regresó, y Bella se encontró por segunda vez sola y serena con su tío y el padre Ambrose.

La tarde era fría pero una estufa proporcionaba una agradable calidez al lujoso aposento, mientras que los mullidos y elásticos sofás y otomanas con que estaba amueblada la estancia invitaban a un lánguido reposo. A la luz brillante de una lámpara deliciosamente perfumada, los dos hombres semejaban ostentosos devotos de Baco y Venus, pues descansaban apenas vestidos y acababan de dar cuenta de una suntuosa comida.

En cuanto a Bella, se superó a sí misma en belleza. Ataviada con un encantador salto de cama, medio mostraba, medio ocultaba las golosinas aún en ciernes de las que bien podía enorgullecerse.

Los brazos deliciosamente torneados, las suaves piernas recubiertas de seda, los senos palpitantes, donde asomaban

dos *pommettes* exquisitamente formadas, con las puntas como fresas, el elegante tobillo y el diminuto pie, calzado en su ceñido zapatito: éstas y otras hermosuras prestaban sus diversos encantos para constituir un delicado y cautivador conjunto que hubiera embriagado a las caprichosas deidades y del que dos lascivos mortales se disponían ahora a gozar.

No hizo falta mucho para espolear aún más los infames e irregulares deseos de los dos hombres, que ahora, con los ojos enrojecidos de deseo, contemplaban a placer el espléndido ágape que les aguardaba.

Habían dispuesto que nada les interrumpiera, y ambos buscaban con lascivos *attouchements* satisfacer las ansias, concebidas en su imaginación, de manosear lo que veían.

Incapaz de refrenar su afán, el sensual tío extendió la mano, y al tiempo que acercaba hacia sí a su hermosa sobrina, dejó que sus dedos erraran entre las piernas de ésta. En cuanto al sacerdote, se apropió de su tierno y lozano busto y enterró el rostro en él.

Ninguno de ellos permitió que consideración alguna sobre el recato interfiriera en su disfrute, y los miembros de los dos fornidos varones estaban completamente a la vista y se mantenían erectos y excitados, los bálanos rojos y relucientes a causa de la tensión de la sangre y el músculo que ocultaban.

—¡Oh, cómo me tocan! —murmuró Bella, abriendo involuntariamente los muslos blancos a la mano trémula de su tío mientras Ambrose casi la ahogaba con sus gruesos labios al robar deliciosos besos de su boca de rubí.

En breve, la complacida mano de Bella sujetaba en su cálida palma el miembro enhiesto del vigoroso sacerdote.

—Ah, dulce niña, ¿no te parece grande? ¿Y no arde por derramar sus jugos en tu interior? Ay, hija mía, ¡cómo me excitas! Esa mano, esa manita… ¡Ah! Me muero por hincártelo en ese tierno vientre. ¡Bésame, Bella! Verbouc, mire cómo me excita su sobrina.

—¡Santa madre, qué polla! Mira qué capullo tiene, Bella. Cómo reluce, qué largo y blanco astil, y cómo se curva hacia arriba, igual que una serpiente dispuesta a picar a su víctima.

Mira, Bella, ya se forma una gota en su punta.

—¡Oh, qué dura está! ¡Cómo palpita! ¡Cómo se mueve! Apenas puedo sujetarla. Me mata usted con semejantes besos, me está sorbiendo la vida.

Mister Verbouc se adelantó al tiempo que mostraba de nuevo su arma, erecta y de color rojo rubí, con la cabeza descapuchada y húmeda.

A Bella le brillaron los ojos ante la perspectiva.

—Debemos organizar nuestros placeres, Bella —dijo su tío—. Debemos tratar de prolongar nuestros éxtasis tanto como nos sea posible. Ambrose está ardiendo de deseo; ¡qué espléndido animal tiene, qué miembro! ¡Está dotado igual que un asno! ¡Ah, sobrina mía, hija mía, eso dilatará tu rajita, se hincará en ti hasta lo más hondo, y tras un largo proceso descargará un torrente de leche para tu placer!

—¡Qué dicha! —murmuró Bella—. Ansío tenerlo en mi interior hasta la cintura.

—Sí, sí; no precipites en exceso el delicioso final; deja que todos nos ocupemos de ello.

Ella hubiera contestado, pero en ese momento entró en su boca el bulbo colorado del asunto de Mister Verbouc.

Bella recibió entre sus labios de coral la cosa rígida y palpitante con suma avidez, y permitió la entrada de la cabeza y los lomos hasta donde pudo darles acomodo. Lamió todo su contorno con la lengua; incluso intentó meter por la fuerza la punta de ésta en la abertura roja del ápice. Estaba excitada, fuera de sí. Tenía las mejillas encendidas, respiraba de manera ansiosa y espasmódica. Su mano seguía asiendo el miembro del salaz sacerdote. Su estrecho coñito palpitaba de placer sólo de pensar en lo que vendría a continuación.

Podría haber continuado cosquilleando, frotando y excitando la henchida herramienta del lujurioso Ambrose, pero el digno varón le hizo señas de que parara.

—Espera un momento, Bella —suspiró—. Si sigues así, harás que fluya la leche.

Bella soltó el enorme y blanco astil y se recostó para que su tío pudiera maniobrar a placer entrando y saliendo de su boca. Mientras tanto, su mirada contemplaba con avidez las

enormes proporciones de Ambrose.

Bella nunca había degustado una polla con tanto deleite como hacía ahora con la respetable arma de su tío. Por tanto, aplicaba sus labios a ella con suma apetencia, y succionaba con glotonería la humedad que de vez en cuando rezumaba la punta. Mister Verbouc estaba extasiado con sus complacientes servicios.

El sacerdote se hincó de rodillas, e introduciendo su cabeza rapada entre las rodillas de Mister Verbouc, que estaba de pie delante de su sobrina, abrió los rollizos muslos de la muchacha, y a la vez que separaba los labios rosados de su delicada hendidura con los dedos, introdujo la lengua y le cubrió las jóvenes y excitadas partes con sus gruesos labios.

Bella se estremeció de placer: a su tío se le endureció más y arremetió firme y viciosamente contra su hermosa boca. La muchacha llevó una mano a sus pelotas y las estrujó dulcemente. Descapuchó el caliente astil y lo chupó con evidente deleite.

—Deje que se derrame —dijo Bella, retirando durante un momento el reluciente capullo de su boca para hablar y tomar aliento—. Deje que se derrame, tío, me encantaría saborear la leche.

—Así lo harás, querida mía, pero todavía no, no debemos precipitarnos.

—Oh, cómo me chupa, cómo me lame su lengua, padre Ambrose. Estoy que ardo, ¡me está usted matando!

—Ajá, Bella, ahora no sientes sino placer, te has reconciliado con los goces de nuestra incestuosa relación —añadió Mister Verbouc.

—Desde luego que sí, querido tío. Vuelva a meterme la polla en la boca.

—Aún no, Bella, amor mío.

—No me haga esperar mucho. Me está volviendo loca. ¡Padre, padre! Ay, viene hacia mí, se está preparando para follarme. ¡Madre santa! ¡Qué polla! ¡Piedad! ¡Me va a partir en dos!

Ambrose, espoleado hasta la furia debido a la deliciosa tarea que le había tenido ocupado, alcanzó una excitación

excesiva para quedarse como estaba, y aprovechando que Mister Verbouc se había apartado momentáneamente, se incorporó y tendió a la hermosa joven sobre el mullido sofá.

Verbouc asió el formidable pene del devoto padre y, tras manosearlo un par de veces, retirar el suave prepucio que rodeaba el bálano en forma de huevo y dirigir la ancha y candente testa hacia la hendidura rosada, le urgió a introducirlo con vigor en el vientre de Bella, que estaba tumbada delante de él.

La humedad de las partes de la niña facilitó la inserción de la cabeza y los lomos, y el arma del sacerdote quedó rápidamente sumergida. Se produjeron luego vigorosas arremetidas, y con lujuria feroz en su semblante y escasa piedad por la juventud de su víctima, Ambrose la folló con entusiasmo. La excitación de Bella anuló toda sensación de dolor, de modo que abrió cuanto pudo sus hermosas piernas y le permitió regodearse tanto como deseaba.

De los labios entreabiertos de Bella escapó un fuerte gemido de éxtasis al percibir que la enorme arma, dura como el hierro, le oprimía el útero y la dilataba con su enorme volumen.

Mister Verbouc, de pie cerca de la excitada pareja, y sin perder detalle de la rijosa escena, colocó su propio miembro, apenas menos vigoroso, en la mano convulsa de su sobrina.

En cuanto Ambrose notó que se había introducido con firmeza en el hermoso cuerpo que tenía debajo, refrenó su ansia, y solicitando la ayuda de la maravillosa facultad de dominio de sí mismo que poseía en tan extraordinario grado, paseó sus manos trémulas por las caderas de la muchacha, se retiró el hábito y dejó al descubierto su barriga velluda, con la que a cada profundo embate restregaba la suave *motte* de la joven.

Ahora, en efecto, el sacerdote empezó a aplicarse con fervor. Con acometidas vigorosas y regulares se enterró en la tierna figura que tenía debajo de sí. Arremetía apasionadamente; Bella le echó los brazos al fornido cuello. Las pelotas del eclesiástico daban aldabonazos contra el rollizo trasero de ella, su herramienta estaba ensartada hasta

los pelos, que, negros y crespos, cubrían abundantemente su voluminosa barriga.

—¡Ya lo ha conseguido! Mire a su sobrina, Verbouc. Observe cómo disfruta de las recomendaciones de la Iglesia. ¡Ah, qué apreturas! ¡Cómo me pellizca con su estrecho coñito desnudo!

—¡Ay, queridísimo mío! ¡Ay, buen padre, siga jodiendo, me corro! Empuje, empuje más. Máteme con ella si le place, pero siga moviéndose. ¡Así! Ay, cielos. ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué grande es! ¡Cómo me penetra usted!

El sofá volvió a zarandearse considerablemente y a crujir bajo las rápidas embestidas de Ambrose.

—¡Ay, Dios! —gritó Bella—, ¡me está matando, esto es demasiado, de verdad, me muero, me corro! —y con un chillido ahogado la muchacha estalló y por segunda vez inundó el grueso miembro que tan deliciosamente la forjaba como al hierro.

La luenga polla se caldeó y se endureció más aún. La punta también se hinchó y todo el tremendo asunto parecía listo para reventar con generosidad. La joven Bella gemía palabras incoherentes de las cuales la única audible era «joder».

Ambrose, ya del todo preparado, y percibiendo su enorme asunto atenazado por las tiernas partes de la muchacha, no pudo aguantar más, y al tiempo que asía el trasero de Bella con ambas manos, se hincó en toda su tremenda longitud y descargó, lanzando los espesos chorros de flujo, uno tras otro, en el interior de su compañera de juegos.

Dejó escapar un rugido como el de una bestia salvaje al notar que la leche caliente salía de él a borbotones.

—¡Ah, aquí viene! Me está inundando. Lo noto. ¡Ay, qué delicia!

La polla del sacerdote arremetía inexorablemente contra las entrañas de Bella, y su bálano hinchado seguía inyectando la semilla nacarada en el joven útero.

—¡Oh, qué cantidad me ha dado! —observó Bella, al tiempo que se ponía en pie tambaleante y contemplaba el espeso y cálido flujo que le corría piernas abajo—. ¡Qué

blanco y resbaladizo es!

Ésa era exactamente la coyuntura que más ansiaba su tío, y por tanto procedió tranquilamente a aprovecharse de ella. Vio las hermosas medias de seda empapadas por completo; metió los dedos entre los sonrosados labios de su tierno coño y extendió sobre su vientre y muslos lampiños el semen que rezumaba.

Después de colocar convenientemente a su sobrina delante de sí, Mister Verbouc mostró una vez más su rígido y velludo campeón, y excitado por las excepcionales circunstancias con que tanto se deleitaba, contempló con ardor apremiante las tiernas partes de la joven Bella, cubiertas por completo como estaban por la descarga del sacerdote y exudando aún espesas y copiosas gotas de su fecundo flujo.

Bella, tal como él le pidió, abrió las piernas al máximo. Ansioso, su tío se plantó desnudo entre sus jóvenes y rollizos muslos.

—Aguanta, mi querida sobrina. Mi polla no es tan gruesa ni tan larga como la del padre Ambrose, pero sé muy bien cómo follar y luego ya me dirás si la leche de tu tío no es tan espesa y acre como la del eclesiástico. Mira lo tiesa que la tengo.

—¡Ah, cómo me hace usted anhelarla! —dijo Bella—. Ya veo su estimado aparato esperando su turno; ¡qué rojo está! Empuje, querido tío, ya estoy preparada de nuevo, y el buen padre Ambrose ha lubricado abundantemente el camino para usted.

El miembro, ya duro y con el bálano enrojecido, tocó los labios entreabiertos tan resbaladizos como dispuestos; el bálano entró enseguida, el enorme astil le siguió de inmediato, y con unos cuantos firmes embates, pronto el ejemplar pariente estuvo enterrado hasta las pelotas en el vientre de su sobrina y pudo refocilarse en la copiosa evidencia del previo goce impío de la joven con el padre Ambrose.

—¡Mi querido tío! —exclamó la muchacha—, ¡recuerde a quién se folla! No es ninguna desconocida, es la hija de su

hermano, su propia sobrina. ¡Jódame pues, tío! ¡Ensárteme toda su fuerte polla! ¡Jódame! Ah, sí, joda, joda hasta que su incestuosa sustancia se derrame en mi interior… ¡Ah, ah! ¡Oh! —Y subyugada por las salaces ideas que evocaba, Bella, para gran dicha de su tío, dio rienda suelta a la sensualidad más desbocada.

El tenaz varón, feliz de poder satisfacer sus placeres favoritos, prodigaba embates rápidos e intensos. A pesar de que la hendidura de su hermosa adversaria estaba anegada, era no obstante tan pequeña y estrecha por naturaleza que se vio atenazado del modo más delicioso por la ceñida abertura, y su placer aumentó rápidamente.

Verbouc se levantaba y se lanzaba sobre el delicioso cuerpo de su joven sobrina; se hincaba ferozmente con cada arremetida, y Bella se aferraba a él con la tenacidad de la lujuria aún insatisfecha. Su polla estaba cada vez más dura y caliente.

La excitación pronto sé hizo casi insoportable. La propia Bella disfrutaba del incestuoso encuentro a más no poder. Al cabo, con un sollozo, Mister Verbouc cayó sobre su sobrina y se corrió, mientras el cálido flujo salía de él a chorros y volvía a inundar su útero. Bella también alcanzó el clímax, y al tiempo que notaba y acogía la intensa inyección, ofrecía pruebas igualmente ardorosas de su disfrute.

Tras culminar de este modo la cópula, a Bella se le permitió hacer las necesarias abluciones, y luego, tras un reconfortante vaso de vino para todos, los tres se sentaron y planearon una diabólica trama para conseguir la deshonra y disfrute de la hermosa Julia Delmont.

Bella reconoció que Mister Delmont sin duda estaba enamorado de ella, y que a todas luces sólo buscaba una oportunidad para encarrilar la cuestión hacia su objetivo.

El padre Ambrose confesó que su miembro se le empalmaba a la mera mención del nombre de la hermosa muchacha. Él solía escuchar a Julia en confesión, y ahora reconoció entre risas que no podía evitar tocarse en el confesonario; el aliento de la joven le provocaba agonías de anhelo sensual, era auténtico perfume.

Mister Verbouc se declaró igualmente ansioso por disfrutar de las tiernas golosinas cuya descripción había enfervorizado su lujuria, pero la cuestión era cómo poner en práctica la trama.

—Si la tomara sin preparación, le reventaría sus partes —exclamó el padre Ambrose, exhibiendo una vez más su aparato rubicundo, humeante todavía y con la prueba de su último disfrute aún sin retirar.

—Yo no podría poseerla en primer lugar. Necesito la excitación de una cópula previa —objetó Mister Verbouc.

—Me gustaría ver a la muchacha bien desflorada —dijo Bella—. Contemplaré la operación con placer, y cuando el padre Ambrose haya hecho entrar su enorme cosa en su interior, usted, tío, podría ofrecerme la suya para compensarme por el obsequio que le estamos haciendo a la hermosa Julia.

—Sí, eso sería doblemente delicioso.

—¡Lo que hay que hacer! —exclamó Bella—. Madre santa, qué rígida vuelve a estar su cosa, querido padre Ambrose.

—Se me ocurre una idea que me provoca una violenta erección con sólo pensar en ella; ponerla en práctica sería el colmo de la lujuria, y por consiguiente del placer.

—¡Oigámosla! —exclamaron los dos al unísono.

—Un momento —dijo el eclesiástico, mientras permitía que Bella retirara levemente la capucha púrpura de su herramienta y le cosquilleara con la punta de la lengua el orificio humedecido—. Presten oídos —dijo Ambrose—. Mister Delmont está prendado de Bella. Nosotros lo estamos de su hija, y a nuestra niña, esta que ahora me chupa el arma, le gustaría que la tierna Julia la tuviera ensartada hasta lo más hondo, sólo para dar a su perverso y salaz cuerpecillo otra dosis de placer. Hasta aquí, todos estamos de acuerdo. Ahora préstenme atención, y por el momento, Bella, deja tranquila mi herramienta. El plan es el siguiente. Sé que la pequeña Julia no es insensible a sus instintos animales; de hecho, el diablillo ya siente las espoladas de la carne. Un poco de persuasión y otro poco de misterio harán el resto. Julia consentirá en obtener alivio de las dulces punzadas del

apetito carnal. Bella debe estimularla y alentar la idea. Mientras tanto Bella puede ir dando esperanzas a su estimado Delmont. Puede permitirle que se le declare, si así le place; de hecho, eso es necesario para el éxito del plan. Luego entraré yo en escena; sugeriré que Mister Verbouc es un hombre por encima de cualquier prejuicio vulgar, y que a cambio de cierta suma que deberá convenirse, entregará a su sobrina, hermosa y virgen, a sus exaltados abrazos.

—Eso no acaba de convencerme —comenzó Bella.

—No veo adónde quiere usted llegar —terció Mister Verbouc—. No estaremos más cerca de la consecución de nuestro objetivo.

—Un momento —continuó el eclesiástico—. Hasta aquí, todos hemos estado de acuerdo: bien, Bella será vendida a Mister Delmont; se le permitirá saciarse de sus bellos encantos en secreto, ella no le verá, ni él a ella, al menos no su semblante, que permanecerá oculto. Se le llevará a una agradable estancia, contemplará el cuerpo, desnudo por completo, de una hermosa jovencita, sabrá que es su víctima y disfrutará de ella.

—¡O sea, de mí! —interrumpió Bella—. ¿A qué viene todo este misterio?

El padre Ambrose esbozó una sonrisa morbosa.

—Ya lo verás, Bella, ten un poco de paciencia. Queremos disfrutar de Julia Delmont. Mister Delmont quiere disfrutar de ti. Sólo podemos alcanzar nuestro objetivo si, al mismo tiempo, evitamos todo escándalo. Mister Delmont debe ser silenciado; de otro modo, es posible que paguemos cara la violación de su hija. Lo que tengo planeado es que el lascivo Mister Delmont viole a su propia hija, en vez de a Bella, y que tras despejarnos el camino, nos aprovechemos de ello para satisfacer también nuestra lascivia. Si Mister Delmont cae en la trampa, podemos ponerle al corriente de su incesto y recompensarle con el auténtico disfrute de nuestra dulce Bella, o bien actuaremos según dicten las circunstancias.

—Oh, estoy a punto de correrme —gritó Mister Verbouc—, tengo el arma a punto de estallar. ¡Qué ardid! ¡Qué deliciosa perspectiva!

Ambos hombres se incorporaron. Bella se vio envuelta en sus abrazos. Dos armas duras y voluminosas presionaron su tierna figura. La llevaron hacia el sofá.

Ambrose se tendió de espaldas; Bella montó a horcajadas sobre él, tomó el pene de semental en su hermosa mano y se lo metió en la raja.

Mister Verbouc los miraba.

Bella descendió hasta que la enorme arma estuvo alojada por completo. Luego se tumbó sobre el fornido padre y comenzó una serie de movimientos ondulantes y deliciosos.

Mister Verbouc veía subir y bajar su hermoso trasero, que se entreabría y cerraba a cada embate.

Ambrose había entrado hasta la empuñadura, eso era evidente, sus grandes pelotas colgaban prietas y los gruesos labios de las partes en ciernes de Bella descendían sobre ellas cada vez que se dejaba caer.

La escena le resultó excesiva. El virtuoso tío se subió al sofá, dirigió su largo pene hinchado hacia el trasero de la hermosa Bella y sin apenas dificultad logró encajárselo, pese a su excepcional longitud, en las entrañas.

El trasero de su sobrina era redondo y suave como el terciopelo, y su piel blanca como el alabastro. Verbouc, no obstante, no se detuvo en contemplaciones. Su miembro había penetrado, y notaba la estrecha compresión del músculo y la pequeña entrada, que provocaba en él un efecto sin par. Las dos pollas, sólo separadas por una membrana, se refregaban entre sí.

Bella acusaba el efecto enloquecedor de esta doble *jouissance*. La excitación se tornó tremenda, hasta que, al fin, el enardecimiento de la lucha trajo su propio desahogo y borbotones de leche inundaron a la hermosa Bella.

Después de eso, Ambrose descargó dos veces en la boca de Bella, donde su tío también emitió el incestuoso flujo, y esta culminación puso punto final al entretenimiento.

Bella llevó a cabo esta operación de tal modo que suscitó los más cálidos encomios de sus compañeros.

Sentada en el extremo de una silla, los recibió, a uno tras otro, de pie delante de ella, de modo que la rígida arma del

otro estaba casi a la altura de sus labios de coral. Metiéndose entonces la glándula aterciopelada en la boca, empleó sus hermosas manos para acariciar, cosquillear y excitar el astil y sus apéndices. Así se empleó todo el poder nervioso de su compañero de juegos, y con el pene dilatado a más no poder, disfrutó de esa lasciva estimulación hasta que los indecorosos toqueteos de Bella se tornaron excesivos, y entre suspiros de emoción extática, la boca y el gaznate de ésta quedaron repentinamente inundados por un impetuoso torrente de leche.

La glotoncilla se lo tragó todo; de haber tenido oportunidad, habría hecho lo mismo una docena de veces.

Capítulo VIII

Bella seguía proporcionándome los pastos más deliciosos. Sus jóvenes extremidades nunca echaban de menos las dosis carmesí que yo embebía, ni acusaban como grave inconveniencia las minúsculas punzadas que, muy a regañadientes, me veía obligado a infligirle para sustentarme. Decidí, por tanto, permanecer con ella a pesar de que últimamente su conducta se había tornado un tanto cuestionable y algo irregular, por no decir otra cosa.

De lo que sí me apercibí sin lugar a dudas es de que había perdido todo atisbo de delicadeza y recato virginal, y que ahora sólo vivía para los deleites del goce sexual.

Pronto quedé convencido de que mi damita no había desoído ni un ápice de la lección que había recibido acerca de su parte en la conspiración que se estaba preparando. Ahora me propongo relatar cómo interpretó su papel.

No transcurrió mucho tiempo antes de que Bella se encontrara en la mansión de Mister Delmont, y, como lo quiso la suerte, o mejor dicho, como lo había planeado aquel digno varón, a solas con el enamorado propietario.

Mister Delmont vio su oportunidad, y como un general avispado, se dispuso al instante para el ataque. Consideraba a su hermosa acompañante o bien del todo ajena a sus intenciones, o bien deliciosamente dispuesta a alentar sus insinuaciones.

Ya tenía Mister Delmont su brazo en torno a la cintura de Bella cuando, al parecer por casualidad, la suave mano derecha de ésta, que la nerviosa palma del caballero estrechaba, se posó en su varonil muslo.

Lo que Bella percibió bajo su mano evidenció sin asomo de duda la violenta emoción de éste. Un estremecimiento recorrió rápidamente el duro objeto que yacía oculto, y Bella

sintió a su vez ese espasmo simpático que denota placer sensual.

El mujeriego Mister Delmont atrajo suavemente a la muchacha hacia sí y abrazó su complaciente cuerpo. Le estampó de repente un cálido beso en la mejilla y susurró lisonjas para desviar la atención de la muchacha. Intentó algo más: movió suavemente la mano de Bella en torno al duro objeto hasta que la damita percibió que la excitación de su compañero corría el peligro de desbocarse.

Durante todo este rato, Bella se había ceñido estrictamente a su papel; era la viva imagen de la inocencia recatada.

Mister Delmont, animado por la falta de resistencia de su joven amiga, tomó otras medidas aún más resueltas. Su traviesa mano resiguió la cenefa del delicado vestido de Bella y apretó su tierna pantorrilla. A continuación, de repente, mientras depositaba un cálido beso en sus labios rojos, introdujo raudo los dedos trémulos por debajo del vestido y le tocó el rollizo muslo.

Bella se apartó. En cualquier otro momento, de buen grado se hubiera tendido de espaldas y le habría permitido hacerle las peores cosas que supiera hacer; sin embargo recordó cuál era su papel y siguió interpretándolo a la perfección.

—¡Oh, qué maleducado es usted! —se encolerizó la damita—, ¡qué travieso, no puedo permitírselo! Mi tío dice que no debo permitir a nadie que toque eso, al menos no sin antes… —Bella titubeó, se interrumpió y puso cara bobalicona.

Además de excitación, Mister Delmont sentía ahora curiosidad.

—¿No sin antes qué, Bella?

—Oh, no debo decírselo. No debería haberlo mencionado. Pero al hacerme usted algo tan maleducado, he perdido la cabeza y lo he olvidado.

—Olvidar, ¿el qué?

—Algo que mi tío me ha dicho a menudo —respondió sencillamente Bella.

—¿De qué se trata? Dímelo.

—No me atrevo. Además, no entiendo a qué se refiere.

—Si me dices qué es lo que te dijo, yo te lo explicaré.

—¿Me promete no contárselo a nadie?

—Desde luego.

—Bueno, pues dice que no debo dejar que nadie eche mano ahí, y que quien quiera hacerlo, debe pagar bien por ello.

—¿De verdad dice eso?

—Sí, eso dice. Y también dice que soy capaz de proporcionarle una buena suma de ese modo, y que hay muchísimos caballeros acaudalados que pagarían por lo que usted quiere hacerme, y dice que él no es tan estúpido como para perder una oportunidad semejante.

—Francamente, Bella, tu tío es un escrupuloso hombre de negocios. No le tenía por esa clase de personas.

—Pues así es él —replicó Bella—. Tiene mucha afición al dinero, créame, pero lo mantiene en secreto; y apenas sé a qué se refiere, pero a veces dice que va a vender mi virginidad.

«¿Será posible?», pensó Mister Delmont.

—¡Qué hombre debe de ser! ¡Qué impresionante vista para los negocios!

De hecho, cuanto más pensaba en ello Mister Delmont, más convencido estaba de que la ingeniosa explicación de Bella era cierta. Había que comprarla. Y él la compraría; prefería mil veces eso a recurrir a una relación secreta y luego correr el riesgo de ser descubierto y castigado.

No obstante, antes de que pudiera hacer poco más que dar vueltas en su cabeza a estas sabias reflexiones, les interrumpió la llegada de su hija Julia, y muy a su pesar, soltó a su acompañante y se arregló la ropa para no ofender al recato.

Bella adujo rápidamente una excusa y se fue a su casa, dejando que los acontecimientos siguieran su curso.

La ruta que tomó mi hermosa damita discurría entre varios prados y paralela a un camino de carro que desembocaba en una amplia carretera muy cerca de la

residencia de su tío.

Era a primera hora de la tarde y hacía un tiempo magnífico. La vereda daba varios giros repentinos, y mientras Bella seguía su camino, se distraía observando el ganado en los pastos aledaños.

En breve la vereda estuvo flanqueada por árboles. La larga línea recta de troncos separaba el camino de carro del sendero para los transeúntes. En el prado más cercano vio a varios hombres labrando la tierra, y un poco más allá, a un grupo de mujeres que habían hecho un breve alto en su tarea de escardar para cotillear un rato.

Al otro lado de la vereda había un seto, y al mirar a través de él Bella vio una escena que la sobrecogió en extremo. En el prado había dos animales, un caballo y una yegua. Aquél había estado a todas luces persiguiendo a ésta por el prado y al fin había acorralado a su compañera en un extremo, no muy lejos de donde se encontraba ella.

Pero lo que más sobrecogió y sorprendió a Bella fue la maravillosa excitación que mostraba un largo y pardusco miembro erecto que colgaba bajo el vientre del semental y que, de vez en cuando, se levantaba contra su cuerpo con una impaciente sacudida.

Sin duda la yegua también había reparado en el miembro, pues ahora estaba perfectamente quieta de espaldas al caballo.

A éste lo acuciaban demasiado sus instintos eróticos como para coquetear mucho rato, y la damita vio para su asombro que la enorme criatura se montaba sobre la yegua por detrás para luego intentar ensartarle su herramienta.

Bella observaba, llena de interés y expectación, y vio cómo el largo miembro hinchado del caballo acertaba al cabo y desaparecía por completo en los cuartos traseros de la yegua.

Decir que se despertaron las emociones sensuales de la joven no sería sino expresar el resultado natural de una exhibición tan salaz. Fue más que un despertar; sus instintos libidinosos se encendieron. Se cogió las manos y contempló con interés el lascivo encuentro; y cuando, tras proceder

rápida y furiosamente, el animal retiró su pene empapado, Bella se quedó mirándolo. Le invadían unas ansias dementes de apropiarse del enorme colgajo y de utilizarlo para su propio deleite.

En este excitado estado de ánimo, notó que necesitaba hacer algo para aliviar la poderosa emoción que la oprimía. Haciendo un gran esfuerzo, Bella apartó la vista, y en ese mismo momento, cuando llevaba recorridos media docena de pasos, se topó con una escena que sin duda no era proclive a aliviar su excitación.

En medio del camino se hallaba un rústico joven de unos dieciocho años; sus rasgos atractivos, pero un tanto estúpidos, estaban vueltos hacia el prado donde retozaban los afectuosos corceles. Una abertura en el seto que bordeaba la vereda le proporcionaba una excelente panorámica, y se entregaba a su contemplación con tanto interés como el que había mostrado antes Bella.

Pero lo que llamó poderosamente la atención a la muchacha fue el estado de las vestiduras del mozo, y la aparición de un tremendo miembro, coloradote y bien desarrollado, que, a cara descubierta y expuesto por completo, alzaba al frente con desvergüenza su airada cresta.

El efecto que había producido la escena del prado no dejaba lugar a dudas, pues el mozo ya se había desabrochado la ropa interior de basto tejido y se asía con nerviosismo un arma de la que se habría enorgullecido un carmelita. Devoraba con ojos anhelantes la escena que ante él se desarrollaba en el prado mientras su mano derecha retiraba la piel de la enhiesta columna y maniobraba vigorosamente arriba y abajo, ajeno por completo a que un espíritu tan parecido al suyo estuviera siendo testigo de su proceder.

Un respingo y una exclamación que dejó escapar Bella le obligaron a mirar en derredor de inmediato, y allí mismo, delante de él, vio a la hermosa muchacha, ante la que exponía por completo su desnudez y su lasciva erección.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bella, en cuanto pudo hablar —, ¡qué horrible visión! ¡Qué muchacho tan malvado! Pero ¿qué haces con esa cosa larga y roja?

El chico, avergonzado, intentó torpemente volver a meterse en los calzones el objeto que había provocado estos comentarios, pero su evidente confusión y la rigidez de la cosa hicieron de la operación algo muy difícil, por no decir tedioso.

Bella acudió amablemente en su ayuda.

—¿Qué es eso? Déjame que te ayude. ¿Cómo es que ha salido? Qué grande y duro es, ¡y vaya longitud! Caramba, ¡qué tremendamente grande la tienes, picarón! —y mientras hablaba posó su delicada manita blanca sobre el pene erguido del muchacho, y al asirlo suave y cálidamente, como es natural, no hizo más que restarle posibilidades de volver a entrar en su refugio.

Entre tanto, el mozo, al tiempo que recobraba poco a poco el aplomo y observaba lo hermosa y en apariencia inocente que era su nueva conocida, dejó de hacer patente deseo alguno de ayudarla en el laudable empeño de ocultar el rígido y afrentoso miembro. De hecho, por más que así lo hubiera deseado, la tarea se hizo imposible, pues en cuanto Bella lo hubo apresado, adquirió proporciones aún mayores, mientras el bálano púrpura y tirante relucía como una ciruela madura.

—¡Qué diablillo! —observó Bella—. ¿Qué debo hacer? —continuó, mirando con coquetería el hermoso rostro del aldeano.

—¡Ah, cómo me gusta eso! —dijo el mozo dando un suspiro—, quién iba a pensar que estaba usted tan cerca mientras yo me sentía tan mal… ¡Acababa de empezar a palpitar y a hinchárseme ahora mismo!

—Esto es muy, pero que muy perverso —señaló la damita, que oprimió con más fuerza y notó que las exuberantes llamas de la lujuria se alzaban cada vez más en su interior—. Esto está mal, y es una travesura, bien lo sabes, granuja.

—¿Ha visto lo que hacían los caballos en el prado? —preguntó el chico, mirando perplejo a Bella, cuya belleza le parecía que se elevaba como la aurora sobre sus cortas entendederas del mismo modo que el sol sale a hurtadillas sobre un paisaje lluvioso.

—Sí, lo he visto —contestó la muchacha, inocentemente —. ¿Para qué lo hacían? ¿Y qué hacían exactamente?

—Pues jodían —respondió el joven con una mueca lasciva —. Él deseaba a la yegua, y la yegua deseaba al semental, de modo que se han acoplado y han jodido.

—Señor, qué curioso —exclamó Bella, desviando su mirada con simplicidad infantil de la enorme cosa que tenía entre las manos para posarla en el semblante del joven.

—Sí, ha sido divertido, ¿verdad? Y, ¡Virgen santa!, qué herramienta tenía, ¿verdad, señorita?

—Inmensa —murmuró Bella, pensando también en la cosa que estaba pelando lentamente, adelante y atrás, con su propia mano.

—Oh, qué cosquillas me hace —dijo el muchacho entre suspiros—. ¡Qué hermosa es! ¡Qué frotes tan deliciosos! Siga, siga, señorita, quiero correrme.

—¿De verdad? —susurró Bella—. ¿Quieres que haga que te corras?

Bella vio que el objeto erecto iba enrojeciéndose con la suave estimulación que le proporcionaba, hasta que la rolliza punta casi parecía a punto de reventar. Le invadió con violencia el salaz deseo de observar el efecto de su fricción.

Se aplicó a la lasciva tarea con energías redobladas.

—Oh, por favor, siga… Está a punto de llegar. ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué bien lo hace! ¡Agárrela fuerte!… ¡Más rápido!… ¡Pélela hasta abajo! Ahora, otra vez. ¡Oh!, Dios bendito. ¡Oh! —La larga y dura herramienta se puso más caliente y rígida a medida que las manitas la manipulaban con destreza—. ¡Ah, ah, me corro! ¡Ah! ¡Oh! —exclamó el aldeano con voz entrecortada, mientras las rodillas le temblaban, el cuerpo se le ponía rígido, echaba la cabeza atrás y, entre contorsiones y gritos ahogados, su enorme y poderoso pene arrojaba un rápido chorro de espeso flujo sobre las manitas que, ansiosas por bañarse en el cálido y viscoso aluvión, asían ahora con cariño el enorme astil y le extraían la torrencial lluvia de semen.

Bella, sorprendida y encantada, bombeó hasta la última gota —de haberse atrevido lo habría lamido—, y luego,

sacando su pañuelo de batista, se limpió los espesos y nacarados restos de las manos.

El joven, confuso y alelado, guardó el miembro vencido y observó a su compañera con un aire de curiosidad y asombro entremezclados.

—¿Dónde vive? —se le ocurrió al fin preguntar.

—No muy lejos de aquí —contestó Bella—. Pero no debes intentar seguirme, ni indagar, ya sabes. Si lo haces —continuó la damita—, saldrás perdiendo, pues nunca volveré a hacértelo, y serás castigado.

—¿Por qué no jodemos como el semental? —sugirió el joven cuyo ardor, sólo medio apaciguado, empezaba otra vez a caldearse.

—Algún día, quizás. Ahora no, que tengo prisa. Llego tarde; debo irme de inmediato.

—¿Me dejará que le meta mano por debajo de la ropa? Dígame, ¿cuándo volverá?

—Ahora no —aseguró Bella, retirándose poco a poco—, pero nos volveremos a encontrar. —Conservaba un vivido recuerdo del fornido asunto, ahora dentro de los calzones del muchacho—. Dime —prosiguió ella—. ¿Has jodido alguna vez?

—No, pero me gustaría… ¿No me cree?… Bueno, pues entonces sí, sí que he jodido.

—¡Qué escándalo! —exclamó la damita.

—Seguro que a mi padre le gustaría follársela —dijo él sin vacilar, y haciendo caso omiso de su ademán de despedida.

—¿Tu padre? ¡Qué horrible!… ¿Cómo estás tan seguro?

—Porque mi padre y yo nos follamos a las mozas juntos. Su herramienta es mucho más grande que la mía.

—Si tú lo dices… Pero ¿de veras tu padre y tú hacéis esas cosas juntos?

—Sí, cuando se nos presenta la oportunidad. Debería verle joder. ¡Ay, vive Cristo! —exclamó, y sonrió como un tonto.

—No pareces muy listo —dijo Bella.

—Pues mi padre no es tan listo como yo —replicó el mozo, esbozando una amplia sonrisa al tiempo que le enseñaba la polla, otra vez medio erguida—. Ahora sé cómo

joder, aunque sólo lo he hecho una vez. Debería verme follar.

Y Bella vio la enorme herramienta enhiesta y palpitante.

—¿Con quién lo hiciste, picarón?

—Con una muchacha de catorce años. Nos la follamos mi padre y yo.

—¿Quién lo hizo primero? —quiso saber Bella.

—Yo, y mi padre me pilló. De modo que quiso su parte y me hizo sujetarla. Debería verle joder, ¡vive Cristo!

Pocos minutos después, Bella estaba otra vez en camino y llegó a casa sin que le sucedieran más aventuras.

Capítulo IX

Cuando, esa tarde, Bella relató el resultado de su entrevista con Mister Delmont, de los labios de sus dos compinches brotó una grave risilla de satisfacción. Nada dijo, en cambio, del joven aldeano que se había encontrado por el camino. Consideraba del todo innecesario molestar al astuto padre Ambrose o a su no menos sagaz pariente contando esa parte de sus actos del día.

El plan estaba a todas luces a punto de hacerse realidad. La semilla plantada con tanta discreción sin duda fructificaría, y al pensar Ambrose en el delicioso placer que con seguridad algún día experimentaría al hacer suya a la joven y hermosa Julia Delmont, cobró ánimos y sus pasiones saborearon de antemano las tiernas exquisiteces que habrían de ser suyas, hasta que el resultado se hizo visible en la enorme tensión de su miembro y la excitación que delataba todo su comportamiento.

Mister Verbouc no quedó menos conmovido. Sensual en grado sumo, se prometió un lascivo banquete con los encantos recién descubiertos de la hija de su vecino, y la idea del convite venidero actuó de igual modo sobre su temperamento nervioso.

Aún había ciertos detalles por disponer. Era evidente que el simple de Mister Delmont actuaría creyendo que eran ciertas las declaraciones de Bella con respecto a la voluntad de su tío de vender su virginidad.

El padre Ambrose, cuyo conocimiento de Delmont le había llevado a sugerir esa idea, sabía bien con quién se las estaba viendo; de hecho, ¿quiénes, de entre aquellos que tenían el privilegio de tenerlo como confesor, no desvelaban su naturaleza más honda a su sacerdote en el sagrado sacramento de la confesión?

El padre Ambrose era discreto, observaba fielmente el silencio que imponía su religión, pero no tenía escrúpulos en utilizar los conocimientos así adquiridos para sus propios fines; y a estas alturas el lector sabe tan bien como yo cuáles eran esos fines.

De esta guisa se organizó la trama. Cierto día —ya decidirían cuál—, Bella debía invitar a su amiga Julia a pasar la jornada con ella en casa de su tío, y Mister Delmont, según se estableció, recibiría instrucciones de ir a recogerla. Después de que flirtearan un rato él y la inocente Bella, una vez explicado y previamente acordado todo, ella debía retirarse, y con el pretexto de que era absolutamente necesario tomar alguna clase de precaución para evitar el menor escándalo, Bella iba a serle presentada en una estancia adecuada, recostada sobre un sofá, donde su hermoso cuerpo y sus encantos quedarían a su disposición mientras su cabeza permanecía oculta tras una cortina minuciosamente cerrada. De este modo, Mister Delmont, ansioso por el tierno encuentro, podría arrebatar la joya que codiciaba de su hermosa víctima, sin que ella —que ignoraría quién podía ser su asaltante— tuviera oportunidad de acusarle del atropello ni se avergonzara en su presencia.

A Mister Delmont debía explicársele todo esto, y su conformidad se tenía por cierta; sólo quedaba una salvedad. Nadie debía decirle que Bella sería sustituida por su propia hija. Sólo lo sabría cuando todo hubiera acabado.

Mientras tanto, prepararían poco a poco y en secreto a Julia para lo que iba a acontecer, sin mencionarle, como es lógico, la catástrofe final ni quién iba a ser el auténtico participante. Pero aquí el padre Ambrose estaba en su salsa, y mediante indagaciones bien dirigidas y una gran abundancia de explicaciones —innecesarias del todo en un confesonario —, pronto puso a la joven al corriente de cosas con las que hasta entonces ni siquiera había soñado, todas las cuales Bella se cuidó de explicar y confirmar.

Todas estas cuestiones habían quedado definitivamente decididas en común, y la consideración del asunto había producido de antemano un efecto tan violento en los dos

hombres que ahora estaban preparados para celebrar su buena fortuna mediante la posesión de la joven y hermosa Bella con un ardor que nunca habían superado.

Mi damita, por su parte, estaba encantada de prestarse a sus fantasías, y al tiempo que se sentaba o recostaba en el mullido sofá con un miembro erguido en cada mano, sus propias emociones crecieron proporcionalmente hasta anhelar los vigorosos abrazos que, como bien sabía, iban a venir a continuación.

El padre Ambrose, como siempre, fue el primero. La puso boca abajo, le indicó que enseñara sus rollizas nalgas blancas tanto como le fuera posible, y se detuvo un momento a contemplar la deliciosa perspectiva y la delicada rajita, que apenas se veía, un poco más adelante. Su arma, formidable y bien provista de la esencia de la naturaleza, se irguió airada y amenazó con entrar por cualquiera de las dos puertas en las deliciosas tinieblas del amor.

Mister Verbouc, igual que en otras ocasiones, se dispuso a presenciar el desproporcionado asalto con la intención evidente de disfrutar después interpretando su papel preferido.

El padre Ambrose contempló con lascivia los promontorios blancos y torneados que tenía delante de sí. Las tendencias clericales de su educación le excitaban a cometer una infidelidad para con la diosa, pero la certeza de lo que su amigo y patrón esperaba de él lo refrenó por el momento.

—Las demoras son peligrosas —dijo—, tengo las pelotas harto llenas; esta querida niña debe recibir su contenido, y usted, amigo mío, debe deleitarse con la abundante lubricación de que le proveeré.

Ambrose, al menos en esta ocasión, no decía sino la verdad. La enorme arma, coronada por la testa lisa, púrpura y reluciente como una fruta madura, se le erguía rígida contra el ombligo, y los inmensos testículos, duros y rotundos, parecían sobrecargados con el venenoso licor que ansiaban derramar. Cuando, a punto de reventar de lujuria, el sátiro se aproximó a su presa, una gota espesa y opaca —un *avant-courrier* del torrente que vendría después— apareció en el

contundente prepucio. Inclinando hacia abajo con impaciencia el rígido astil, Ambrose metió el gran capullo entre los labios de la tierna hendidura de Bella, y toda lubricada como estaba, comenzó a penetrarla.

—¡Oh, qué dura! ¡Qué grande es! —gritó Bella—. Me hace daño, va demasiado aprisa… ¡Ay, deténgase!

Para el caso, Bella podría haber estado apelando al viento. Una rápida sucesión de embates, unas pocas pausas a cada tanto, más esfuerzos, y Bella quedó empalada.

—¡Ah! —exclamó el profanador a la vez que se volvía triunfante hacia su colega mientras sus ojos destellaban y su lujuriosa boca salivaba debido al goce—. ¡Ah, esto es delicioso, claro que sí! ¡Qué estrecho lo tiene!, y sin embargo lo ha engullido todo. Estoy dentro hasta las pelotas.

Mister Verbouc lo comprobó minuciosamente. Ambrose tenía razón. De sus genitales no quedaban a la vista más que sus dos enormes pelotas, que, bien ceñidas, ejercían presión entre las piernas de Bella.

Mientras tanto, Bella sentía muy adentro la pasión que embargaba a su invasor. Percibió cómo el prepucio liberaba el enorme bálano, y al instante, arrollada por sus emociones más lujuriosas, con un leve grito, derramó en abundancia.

Mister Verbouc estaba encantado.

—¡Empuje! ¡Empuje! —dijo—. Ahora le encanta, désela toda, ¡empuje!

Ambrose no necesitaba semejante incentivo: cogiendo a Bella por las caderas, se enterraba en ella a cada acometida. El placer le llegó rápido; retiró su pene humeante, excepto el capullo, y luego, dando una última arremetida, soltó un gemido que venía de lo más hondo y emitió un perfecto diluvio de flujo caliente en el delicado cuerpo de Bella.

La muchacha notó la sustancia cálida y goteante que ascendía briosa por su interior, y una vez más ofreció su tributo. Los abundantes borbotones que ahora se derramaban en sus entrañas desde las poderosas reservas del padre Ambrose, cuyo singular don en este particular ya he explicado, provocaron en Bella intensísimas sensaciones, y durante esta descarga experimentó un profundo placer.

Apenas se había retirado Ambrose cuando Mister Verbouc tomó posesión de su sobrina e inició un lento y delicioso disfrute de sus encantos más íntimos. Tras un intervalo de veinte minutos enteros, durante los cuales el salaz tío se deleitó a más no poder, culminó su placer con una copiosa descarga que Bella recibió con tales espasmos de goce que sólo una mente del todo lasciva podría apreciar.

—Me pregunto… —dijo Mister Verbouc, tras recuperar el aliento y refrescarse con un largo trago de buen vino—, me pregunto cómo es que esta querida niña me inspira un arrobamiento tan arrollador. En sus brazos me olvido de mí mismo y de todo el mundo. La embriaguez del momento me arrastra y disfruto de un éxtasis desconocido.

La observación, o reflexión, llámese como se prefiera, del tío, iba, en cierta medida, dirigida al buen padre, y, sin duda, en parte era el resultado de maniobras de espíritus que habitaban en su interior y que involuntariamente afloraban y tomaban la forma de palabras.

—Creo que yo le podría decir el motivo —dijo Ambrose sentenciosamente—, sólo que quizás usted no seguiría mi razonamiento.

—Explíquemelo, claro que sí —replicó Mister Verbouc—. Soy todo oídos, y si algo me gustaría escuchar es su motivo.

—Mi motivo, o más bien debería decir mis motivos —observó el padre Ambrose—, resultarán evidentes cuando haya usted captado mi hipótesis. —Luego, cogiendo un pellizco de rapé, una costumbre en la que el buen hombre por lo general incurría antes de comunicar alguna reflexión de peso, continuó—: El placer sensual debe ser siempre proporcional a la adaptabilidad de las circunstancias que van dirigidas a producirlo. Y ello resulta paradójico, pues cuanto más avanzamos en la sensualidad, y más voluptuosos se vuelven nuestros placeres, mayor necesidad hay de que estas circunstancias estén reñidas. No me malinterprete; intentaré expresarme con más claridad. ¿Por qué comete una violación un hombre cuando está rodeado de hermosas mujeres dispuestas a permitirle hacer uso de sus cuerpos? Simplemente, porque no se contenta con estar de acuerdo con

la parte contraria de su disfrute, y precisamente en la resistencia de ésta radica su placer. Sin duda hay casos en los que un hombre de carácter brutal, en busca únicamente de su propio desahogo sexual, si no le es posible encontrar un objeto complaciente para su gratificación, fuerza a una mujer, o a una niña, a voluntad, sin otro objeto que el desahogo inmediato de los instintos que lo torturan; pero si se buscan las actas de crímenes semejantes, se comprobará que, en un número más elevado, obedecen a un propósito deliberado, planificado y ejecutado aun cuando existen otros medios de satisfacción evidentes e incluso legales. La oposición al disfrute ansiado sirve para aguzar su apetito lascivo, y la introducción del rasgo distintivo del crimen y la violencia añade entusiasmo a la cuestión, que va afianzándose con firmeza en la mente. Está mal, es inaceptable, por tanto merece la pena buscarlo, se vuelve delicioso. Una vez más, ¿cuál es el motivo de que un hombre de constitución vigorosa y capaz de saciarse con una mujer completamente desarrollada, prefiera a una jovencita inmadura? Yo respondo: porque esa disparidad le proporciona placer, gratifica la imaginación, y por tanto se amolda con exactitud a las circunstancias de las que hablo. En efecto, y sin lugar a dudas, es la imaginación la que trabaja. La ley del contraste rige en esto tanto como en todo lo demás. La mera distinción de los sexos no es en sí suficiente para el hombre voluptuoso y cultivado; se necesitan contrastes más acusados y peculiares para perfeccionar la idea que ha concebido. Las variaciones son infinitas, pero en todas ellas subyace la misma ley. Los altos prefieren a las bajas, los de piel clara a las de piel morena, los fuertes escogen a mujeres frágiles y tiernas, y estas mujeres tienen preferencia por los compañeros vigorosos y robustos. Los dardos de Cupido llevan incompatibilidades por punta y las incongruencias más extremas por plumas; nadie, a excepción de los animales inferiores, las propias bestias, copula indiscriminadamente con el sexo opuesto, e incluso éstas tienen preferencias y deseos tan irregulares como los de la humanidad. ¿Quién no ha visto el comportamiento

antinatural de dos perros callejeros, o no se ha mofado de los torpes esfuerzos de una vieja vaca que, mientras la conducen al mercado con el resto del rebaño, desahoga sus instintos sensuales montando sobre los lomos de su vecina más próxima? Así respondo a su invitación, y le ofrezco mis motivos de la preferencia que siente usted por su sobrina, por la compañera de juegos dulce pero prohibida, cuyas deliciosas extremidades manoseo ahora.

Al tiempo que el padre Ambrose concluía, miró un instante a la hermosa joven, y su enorme arma se alzó hasta alcanzar sus máximas dimensiones.

—Ven, fruta prohibida —dijo—, déjame que te coja como tal, deja que disfrute de ti hasta quedar satisfecho. Eres mi placer, mi éxtasis, mi goce delirante. Te cubriré de leche, te poseeré a pesar de los dictados de la sociedad… Eres mía, ¡ven!

Bella contempló el coloradote y enhiesto miembro del confesor, percibió su mirada excitada clavada en su propio cuerpo joven. Sabía su intención y se dispuso a complacerle.

El eclesiástico ya había entrado numerosas veces en sus tiernas entrañas y endilgado su majestuoso pene cuan largo era en sus partecillas sensibles. El dolor debido a la penetración previa había dado paso ahora al placer, y la carne joven y elástica se abrió para recibir la columna de cartílago con la única incomodidad de que debía tener cuidado al alojarla.

El buen hombre contempló durante un momento la tentadora perspectiva que tenía ante sí y luego, avanzando, dividió los labios rosados de la hendidura de Bella e introdujo la suave glándula de su enorme arma: al notarla, Bella, agitada, sintió que la recorría un estremecimiento de emoción.

Ambrose siguió penetrando hasta que, tras unas cuantas feroces arremetidas, se enterró en toda su longitud en su estrecho cuerpecillo y ella lo recibió hasta las pelotas.

Luego se sucedieron los embates, las vigorosas contorsiones por una parte y los sollozos espasmódicos y gritos ahogados por la otra. Si los placeres del eclesiástico

eran intensos, los de su juvenil compañera de juegos eran igualmente voluptuosos, y el rígido artefacto ya estaba bien lubricado con la descarga de ésta cuando Ambrose, lanzando una queja hondamente sentida, llegó una vez más a su culmen y Bella notó el torrente de derramaduras que le quemaba violentamente en lo más vivo.

—¡Ah, cómo me han inundado ambos! —dijo Bella, y mientras hablaba vio que un charco le empapaba las piernas y se derramaba entre sus muslos y sobre la funda del sofá.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera responder al comentario, se oyeron unos gritos en la apacible estancia que, ahora ya más débiles, captaron de inmediato la atención de los tres.

Y aquí debo poner al tanto a mi lector de uno o dos pormenores que hasta el momento, en mi calidad de insecto, no he creído necesario mencionar. El hecho es que las pulgas, pese a ser sin duda una de las especies más ágiles, no tenemos la capacidad de estar en todas partes al mismo tiempo, aunque sin duda podemos compensar y de hecho compensamos esta desventaja merced al ejercicio de una agilidad rara vez igualada por otros miembros de la tribu de los insectos.

Debería haber explicado, como cualquier narrador humano, aunque, quizá, con menos circunloquios y más veracidad, que la tía de Bella, Mistress Verbouc, de la que se hizo una muy breve presentación a mis lectores en el capítulo inicial de mi historia, tenía sus aposentos en un ala de la mansión donde pasaba buena parte del tiempo, al igual que Mistress Delmont, entregada a ejercicios devotos, y, con una feliz despreocupación por los asuntos mundanos, por lo general dejaba el gobierno doméstico de la casa a su sobrina.

Mister Verbouc ya había alcanzado la etapa de la indiferencia hacia los atractivos de su media naranja, y rara vez visitaba los aposentos de ésta o interrumpía su reposo con el propósito de ejercer sus derechos maritales.

Mistress Verbouc, no obstante, era todavía joven: apenas habían pasado treinta y dos veranos sobre su piadosa y devota persona. Era hermosa, y además había aportado a su

marido el beneficio adicional de una fortuna considerable.

La dama, a pesar de su beatería, a veces languidecía por los consuelos más tangibles que constituían los abrazos de su marido, y saboreaba con intenso deleite el ejercicio de los derechos de éste en las visitas ocasionales que hacía a su lecho.

En esta ocasión, Mistress Verbouc se había retirado a una hora temprana, como hacía habitualmente, y para explicar lo que sigue es necesaria la presente digresión. Mientras esta afable dama, por tanto, está ocupada en esos asuntos de tocador que ni siquiera las pulgas nos atrevemos a profanar, hablemos de otro personaje no menos importante cuya conducta también será necesario estudiar.

Resultó que al padre Clement, cuyas hazañas en las lides de la diosa amorosa ya hemos tenido ocasión de describir, le dolía en lo más hondo la retirada de la joven Bella de la Sociedad de la Sacristía y, al tanto de quién era y dónde se la podía localizar, había rondado durante varios días la residencia de Mister Verbouc con la idea de volver a poseer el delicioso trofeo del que, como se recordará, el astuto Ambrose había privado a sus cofrades.

Clement contaba en este intento con el apoyo del superior, que también lamentaba amargamente su pérdida, sin sospechar, empero, el papel que en ésta había desempeñado el padre Ambrose.

Esa noche en concreto, Clement se había apostado cerca de la casa, y al ver una oportunidad, se acercó para mirar por una ventana que, estaba seguro, era la de la hermosa Bella.

Desde luego, ¡qué vanos son los cálculos humanos! Mientras el desamparado Clement, privado de sus goces, vigilaba sin descanso una estancia, el objeto de sus deseos se entregaba con avidez, en otra, a un salaz disfrute entre dos vigorosos amantes.

Mientras tanto, la noche avanzaba, y Clement, al encontrarlo todo tranquilo, se las ingenió para alzarse a la altura de la ventana. En la habitación ardía una tenue luz gracias a la cual el ansioso *curé* pudo vislumbrar a una dama que reposaba a solas disfrutando plenamente de un profundo

sueño.

Sin atisbo de duda acerca de su capacidad para ganarse a Bella para su goce con sólo hacerse oír, y recordando el éxtasis que había experimentado mientras disfrutaba de sus encantos, el audaz sinvergüenza abrió la ventana y entró en la alcoba. Del todo cubierto con el holgado hábito de monje y oculto bajo su amplia capucha, se acercó furtivamente a la cama mientras su gigantesco miembro, ya despierto a los placeres que se prometía, se erguía feroz contra su hirsuta barriga.

Mistress Verbouc se despertó, y sin dudar ni un instante de que era su fiel esposo quien tan cálidamente se apretaba contra ella, se volvió con cariño hacia el intruso, y, de buena gana, abrió sus muslos complacientes y los ofreció a su vigoroso ataque.

Clement, por su parte, igualmente seguro de que tenía a la joven Bella en sus brazos, quien, además, no rechazaba sus caricias, llevó la situación al límite; al tiempo que se colocaba con premura y pasión entre las piernas de la dama, puso su enorme pene contra los labios de una hendidura bien lubricada, y del todo consciente de las dificultades que esperaba encontrar en una muchacha tan joven, se hincó violentamente.

Un movimiento, otra arremetida descendente de su gran trasero, un grito sofocado por parte de la dama, y lenta pero segura la gigantesca masa de carne endurecida entró hasta que estuvo alojada en su mayor parte. Entonces Mistress Verbouc, al ser la primera vez que la penetraba Clement, detectó la extraordinaria diferencia. Este pene tenía al menos dos veces el tamaño del de su marido. Y a la duda le siguió la certidumbre. Levantó la cabeza, y a la tenue luz de la estancia, vio encima de ella, muy cerca del suyo, el excitado semblante del feroz Clement.

De inmediato se produjo un forcejeo, una violenta protesta y un vano intento de desasirse de su fornido asaltante.

Podía hacer lo que quisiera, que Clement no pensaba soltar su presa. No se detuvo, sino que, al contrario, sordo a

sus gritos, la ensartó hasta el fondo y luchó con precipitación febril por culminar su horrible triunfo. Ciego de ira y lujuria, se mostró indiferente al hecho de que se hubiera abierto la puerta y a los golpes que le llovían sobre los cuartos traseros; con los dientes apretados y el manso mugido de un toro, alcanzó el clímax y derramó un torrente de semen en el reacio útero de su víctima.

Entonces se dio cuenta de la situación, y temeroso de las consecuencias de su detestable atropello, se incorporó a toda prisa, retiró su arma espumante y salió de la cama por el lado opuesto al de su asaltante. Esquivando como mejor podía los tajos que Mister Verbouc daba al aire, y bien calada la capucha de su hábito sobre el rostro para evitar que lo reconocieran, se precipitó hacia la ventana por la que había entrado; de un apresurado salto consiguió escapar en la oscuridad, seguido por las imprecaciones del enfurecido esposo.

Ya hemos consignado en un capítulo anterior que Mistress Verbouc era una inválida —o más bien así se imaginaba ella misma—, y para una persona de nervios delicados y costumbres retiradas, mi lector puede imaginar por sí mismo cuál había de ser el probable efecto de tan indecoroso atropello. Las enormes proporciones del hombre, su fuerza, su furia, casi la habían matado, y yacía inconsciente en el lecho en que se había perpetrado su violación.

Cuando Mister Verbouc, que no estaba especialmente dotado de coraje, vio que el asaltante de su mujer se alzaba satisfecho de su tropelía, permitió a Clement retirarse en paz.

El padre Ambrose y Bella, que habían seguido a una distancia respetuosa al marido afrentado, presenciaron desde la puerta entreabierta el desarrollo de la extraña refriega.

En cuanto se levantó el violador, Bella y Ambrose lo reconocieron al instante; de hecho, aquélla tenía, como ya sabe el lector, buenas razones para recordar el enorme colgajo que se balanceaba empapado entre sus piernas.

Los dos, a los que les unía un mismo interés por mantenerse en silencio, cruzaron una mirada, lo suficiente para decirse que debían ser discretos, y se retiraron antes de

que la mujer ultrajada, al hacer cualquier movimiento, descubriera su proximidad.

Transcurrieron varios días antes de que la pobre Mistress Verbouc se encontrara lo bastante recuperada como para levantarse. La conmoción que habían sufrido sus nervios era tremenda, y de no ser por el trato amable y conciliador de su marido, no habría sido capaz de soportar la situación.

Mister Verbouc tenía sus razones para dejar pasar el asunto, y no permitió que consideración alguna lo abrumara más de lo conveniente.

El día después de la catástrofe que acabo de describir, Mister Verbouc recibió una visita de su querido amigo y vecino Mister Delmont, y tras permanecer reunidos, a solas los dos, durante más de una hora, se despidieron con radiantes sonrisas y derrochando cumplidos.

Uno había vendido a su sobrina y el otro creía haber comprado una virginidad, esa preciada joya.

Cuando el tío de Bella anunció, esa noche, que el trato se había cerrado y el asunto había quedado debidamente arreglado, hubo gran regocijo entre los conspiradores.

El padre Ambrose tomó posesión de inmediato de dicha virginidad, e introduciendo en la muchacha su miembro cuan largo era, procedió, según su explicación, a mantener caliente el lugar, mientras Mister Verbouc, como siempre, reservándose hasta que su cofrade hubiera acabado, atacó después la misma fortaleza musgosa, como él mismo expresó con guasa, sólo para lubricar y facilitar el paso a su nuevo amigo.

A continuación ultimaron todos los detalles y el grupo se separó, confiados en el éxito de su estratagema.

Capítulo X

Desde su encuentro en la verde senda con el aldeano cuya simplicidad tanto la había interesado, Bella había meditado sobre las expresiones utilizadas por éste y sobre la extraordinaria revelación de la complicidad de su padre en sus aventuras. Estaba claro que su mente era de una simpleza rayana en la idiotez, y a juzgar por su afirmación de que su padre no era tan inteligente como él, dio por sentado que la enfermedad era congénita, y se preguntó si de veras los órganos de generación del padre poseían proporciones iguales o —como había declarado el chico— incluso mayores.

Yo veía claramente, pues Bella pensaba a veces en voz alta, que la joven no tenía en mucho la opinión de su tío, ni temía ya al padre Ambrose. Sin duda estaba resuelta a seguir su propio camino, fuera cual fuere, y por consiguiente no me asombré en absoluto cuando al día siguiente, más o menos a la misma hora, me la encontré dirigiendo sus pasos hacia los prados.

En un campo muy cerca de donde había presenciado el encuentro sexual entre el caballo y su compañera, Bella descubrió al mozo ocupado en alguna sencilla labor agrícola, y junto a él vio a otra persona, un hombre alto y notablemente moreno de unos cuarenta y cinco años de edad.

No bien los divisó, el mozo reparó a su vez en la damita, y corriendo hacia ella, tras dar al parecer una breve explicación a su compañero, demostró su dicha con una amplia sonrisa.

—Ése es mi padre —dijo al tiempo que señalaba por encima del hombro—, venga usted y dele un meneo.

—¡Qué poca vergüenza, granujilla! —exclamó Bella, mucho más inclinada a la risa que al enfado—. ¿Cómo te atreves a usar semejante lenguaje?

—¿Para qué ha venido entonces? —preguntó el chico—.

¿No ha venido para follar?

Habían llegado a donde estaba el hombre, que hincó la pala en la tierra y empezó a sonreír a la muchacha de un modo muy similar a su hijo.

Era fuerte y de buena constitución, y por su modo de comportarse, Bella vio que el chico le había puesto al corriente de los detalles de su primer encuentro.

—Mire a mi padre, ¿no le parece un cachondo? —comentó el joven—. ¡Ah, debería verle joder!

No intentaba disimular; a todas luces, los dos se entendían bien y sonrieron más que nunca. El padre pareció tomarse lo que había dicho su hijo como un gran cumplido, pero clavó la mirada en la delicada damita —pues seguramente no había visto antes a ninguna como ella—, y fue imposible malinterpretar el ansia sensual que traslucían sus grandes ojos negros.

Bella empezó a desear no haber ido.

—Me gustaría mostrarle el gran chisme de mi padre —dijo el mozo, y aunando la acción a la palabra, comenzó a desabrochar los pantalones de su respetable progenitor.

Bella se tapó los ojos e hizo amago de retirarse. Al instante, el hijo se colocó detrás de ella. De este modo, le impidió que escapara corriendo hacia la vereda.

—Me gustaría follármela —exclamó el padre con voz ronca—. A Tim también le gustaría follársela, de modo que no debe irse todavía. ¡Quédese y déjese joder!

Bella estaba asustada de veras.

—No puedo —dijo—. Dejadme marchar. No me retengáis de este modo. No me obliguéis a nada. Dejadme marchar… ¿Adónde me lleváis?

Había un pequeño cobertizo en un extremo del campo, y ahora estaban ya en la puerta. Al instante, la pareja la había metido dentro, había cerrado la puerta y cruzado una larga tranca de madera tras ellos.

Bella miró a su alrededor y vio que el lugar estaba limpio y cubierto de haces de heno. Toda resistencia era inútil. Lo mejor sería que se estuviera quieta; después de todo, tal vez la extraña pareja no le hiciera daño. Reparó, no obstante, en

que los pantalones de ambos estaban abultados por delante y no dudó de que sus intenciones fueran acordes con su excitación.

—Quiero que vea la polla de mi padre, ¡vive Cristo!, debería verle también los cojones.

Una vez más, el mozo empezó a desabrochar los calzones de su padre. Abrió la portañuela y se vieron los faldones de la camisa, con algo debajo que los hizo formar un curioso bulto.

—Eh, quédese quieto, padre —susurró el hijo—, deje que la dama le vea el chisme.

Dicho esto levantó la camisa y dejó al descubierto ante Bella un miembro ferozmente erecto, con un ancho capullo parecido a una ciruela, muy rojo y grueso, aunque no de insólita longitud. Tenía una considerable curvatura hacia arriba, y el bálano, que estaba dividido en dos por la tirantez del frenillo, se curvaba aún más hacia su peludo estómago. El astil era inmensamente grueso, más bien plano, y estaba muy hinchado.

Al mirarlo, la muchacha notó que la sangre le hormigueaba. El capullo era del tamaño de un huevo, rollizo y bastante púrpura. Emitía un intenso olor. El mozo la hizo acercarse y posar su blanca y elegante mano sobre ella.

—¿No le dije que era mayor que el mío? —continuó el chico—. Mire, el mío no es ni la mitad de gordo que el de mi padre.

Bella se volvió. El chico se había abierto los pantalones y tenía a la vista su formidable pene. Estaba en lo cierto: en lo que hacía al tamaño, no se podía comparar con el de su padre.

El mayor de los dos la cogió por la cintura. Tim también probó a cogerla y a meterle la mano por debajo de la ropa. Entre los dos la zarandearon de aquí para allá. Un repentino empujón la mandó contra el heno. Después le levantaron las faldas. El vestido de Bella era liviano y amplio; no llevaba bragas. En cuanto los dos echaron el ojo a sus piernas blancas y rollizas, volvieron a bufar y se lanzaron sobre ella al unísono. A continuación se produjo un forcejeo entre los dos. El padre, mucho más pesado y fuerte que el hijo, ganó. Tenía

los calzones por los tobillos; su polla grande y gorda sobresalía y oscilaba a escasos centímetros del ombligo de la joven. Bella se abrió de piernas; ansiaba probarla. Acercó la mano. Estaba caliente como el fuego y dura como una barra de hierro. El hombre, creyendo que tenía otras intenciones, le retiró el brazo bruscamente, y sirviéndose sin miramientos, puso la punta del pene contra los labios rosados. Bella abrió sus tiernas partes tanto como le fue posible, y con varios enérgicos empellones él consiguió ensartársela hasta la mitad. Entonces le pudo la excitación. Descargo violentamente, hincándose hasta el fondo mientras lo hacía; un torrente de flujo muy viscoso entró a chorros en ella, y al tiempo que el grueso capullo se alojaba en su útero, vertió una buena cantidad de semen.

—¡Eh, me estás matando! —gritó la muchacha, medio sofocada—. ¿Qué es todo eso que derramas en mi interior?

—Es leche, eso es lo que es —explicó Tim, al tiempo que se agachaba y observaba la operación encantado—. ¿No le dije que mi padre era muy bueno para la jodienda?

Bella pensaba que el hombre se retiraría y le permitiría levantarse, pero se equivocaba; el enorme miembro que tenía embutido en su interior no parecía sino ponerse cada vez más rígido y forzarla más que nunca.

En breve, el aldeano empezó a moverse arriba y abajo, embistiendo cruelmente contra las tiernas partes de Bella a cada empellón. Su disfrute era al parecer extremo. Gracias a la descarga que ya había tenido lugar, su porra entraba y salía sin dificultad y la tierna región espumaba a causa de los rápidos movimientos.

Bella fue poco a poco alcanzando una terrible excitación. Se le abrió la boca, levantó las piernas y cerró convulsivamente los puños a ambos lados del cuerpo. Ahora secundaba cada esfuerzo del hombre y se deleitaba al sentir los feroces embates con que el sensual sujeto enterraba el arma empapada en su joven vientre.

Un cuarto de hora se prolongó la refriega, en la que ambas partes lucharon con toda su furia. Bella había descargado varias veces, y estaba a punto de ofrecer otra

cálida emisión cuando una furiosa chorretada de semen surgió del miembro del hombre e inundó sus partes.

El sujeto se levantó, y tras retirar la polla, de la que aún rezumaban las últimas gotas de su abundante expulsión, se quedó contemplando con expresión melancólica la jadeante damita a la que acababa de soltar.

Delante de él se mantenía todavía amenazador el enorme ariete, aún humeante tras salir de la cálida vaina, y Tim, con auténtica solicitud filial, procedió a limpiarlo con ternura y a volver a meterlo, hinchado a causa de la reciente excitación, dentro de la camisa y los calzones de su padre.

Hecho esto, el mozo empezó a mirar con ojos de cordero a Bella, que aún se estaba recuperando sobre el heno. Observando y palpando, Tim, que no se encontró con ninguna resistencia, comenzó a meter sus dedos en las partes privadas de la damita.

Ahora se adelantó el padre, y asiendo el arma de su hijo, empezó a frotarla de arriba abajo. Ya estaba rígida y erecta, una masa formidable de carne y músculo que se erguía ante el rostro de Bella.

—¡Dios bendito! No irás a meterme eso, ¿no? —murmuró Bella.

—Pues sí que voy a hacerlo —respondió el mozo, con una de sus lelas sonrisas—. Mi padre me frota, y me gusta, y ahora quiero follármela.

El padre guió su espigón hacia los muslos de la muchacha. El capullo color rubí entró de inmediato en su hendidura, ya empapada con las emisiones que el aldeano había arrojado en ella. Tim empujó más, y descendiendo sobre ella, hincó el largo astil hasta que sus pelos rozaron la blanca piel de Bella.

—¡Oh, es muy largo! —gritó—, ¡es escandalosamente grande, picarón! Ve con cuidado. ¡Ah, me estás matando! ¡Cómo empujas! ¡Oh!, ya no puedes entrar más… Ten cuidado, por favor… Ay, ya me ha penetrado. La siento hasta la cintura. ¡Oh, Tim, qué chico tan malo eres!

—Dáselo —dijo entre dientes el padre, que palpaba las pelotas del mozo y no paraba de hacerle cosquillas entre las piernas—. Lo aguantará, Tim. ¿No es una belleza? Qué coñito

tan estrecho tiene, ¿verdad, chico?

—Ah, no hable, padre, que no puedo follar.

Siguió un silencio que se prolongó unos minutos, sólo roto por el ruido de los dos cuerpos que jadeaban y forcejeaban sobre el heno. Después de un rato, el chico se detuvo. Aunque dura como el hierro y rígida como la cera, al parecer su polla no había derramado ni una gota. Poco después Tim la extrajo, toda olorosa y reluciente de humedades.

—No me puedo correr —reconoció con tristeza.

—Son los refrotes —explicó el padre—. Se la casco tan a menudo que ahora lo echa de menos.

Bella yacía jadeante y del todo expuesta.

El sujeto aplicó ahora su mano a la polla de Tim y empezó a frotarla vigorosamente de arriba abajo.

La muchacha esperaba que de un momento a otro se corriera en su cara.

Cuando ya llevaba un rato excitando a su hijo de esta guisa, el padre aplicó de pronto el capullo ardiente a la raja de Bella, y a medida que éste penetraba, salió un perfecto diluvio de esperma que la inundó. Tim empezó a sacudirse y a forcejear y acabó por morderla en el brazo.

Cuando su descarga hubo cesado, y el último espasmo hubo recorrido el enorme ariete del muchacho, lo retiró lentamente y dejó que la muchacha se levantara.

No tenían, empero, ninguna intención de dejarla marchar, pues después de desatrancar la puerta, el chico miró en derredor precavidamente, y tras poner la tranca de nuevo en su lugar, se volvió hacia Bella.

—Ha sido divertido, ¿verdad? —señaló—. Ya le dije que a mi padre se le daba bien.

—Sí, es verdad, pero ahora tienes que dejarme marchar; pórtate bien conmigo, ¿eh?

Una sonrisa fue la única respuesta.

Bella desvió la mirada hacia el hombre y cuál no sería su terror al encontrárselo desnudo —se había quitado todo salvo la camisa y las botas— y con una erección que amenazaba con otro asalto más fiero incluso sobre sus encantos.

Su miembro estaba literalmente lívido debido a la tensión

y se erguía contra su estómago velludo. La testa se había hinchado enormemente a causa de la irritación previa y de su punta pendía una gota reluciente.

—¿Me dejará joderla otra vez? —inquirió el sujeto, al tiempo que cogía a la damita por la cintura y llevaba su manita a la herramienta.

—Lo intentaré —murmuró Bella, y al ver que no había modo de evitarlo, le sugirió que se sentara sobre el heno, al tiempo que, a horcajadas sobre él, intentaba insertarse la masa de carne cartilaginosa.

Tras unos cuantos embates y arremetidas, la verga entró, y comenzó un segundo encuentro no menos violento que el primero. Pasó un cuarto de hora entero. Ahora era el veterano quien al parecer no podía correrse.

«¡Qué pesados son!», se dijo Bella.

—Frótemelo, querida —dijo el hombre, al tiempo que retiraba de su cuerpo el miembro, aún más duro que antes.

Bella lo asió con sus dos manitas y maniobró arriba y abajo. Tras estimularlo de este modo durante un ratito, se detuvo, y al percibir que de la uretra salía un chorrillo de semen, se colocó encima del enorme pomo, y apenas se lo había clavado cuando entró en ella a borbotones un torrente de leche.

Bella ascendió y descendió, bombeándolo de esta guisa, hasta que todo hubo terminado, después de lo cual la dejaron marchar.

Al fin llegó el día deseado, y rompió la mañana memorable en que la hermosa Julia Delmont iba a perder ese codiciado tesoro que con tanto afán se busca por una parte y a menudo tan inconscientemente se malgasta por otra. Era aún temprano cuando Bella oyó sus pasos en las escaleras, y en cuanto se hubieron reunido las dos amigas, se entregaron a un millar de suculentos temas de parloteo, hasta que Julia empezó a ver que Bella se guardaba algo. De hecho, su locuacidad no era sino una máscara bajo la cual ocultaba ciertas noticias que era un tanto reacia a dar a su compañera.

—Sé que tienes algo que decirme, Bella; hay algo que aún no he oído y que tienes que contarme. ¿De qué se trata, querida?

—¿No lo adivinas? —preguntó su amiga. Una sonrisa maliciosa jugueteaba en torno a los hoyuelos de las comisuras de sus labios rosados.

—¿No tiene que ver con el padre Ambrose? —preguntó Julia—. ¡Ay!, me avergüenzo y me siento incómoda cuando le veo, y sin embargo me dijo que no había nada de malo en lo que hizo.

—No lo había en absoluto, te lo aseguro; pero ¿qué hizo?

—Uy, fue más lejos que nunca. Me lisonjeó y luego me pasó el brazo por la cintura y me besó hasta casi cortarme la respiración.

—¿Y luego…?

—No me atrevo a decírtelo, queridísima. ¡Ay!, dijo e hizo un millar de cosas, hasta que creí perder el juicio.

—Cuéntame al menos algunas.

—Bueno, pues, después de besarme con pasión, metió los dedos por debajo de mi vestido y jugueteó con mi pie y mi media y luego fue subiendo la mano hasta que tuve la sensación de que iba a desmayarme.

—¡Menuda traviesilla! Estoy segura de que disfrutaste con lo que te hacía.

—Claro que sí. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Me hizo sentir como no me había sentido en mi vida.

—Venga, Julia, eso no fue todo: ya sabes que no se detuvo ahí.

—Ah, no; claro que no, pero no te puedo contar lo que hizo después.

—¡No me vengas con niñerías! —exclamó Bella, fingiendo que la reticencia de su amiga la molestaba—. Vamos. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Si insistes, supongo que no puedo negarme, pero era todo tan novedoso que me pareció muy chocante, y sin embargo en absoluto incorrecto. Después de hacer que me sintiera como si fuera a morir de una deliciosa sensación trémula que habían provocado sus dedos, de pronto tomó mi

mano y la colocó sobre algo que tenía él y que, al tocarlo, me pareció el brazo de un niño. Me ordenó que lo cogiera con fuerza. Seguí sus instrucciones, y al bajar los ojos, vi una cosa grande y roja, toda ella piel blanca y venas azules, con una curiosa cresta púrpura y torneada, como una ciruela. Bueno, vi que esta cosa le salía de entre las piernas y que por debajo estaba recubierta de una buena mata de pelo moreno y rizado. —Al llegar aquí, Julia vaciló.

—Venga, sigue —la instó Bella.

—Bueno. Retuvo mi mano sobre ella y me hizo frotarla una y otra vez; era enorme, y estaba dura, y caliente.

—No dudo de que lo estuviera. Con la excitación de tan tierna belleza…

—Luego me cogió la otra mano y me puso las dos juntas sobre su cosa peluda. Me asusté mucho al ver cómo le brillaban los ojos y se le aceleraba la respiración. Me llamó «niña querida», e incorporándose, me dijo que le acariciase la cosa rígida contra mi seno. Estaba muy erguida, y la tenía muy cerca de la cara.

—¿Eso es todo? —preguntó Bella, persuasiva.

—No, no, claro que no, pero me da mucha vergüenza. ¿Quieres que continúe? ¿Está bien que vaya contando por ahí estas cosas?… Bueno, de acuerdo… Después de que hubiera acariciado al monstruo en mi seno un ratito, durante el que éste palpitó y me oprimió con una cálida y deliciosa presión, me pidió que lo besara. Obedecí de inmediato. Al posar mis labios sobre él, percibí que despedía un cálido aroma sensual. A petición suya, seguí besándolo. Me ordenó que abriera los labios y frotase la punta entre ellos. De inmediato me llegó a la lengua cierta humedad, y en un instante un espeso borbotón de flujo caliente me entró en la boca y me cayó a chorros sobre la cara y las manos. Aún jugueteaba con él cuando el ruido de una puerta al abrirse al otro extremo de la iglesia obligó al buen padre a retirar lo que yo tenía entre las manos, «pues», según dijo, «el común de las gentes no debe saber lo que tú sabes ni hacer lo que te permito que hagas». Su conducta era amable y atenta, y, por las cosas que me dijo, me dio pie a pensar que yo era diferente de todas las

otras muchachas. Pero dime, queridísima Bella, ¿cuáles son las misteriosas nuevas que tienes que darme? Me muero por saberlas.

—Respóndeme primero si el buen Ambrose te habló o no de las dichas, de los placeres derivados del objeto con que jugueteaste, y si señaló algún modo de satisfacer semejantes deseos sin incurrir en pecado.

—Claro que sí. Aseguró que, en ciertos casos, esa clase de satisfacción se convertía en un mérito.

—Como, por ejemplo, en el seno del matrimonio, supongo.

—No dijo nada al respecto. Sólo dijo que el matrimonio a menudo traía mucha infelicidad, y que incluso los votos maritales, en ciertas circunstancias, pueden romperse provechosamente.

Bella sonrió. Recordaba haber oído razonamientos similares de los mismos labios sensuales.

—¿En qué circunstancias vino a decir que estaban permitidos dichos goces?

—Sólo cuando se está firmemente resuelto a hacer algo bueno, más allá de la propia satisfacción, y ese caso, dice, sólo puede darse cuando alguna joven, elegida de entre las demás por las cualidades de su mente, se dedica al consuelo de los que sirven a la Iglesia.

—Ya veo —dijo Bella—. Continúa.

—Luego me habló de lo buena que era yo, y del gran mérito que tendría ejercer el privilegio que me había concedido y dedicarme al consuelo sensual de él y de otros cuyos votos les impedían casarse o complacer los deseos que la naturaleza ha implantado en todos los hombres por igual. Pero dime, Bella, tienes noticias para mí, ¡sé que las tienes!

—Bueno, si insistes… Tienes que saber que el buen padre Ambrose ha resuelto que es mejor para ti ser iniciada sin dilación, y ha dispuesto que sea hoy aquí mismo.

—¡Ay de mí! ¡Qué me dices! ¡Qué vergüenza, qué terrible bochorno!

—No, querida, no temas, ya se ha pensado en todo eso. Sólo un hombre tan bueno y considerado como nuestro

querido confesor podría haberlo arreglado todo a la perfección como ha hecho él. Ha quedado dispuesto que el estimado varón disfrute de todos los encantos que pueda proporcionarle tu cautivador cuerpecillo sin que, en resumidas cuentas, tú veas su rostro ni él vea el tuyo.

—¿Qué me dices? Entonces será en la oscuridad, supongo.

—En modo alguno. Eso equivaldría a renunciar a todos los placeres de la vista, y el estimado varón quedaría privado del exquisito goce de contemplar esas deliciosas donosuras que está firmemente decidido a poseer.

—Haces que me sonroje, Bella… Pero, entonces, ¿cómo va a ser?

—Habrá iluminación suficiente —explicó Bella, con el aire de una madre que habla con su hija—. Será en una bonita alcoba que tenemos; yacerás sobre un lecho conveniente y tu cabeza quedará oculta tras una cortina que cuelga de una puerta que da a una cámara interior de modo que únicamente tu cuerpo, desnudo por completo y a la vista, quede expuesto a tu apasionado asaltante.

—Ay, qué vergüenza… ¡Y además desnuda!

—Oh, Julia, mi querida y tierna Julia… —murmuró Bella, mientras un estremecimiento de puro éxtasis recorría su cuerpo—, a qué placeres accederás; de qué modo despertarás a los deliciosos goces de los inmortales y hallarás, ahora que te acercas al periodo denominado pubertad, el solaz del que me consta ya estás necesitada…

—¡Ay, no, Bella! ¡No digas eso, te lo ruego!

—Y cuando, al fin —susurró su compañera, cuya imaginación la transportaba a un ensueño del que nada traslucía mientras hablaba—, cuando, al fin, haya acabado el combate, lleguen los espasmos y esa cosa enorme y palpitante derrame su viscoso chorro de goce enloquecedor, ¡ay!, entonces ella se sumará al ímpetu del éxtasis y ofrecerá a cambio su virginidad.

—¿Qué murmuras?

Bella volvió en sí.

—Estaba pensando —dijo, distraídamente— en todos los placeres en los que estás a punto de participar.

—¡Ay! —exclamó Julia—, dices cosas tan terribles que haces que me sonroje.

Tuvo lugar acto seguido una conversación en el curso de la cual comentaron infinidad de pormenores, y mientras se prolongaba se me brindó la oportunidad de escuchar otro diálogo, de igual interés para mí, pero del que sólo proporcionaré a mis lectores un resumen.

Se desarrolló en la biblioteca, entre Mister Delmont y Mister Verbouc. A todas luces habían llegado a un acuerdo en todos los asuntos principales de la cuestión, que por increíble que pueda parecer, eran la cesión del cuerpo de Bella a Mister Delmont mediante el pago de una buena suma que debía abonarse en ese mismo momento y que después sería invertida en beneficio de «su querida sobrina» por el indulgente Mister Verbouc.

Bribón e impúdico como era este varón, no podía perpetrar transacción tan nefaria sin cierta pequeña compensación que acallara la conciencia, aunque fuera la de un ser tan carente de escrúpulos como él.

—Sí —dijo el complaciente tío—, los intereses de mi sobrina son esenciales, estimado señor. No queda descartado el matrimonio más adelante, pero entre nosotros, como hombres de mundo, ya me entiende, puramente como hombres de mundo, la pequeña satisfacción que usted exige quedará bien compensada con una suma que la resarza por la pérdida de tan frágil posesión. —Aquí se echó a reír, más que nada porque su invitado, flemático y corto de luces, no le entendió.

De este modo quedó arreglado el asunto, y ya sólo quedaban por disponer los preliminares. Mister Delmont, despojado de su más bien pesada y estólida indiferencia, quedó encantado cuando se le informó de que el trato iba a consumarse sin tardanza, y que iba a tomar posesión de la deliciosa virginidad que tanto había ansiado destruir.

Mientras tanto, el bueno, estimado y generoso padre Ambrose hacía rato que había llegado y preparado la estancia donde iba a tener lugar el sacrificio.

Tras dar cuenta de un suntuoso desayuno, Mister Delmont

se encontró con que sólo una puerta lo separaba de la víctima de su lascivia.

No tenía ni idea de quién era esa víctima. Sólo pensaba en Bella.

En un instante, había girado el pomo y entrado en la estancia, cuya dulce tibieza refrescó y estimuló los instintos sensuales que estaban a punto de entrar en juego.

¡Dios bendito! ¡Qué espectáculo se abalanzó sobre su vista embelesada! Justo delante de él, recostado en un lecho y completamente desnudo, estaba el cuerpo de una jovencita. De un vistazo, se dio cuenta de que era hermoso, pero habría necesitado varios minutos para examinarlo con detalle y descubrir los méritos independientes de cada delicioso miembro y extremidad: los miembros bien rellenos, infantiles, proporcionados; el delicado busto apenas florecido, dos colinas de tierna carne de lo más blanco y exquisito, que culminaban en dos capullos rosáceos; las venas azules que se extendían y serpenteaban aquí y allá y se insinuaban a través de la superficie nacarada como riachuelos de flujo sanguíneo sólo para realzar la blancura más deslumbrante jamás vista de la piel. Y luego, ¡oh!, luego el cogollo del deseo del hombre, los labios rosados y entornados en los que se regodea la naturaleza, de los que el hombre surge y a los que regresa —la *source*—, era allí visible en su perfección casi infantil.

Allí lo tenía todo, en efecto, salvo la cabeza. Ese importantísimo miembro brillaba por su ausencia, y sin embargo las suaves ondulaciones de la hermosa doncella dejaban bien claro que la ocultación de éste no suponía ningún inconveniente.

Mister Delmont no mostró sorpresa alguna ante el fenómeno. Lo habían preparado para ello, y también le habían impuesto que mantuviera estricto silencio. Por lo tanto se dispuso a observar y deleitarse con los encantos preparados para su disfrute.

En cuanto se hubo recuperado de la sorpresa y la emoción que sintió al vislumbrar tanta belleza desnuda, halló firmes pruebas de sus efectos sobre los órganos sensuales, esos

órganos que con tanta prontitud responden, cuando los poseen hombres de su temperamento, a emociones calculadas para producir dicho efecto.

El miembro, duro e hinchado, se le erguía dentro de los calzones y amenazaba con escapar de su reclusión. Él, por tanto, lo liberó y permitió que un arma musculosa y gigantesca saliera a la luz y alzara su testa roja ante su presa.

Lector, sólo soy una pulga. Mis capacidades de percepción son limitadas y me falta pericia para describir las suaves manipulaciones, cada vez más intensas, y los dulces y graduales toqueteos con los que este embelesado profanador se aproximó a su conquista. Deleitándose en su seguridad, Mister Delmont recorrió con la vista y las manos el cuerpo expuesto. Sus dedos abrieron la delicada hendidura que hasta el momento la cubría sólo una tenue pelusilla, mientras la muchacha, al notar al intruso, se cimbreó y retorció para evitar, con una timidez natural en estas circunstancias, sus lascivos manoseos.

Pero ahora la atrae hacia él, los cálidos labios masculinos oprimen el vientre liso, los pezones tiernos y sensibles de sus jóvenes pechos. Con mano ansiosa le ase la cadera henchida y tirando de ella hacia sí, le abre las piernas blancas y se planta entre ellas.

Lector, ya he señalado que sólo soy una pulga. Sin embargo, las pulgas tenemos sentimientos, y no intentaré describir cuáles fueron los míos cuando vi acercarse aquel miembro excitado a los labios oferentes de la húmeda hendidura de Julia. Cerré los ojos; se despertaron en mí los instintos sexuales de la pulga macho y ansié, sí, ¡cuán ardientemente ansié hallarme en el lugar de Mister Delmont!

Mientras tanto, él continuaba firme y denodadamente con su tarea de demolición. Con una repentina arremetida, probó a penetrar las partes vírgenes de la joven Julia. Fracasó; lo intentó de nuevo, y una vez más, su contrariado artefacto salió despedido hacia arriba y quedó, jadeante, sobre el estómago inquieto de su víctima.

Durante este difícil trance, sin duda Julia hubiera echado por tierra el plan con un grito más o menos violento, de no

ser por una precaución que adoptó ese sabio pervertidor y sacerdote, el padre Ambrose.

Julia había sido drogada.

Mister Delmont había regresado a la carga una vez más. Empuja, acosa, patea con los pies en el suelo, brama y echa espuma por la boca, y oh, ¡Dios!, la tenue barrera elástica cede y él entra con una sensación de triunfo que le provoca un éxtasis; entra hasta que el placer de la estrecha y húmeda compresión hace que escape de sus labios sellados un quejido de placer. Entra hasta que su arma, enterrada hasta el pelo que le cubre el bajo vientre, yace palpitante y aumenta aún más en dureza y longitud dentro de la ceñida vaina.

Tuvo lugar a continuación una lucha que ninguna pulga sería capaz de describir: suspiros de sensaciones deleitosas y embelesadoras escapan de sus labios entreabiertos y babeantes, empuja, se encorva, pone los ojos en blanco, se le abre la boca, e incapaz de evitar la pronta culminación de su lascivo goce, el hombretón echa el alma por la boca y con ella un torrente de flujo seminal que, lanzado con fuerza, entra a chorros en el útero de su propia hija.

Ambrose, oculto, presenciaba el libidinoso drama, y Bella estaba al otro lado de la cortina, para evitar cualquier manifestación de su joven amiga.

Esta precaución fue, no obstante, innecesaria: Julia, lo bastante recobrada de los efectos del narcótico para sentir el dolor, se había desmayado.

Capítulo XI

En cuanto hubo acabado la contienda, y el vencedor, tras apartarse del cuerpo trémulo de la muchacha, empezó a recuperarse del éxtasis que tan delicioso encuentro le había deparado, se corrió una cortina hacia un lado y en la abertura apareció la propia Bella.

Si un cañonazo hubiera pasado cerca del pasmado Mister Delmont no le habría ocasionado la mitad de la consternación que sintió, mientras, apenas capaz de dar crédito a sus ojos, se quedó boquiabierto mirando alternativamente el cuerpo postrado de su víctima y aquella de la que suponía haber gozado hacía unos instantes.

Bella, cuyo fino salto de cama resaltaba a la perfección sus jóvenes encantos, simuló quedarse tan estupefacta como él, pero, fingiendo que se recuperaba del susto, dio un paso atrás con una expresión de alarma, fingida a la perfección, en su rostro.

—¿Qué…, qué es todo esto? —inquirió Mister Delmont, cuya agitación le había impedido recordar que aún no se había arreglado siquiera las ropas y que ese instrumento tan importante a la hora de satisfacer su reciente impulso sensual colgaba, aún henchido y resbaladizo, enteramente expuesto entre sus piernas.

—¡Cielos, cómo he podido cometer tan terrible error! —gritó Bella, lanzando miradas furtivas a esta apetitosa exhibición.

—¡Dime, por piedad, de qué error hablas, y quién es entonces ésta!… —exclamó el trémulo profanador señalando a la joven desnuda que yacía delante de él.

—¡Ay, salga, salga de aquí! —gritó Bella, al tiempo que se precipitaba hacia la puerta, seguida de cerca por Mister Delmont, ansioso de que le explicaran el misterio.

Bella lo condujo a un tocador contiguo, y tras cerrar la puerta, se lanzó sobre un lecho lujosamente dispuesto, mostrando sin empacho sus encantos, a la vez que fingía estar demasiado abrumada por el horror para percatarse de la falta de decoro de su pose.

—¡Oh, qué he hecho! ¡Qué he hecho! —sollozaba mientras ocultaba el rostro entre las manos con aparente angustia.

A Delmont le cruzó fugazmente por la cabeza una horrible sospecha; lanzó un gemido, que la emoción ahogó.

—Dime, ¿quién es ésa?, ¿quién?

—No ha sido culpa mía. No podía saber que era usted el que venía, y… y… he puesto en mi lugar a Julia.

Mister Delmont retrocedió un paso, vacilante. Se cernió sobre él la sensación de haber hecho algo terrible. Una angustia le nubló la vista y luego fue despertándole poco a poco a la plena magnitud de lo ocurrido. Antes, empero, de que pudiera articular palabra, Bella, bien instruida con respecto al curso que tomarían los pensamientos de Mister Delmont, se apresuró a hablar para impedirle que reflexionara.

—¡Calle! Ella no sabe nada de esto. Ha sido un error, un terrible error, y nada más. Si está dolido, ha sido sólo culpa mía, no de usted; tenga por seguro que no sospeché ni por un instante que iba a ser usted. Creo —añadió, poniendo un hermoso morrito y lanzando una significativa mirada de reojo al miembro aún abultado— que fue muy cruel por su parte no haberme dicho que iba a ser usted.

Mister Delmont vio a una joven hermosa delante de sí; no pudo menos que admitir para sus adentros que, fueran cuales fueren los placeres que hubiera obtenido en el involuntario incesto en que había tomado parte, éstos habían frustrado no obstante su intención primera, y le habían privado de algo por lo que había pagado de mil amores.

—Ay, si se enteraran de lo que he hecho… —murmuró Bella, al tiempo que cambiaba un poco de postura y exponía una porción de una pierna por encima de la rodilla.

A Mister Delmont le brillaron los ojos. A medida que

recuperaba la calma, y a su pesar, sus pasiones animales se imponían.

—Si descubrieran lo que he hecho… —repitió Bella, y al decir eso se semiincorporó y rodeó con sus hermosos brazos el cuello del iluso progenitor.

Mister Delmont la estrechó en un fuerte abrazo.

—Oh, Dios mío, ¿qué es esto? —susurró Bella, cuya manita había asido la viscosa arma de su galán, y ahora estaba ocupada en apretarla y amasarla.

El miserable acusaba todos sus toqueteos, todos sus encantos, y, una vez más enardecido de lujuria, no ambicionaba sino poseer su joven virginidad.

—Si he de ceder —dijo Bella—, sea usted tierno conmigo… ¡Ay, qué forma de tocarme! Quite esa mano de ahí. ¡Ay, cielos! ¿Qué hace usted?

Bella sólo tuvo tiempo de vislumbrar su bálano colorado, más duro y grueso que nunca, y antes de darse cuenta, el otro se le había echado encima. No opuso resistencia, y Mister Delmont, excitado por su belleza, encontró sin tardanza el punto exacto que buscaba, y aprovechándose de su postura oferente, hincó con fuerza el pene ya lubricado en sus jóvenes y tiernas partes.

Bella gimió.

El dardo caliente la penetró más y más hasta que sus estómagos se encontraron y él se ensartó en el cuerpo de la joven hasta las pelotas.

Entonces dio comienzo un rápido y delicioso encuentro en el que Bella interpretó su papel a la perfección, y excitada por este nuevo instrumento de placer, se derramó en un torrente de goce. Mister Delmont siguió su ejemplo y arrojó dentro de Bella un copioso aluvión de su fecundo esperma.

Durante unos momentos ambos yacieron sin moverse, bañados en la exudación de sus mutuos éxtasis y jadeantes a causa de los esfuerzos, hasta que, de pronto, se oyó un ruidito, y antes de que ninguno de ellos hubiera hecho amago de retirarse, o de cambiar la inequívoca postura en que se hallaban, se abrió la puerta del tocador y, en el umbral, hicieron su aparición tres personas casi simultáneamente.

Se trataba del padre Ambrose, de Mister Verbouc y de la dulce Julia Delmont.

Los dos hombres sostenían entre ambos la figura medio consciente de la jovencita, cuya cabeza, lánguidamente ladeada, se apoyaba sobre los hombros del robusto sacerdote, mientras Verbouc, no menos favorecido por su proximidad, sujetaba su delgado cuerpo con el nervioso brazo y le miraba la cara con una expresión de lujuria insatisfecha que sólo un diablo encarnado habría sido capaz de igualar. El desorden en el vestir de ambos distaba mucho de la decencia, y la pobrecita Julia estaba tan desnuda como cuando, apenas un cuarto de hora antes, había sido violentamente profanada por su propio padre.

—¡Calle! —le susurró Bella a su cariñoso compañero, poniéndole la mano sobre los labios—, por el amor de Dios, no se incrimine. No pueden saber quién lo ha hecho; más vale sufrir que confesar un hecho tan terrible. No tienen piedad; ándese con cuidado de no contrariarlos.

Mister Delmont vio al instante lo que había de cierto en la predicción de Bella.

—¡Mire, dechado de lujuria! —exclamó el piadoso Ambrose—, ¡mire en qué estado hemos encontrado a esta estimada niña! —Y llevando su manaza a la hermosa y escasa *motte* de la joven Julia, mostró con descaro sus dedos, empapados de la descarga paternal.

—Es terrible —observó Verbouc—, ¿y si hubiera quedado en estado?

—¡Es abominable! —gritó el padre Ambrose—. Debemos evitar eso a toda costa.

Delmont gimió.

Mientras tanto, Ambrose y su compañero introdujeron a su joven y hermosa víctima en el tocador y comenzaron a prodigarle los toqueteos preliminares y los manoseos lascivos que preceden al abandono desbocado a la posesión lujuriosa. Julia, casi del todo recuperada de los efectos del sedante que le habían suministrado, y del todo perpleja ante el proceder de la virtuosa pareja, apenas parecía consciente de la presencia de su padre, mientras que este digno varón, a quien

los brazos de Bella mantenían en su lugar, yacía, empapado, sobre el blanco y liso estómago de ésta.

—Le corre la leche piernas abajo —exclamó Verbouc a la vez que metía la mano con afán entre los muslos de Julia—, ¡qué vergüenza!

—Le ha llegado hasta los hermosos piececillos —observó Ambrose, al tiempo que levantaba una de sus torneadas piernas so pretexto de examinar la delicada bota de piel de cabritilla, sobre la que de veras había más de un gota de flujo seminal, mientras que, con una mirada abrasadora, exploraba la rajita rosada así expuesta a la vista.

Delmont volvió a gemir.

—¡Ay, Dios bendito, qué hermosura! —gritó Verbouc, al tiempo que propinaba un cachete a las regordetas nalgas—. Ambrose, proceda para evitar consecuencia alguna de circunstancia tan insólita. Únicamente una segunda emisión de otro vigoroso varón puede darnos garantía absoluta de algo así.

—Sí, debe recibirla, de eso no hay duda —murmuró Ambrose, cuyo estado durante todo este rato es más fácil imaginar que describir.

La sotana le sobresalía por delante: todos sus ademanes delataban sus violentas emociones. Ambrose se levantó el hábito y dejó en libertad su enorme miembro, cuya inflamada testa de color rubí pareció amenazar los cielos.

Julia, terriblemente asustada, hizo un débil intento de escapar. Verbouc, encantado, la sujetó a la vista de todos.

Julia miró por segunda vez el miembro ferozmente erecto de su confesor, y sabedora de su intención, debido a la iniciación que ya había superado, estuvo a punto de desmayarse en un estado de terror convulso.

Ambrose, como si quisiera escandalizar tanto al padre como a la hija, dejó completamente al descubierto sus enormes genitales y meneó el gigantesco pene delante de sus narices.

Delmont, postrado de terror y viéndose en manos de los dos conspiradores, contuvo la respiración y se encogió junto a Bella, que, encantada en extremo con el éxito del plan,

continuaba aconsejándole que se mantuviera ajeno y les dejara salirse con la suya.

Verbouc, que había estado manoseando las partes húmedas de la joven Julia, la entregó ahora a la furiosa lascivia de su amigo y se preparó para su diversión preferida: la de contemplar la violación.

El sacerdote, fuera de sí de lubricidad, se despojó de su ropa interior y, con el miembro amenazadoramente erecto todo el rato, pasó a la deliciosa tarea que le esperaba. «Por fin es mía», murmuró, y asiendo a su presa, la rodeó con sus brazos y la levantó del suelo. Se llevó a la temblorosa Julia a un sofá cercano, se lanzó sobre su cuerpo desnudo y se afanó con toda su alma por culminar su goce. Su monstruosa arma, dura como el hierro, arremetía contra la rajita rosada que, aunque ya estaba lubricada con el semen que había recibido de Mister Delmont, no era vaina fácil para el gigantesco pene que la amenazaba.

Ambrose continuó con sus esfuerzos. Mister Delmont sólo veía una masa ondulante de seda negra mientras la robusta figura del sacerdote se debatía sobre el cuerpo de su hijita. Con demasiada experiencia a sus espaldas para que lo mantuvieran a raya, Ambrose percibió que ganaba terreno, y demasiado dueño de la situación como para permitir que el placer lo sorprendiera excesivamente pronto, venció toda oposición, y un fuerte grito de Julia anunció que la había penetrado el inmenso ariete.

Un grito sucedió a otro hasta que Ambrose, al cabo clavado con firmeza en el vientre de la joven, sintió que ya no podía avanzar más y dio comienzo a esos deliciosos movimientos rápidos hacia arriba y hacia abajo que iban a poner punto final a su placer y a la tortura de su víctima.

Entre tanto Verbouc, cuya lujuria había sido intensamente acicateada durante la escena entre Mister Delmont y Julia, y más adelante por la que había tenido lugar entre el necio y su sobrina, se precipitó ahora hacia esta última, y liberándola del abrazo cada vez menos firme de su desafortunado amigo, le abrió las piernas de inmediato, contempló durante un instante el orificio empapado, y a continuación, sintiéndose

morir de placer, se enterró de una embestida en el vientre de Bella, asaz lubricado merced a la abundancia de leche que ya se había descargado allí. Las dos parejas llevaban a cabo su deliciosa cópula en silencio, sólo interrumpido por los quejidos de Julia, medio agónica, la respiración estentórea del feroz Ambrose, y los gemidos y sollozos de Mister Verbouc. La refriega fue tornándose más rápida y deliciosa. Ambrose, tras haber forzado su gigantesco pene hasta la mata rizada de pelo moreno que cubría su base en la estrecha hendidura de la jovencita, se puso lívido de lujuria. Empujó, horadó, la desgarró con la fuerza de un toro; y de no haberse impuesto al final la naturaleza llevando el éxtasis a un culmen, habría sucumbido a su excitación con un ataque que probablemente le habría impedido repetir en su vida una escena semejante.

Ambrose lanzó un fuerte grito. Verbouc bien sabía su significado: estaba descargando. El éxtasis de su amigo sirvió para acelerar el suyo propio. Del interior de la cámara surgió un aullido de lujuria apasionada mientras los dos monstruos llenaban a sus víctimas con sus derramaduras seminales. No una, sino tres veces lanzó el sacerdote su fecunda esencia en el útero de la tierna muchacha antes de quedar mitigada su atroz fiebre de deseo.

Tal como fueron las cosas, decir que Ambrose sencillamente descargó no daría sino una idea muy vaga del hecho. Verdaderamente lanzó su semen dentro de la pequeña Julia a chorros potentes y espesos, profiriendo sin cesar gemidos de éxtasis a medida que cada cálida y viscosa inyección pasaba por su enorme uretra y salía despedida en torrentes hacia el ya dilatado receptáculo. Transcurrieron varios minutos antes de que todo hubiera acabado y el brutal sacerdote se retirara de su víctima desgarrada y ensangrentada.

Al mismo tiempo, Mister Verbouc dejó al descubierto los muslos abiertos y la hendidura embadurnada de su sobrina, que sumida aún en el maravilloso trance que sigue al deleite atroz, no se apercibió de los espesos grumos que formaban un charco blanco en el suelo entre sus piernas, que aún estaban

enfundadas en las medias intactas.

—¡Ah, qué delicia! —exclamó Verbouc, volviéndose hacia el pasmado sujeto—; ya ve, después de todo, el sendero del deber nos depara placer, ¿no le parece, Delmont? Si el padre Ambrose y yo no hubiéramos mezclado nuestras humildes ofrendas con la fecunda esencia de la que usted parece haber hecho tan buen uso, ni se sabe qué calamidad podría haberse producido. Ah, sí, no hay nada como hacer lo correcto, ¿eh, Delmont?

—No lo sé. Me siento mal; me parece estar viviendo una especie de sueño, y sin embargo no soy insensible a las sensaciones que me provocan renovado placer. No dudo de su amistad ni de su discreción. He disfrutado mucho, y aún estoy excitado. No sé lo que quiero. ¡Digan algo, amigos míos!

El padre Ambrose se acercó a él, y a la vez que posaba su manaza sobre el hombro del pobre hombre, le dio ánimos susurrándole unas palabras de consuelo al oído.

En tanto que pulga, no me puedo tomar la libertad de mencionar cuáles fueron esas palabras, pero su efecto fue el de disipar en gran medida la nube de terror que oprimía a Mister Delmont. Se sentó y fue recuperando la calma poco a poco.

Julia también se había recuperado, y las dos jovencitas, sentadas a ambos lados del fornido sacerdote, no tardaron en estar relativamente a gusto. El devoto eclesiástico les habló como un padre y sacó a Mister Delmont de su encogimiento, y el digno varón, que se había refrescado copiosamente el gaznate con una libación considerable de buen vino, empezó a dar señales evidentes de estar encantado con la compañía en que se encontraba.

Pronto los efectos vigorizantes del vino empezaron a dejar en evidencia a Mister Delmont. Lanzaba tristes y envidiosas miradas a su hija. Su excitación era evidente y se ponía de manifiesto en la protuberancia de sus pantalones.

Ambrose percibió su deseo y le dio aliento. Lo llevó hasta Julia, que, aún desnuda, no tenía manera de esconder sus encantos. El padre contempló a su hija con una mirada en la

que predominaba la lujuria.

«Una segunda vez no sería mucho más pecaminosa», se dijo.

Ambrose asintió a modo de aprobación. Bella le desabrochó la ropa interior y le sacó la polla rígida para después apretársela suavemente.

Mister Delmont entendió la situación, y en un instante estaba encima de su hija. Bella guió su incestuoso miembro hacia los tiernos labios rojos; unos cuantos embates y el padre, medio enloquecido, había entrado por completo en el vientre de su hermosa hija.

Las circunstancias de su horrible parentesco intensificaron la lucha que se entabló a continuación. Tras una correría rápida y feroz, Mister Delmont descargó y su hija recibió en lo más recóndito de su joven útero las pecaminosas derramaduras de su antinatural padre.

El padre Ambrose, al que la sensualidad lo dominaba por completo, tenía otra debilidad, y ésa era la de predicar; era capaz de predicar hora tras hora, no tanto sobre temas religiosos como sobre otros mucho más mundanos y que, por lo general, no hubiera aprobado la santa madre Iglesia.

En esta ocasión pronunció un discurso que me resultó imposible seguir, y me eché a dormir en la axila de Bella hasta que hubo acabado.

No sé cuánto tiempo había transcurrido cuando me desperté, pero entonces vi que la dulce Bella, tras asir en su manita el gran asunto colgante del sacerdote, lo apretaba y cosquilleaba de tal modo que el buen hombre se vio obligado a decirle que parara debido a la sensación que le producía.

Mister Verbouc, que como se recordará no codiciaba nada tanto como un bollo bien embadurnado de mantequilla, sabía muy bien lo espléndidamente embadurnadas que estaban las partecillas de la recién convertida Julia. La presencia de su padre —más que impotente para evitar el supremo disfrute de su hija por parte de estos dos libidinosos varones— no hacía sino aumentar su apetito, en tanto que Bella, que notaba cómo le rezumaba la secreción de la tibia hendidura, era asimismo consciente de ciertas ansias que sus encuentros

previos no habían aplacado.

Verbouc visitó otra vez con sus lascivos toqueteos los dulces e infantiles encantos de Julia, amasando impúdicamente sus rotundas nalgas y metiendo los dedos entre sus torneados montículos.

El padre Ambrose, no menos activo, había pasado su brazo por la cintura de Bella, y pegándose a la joven medio desnuda, cortejaba sus hermosos labios con licenciosos besos.

A medida que los dos hombres se entregaban a estos jugueteos, sus deseos fueron creciendo hasta que sus armas, rojas e inflamadas debido a los goces previos, se irguieron firmes en el aire y amenazaron, tiesas, a las jóvenes criaturas que tenían en su poder.

Ambrose, cuya lujuria nunca requería de muchos incentivos, se abalanzó sin pérdida de tiempo sobre Bella, que, de buena gana, le dejó que la tumbara sobre el lecho que ya había presenciado dos encuentros, y la osada joven le dejó entrar entre sus blancos muslos, cosa que enardeció aún más su garrote descapuchado y excitado, y facilitando el desproporcionado ataque en la medida de sus posibilidades, lo recibió en toda su tremenda hechura en la hendidura húmeda.

Este espectáculo tuvo tal efecto sobre Mister Delmont que, a todas luces, no necesitó más estímulos para acometer un segundo *coup* cuando hubo acabado el sacerdote.

Mister Verbouc, que llevaba un rato lanzando miradas lascivas a la hijita de Mister Delmont, volvió a notarse preparado para disfrutar. Llegó a la conclusión de que la repetida violación que había sufrido ya en manos de su propio padre y el sacerdote la habían dejado dispuesta para la parte que a él más le gustaba, y comprobó, tanto con el tacto como con la vista, que las descargas que había recibido habían lubricado sus partes lo bastante como para satisfacer su más ansiado deseo.

Verbouc miró de soslayo al sacerdote, que ahora estaba ocupado en el delicioso disfrute de su sobrina, y acercándose a la joven Julia para aprovechar su oportunidad, consiguió darle la vuelta sobre el lecho y, tras un esfuerzo considerable,

le hincó el firme miembro hasta las pelotas en su delicado cuerpo.

Este nuevo e intensificado goce llevó a Verbouc al borde de la locura; se introdujo en la estrecha hendidura como en un guante y todo su cuerpo se estremeció.

—¡Oh, esta niña me hace sentir en el cielo! —murmuró, al tiempo que clavaba su gran miembro hasta las pelotas, que colgaban debajo bien duras—. Dios todopoderoso, ¡qué estrechez, qué escurridizo placer!… ¡Ah! —Y otra embestida hizo gemir de nuevo a la pobre Julia.

Mientras tanto, el padre Ambrose, con los ojos entornados, los labios entreabiertos y las ventanas de la nariz dilatadas, arremetía contra las hermosas partes de la joven Bella, cuyo goce quedaba patente en sus sollozos de placer.

—¡Ay, Dios mío! Su cosa es demasiado grande, ¡es enorme! ¡Oh, me llega hasta la cintura!… ¡Oh, oh, esto es demasiado! No tan fuerte, querido padre… ¡Cómo empuja, me va a matar!… ¡Ah! Con cuidado, más lento, así. ¡Siento sus grandes pelotas contra mi trasero!

—¡Alto ahí! —gritó Ambrose, cuyo placer se había tornado insoportable y cuya leche estaba a punto de brotar a chorros—. Hagamos una pausa. ¿Quiere que nos cambiemos, amigo mío? A mí me parece una estupenda idea…

—No, oh, no… No puedo moverme, sólo puedo continuar: esta querida niña me depara un goce perfecto.

—Quédate quieta, Bella, estimada niña, o me harás derramar. No me aprietes el arma con tanto entusiasmo.

—No puedo evitarlo, me va a matar usted de placer. ¡Oh, continúe, pero con tiento!… ¡Ay, no tan fuerte! ¡No empuje con tanta furia!… ¡Cielos, se va a correr! Se le cierran los ojos, se le abren los labios. ¡Dios mío, me va usted a matar, me parte en dos con eso tan grande!… ¡Oh, sí! Adelante, córrase, estimado padre Ambrose. Deme esa leche ardiente… ¡Oh! Empuje más fuerte, más… ¡Máteme si le place! —Bella rodeó con sus brazos blancos el fornido cuello, abrió al máximo sus tersos y hermosos muslos y se empaló con su enorme instrumento hasta que la velluda barriga se frotó contra su suave monte de Venus—. ¡Empuje, empuje ahora!

—gritó Bella, olvidando todo pudor al tiempo que liberaba su propia descarga entre espasmos de placer—. ¡Empuje, empuje, métamela!… ¡Ay, sí, así!… ¡Ah, Dios, qué tamaño! ¡Qué longitud! Me parte en dos, ¡qué bruto es usted! ¡Oh, oh! Ya se corre, lo noto… ¡Dios, qué lechada! ¡Qué borbotones!

Ambrose descargó con furia, como el semental que era, a la vez que se hincaba con toda su alma en el tibio vientre que tenía debajo de sí.

Después se retiró a regañadientes, y Bella, liberada de sus garras, se volvió para contemplar a la otra pareja. Su tío arremetía con innumerables embates rápidos y breves a su amiguita, y era evidente que su goce iba a llegar al culmen sin dilación.

Julia, por su parte, a quien, por desgracia, la reciente violación y el subsiguiente trato despiadado por parte del brutal Ambrose habían herido y debilitado, no disfrutaba en absoluto, sino que yacía sumisa e inerte en los brazos de su violador.

Cuando, por consiguiente, tras unas cuantas arremetidas más, Verbouc se echó hacia delante para correrse con una voluptuosa descarga, Julia sólo notó que inyectaban en su interior algo tibio y húmedo, sin experimentar ninguna otra sensación que languidez y fatiga.

A este tercer atropello le siguió otra pausa, durante la cual Mister Delmont se retiró a un rincón y se quedó, al parecer, adormilado. Se cruzaron entonces un millar de dichos ingeniosos. Ambrose, reclinado en el lecho, hizo que Bella se acercara a él, y aplicando los labios a su raja empapada, disfrutó prodigándole besos y toqueteos de la naturaleza más rijosa y depravada.

Mister Verbouc, para no quedar a la zaga de su compañero, puso en práctica varias invenciones igualmente libidinosas con la inocente Julia.

Luego la tumbaron entre los dos sobre el lecho y palparon todos sus encantos, demorándose con admiración en su *motte* casi imberbe y en los rojos labios de su coñito.

Tras un rato, los deseos de ambos fueron secundados por los indicios externos y bien visibles de las vergas enhiestas,

ansiosas otra vez por probar placeres tan arrobadores y exquisitos.

No obstante, ahora se iba a inaugurar un nuevo programa. Ambrose fue el primero en proponerlo.

—Ya nos hemos divertido bastante con sus coños —dijo sin miramientos, al tiempo que se volvía hacia Verbouc, que se había desplazado hasta donde estaba Julia y jugueteaba con sus pezones—. Vamos a ver de qué están hechos sus traseros. Esta encantadora criatura, por ejemplo, sería un placer para el propio Papa, y debe de tener nalgas de terciopelo y un *derrière* digno de que se corra en él un emperador.

La idea se puso en práctica de inmediato y se sujetó a las víctimas. Era abominable, era monstruoso, resultaba aparentemente imposible cuando se contemplaba la desproporción. El enorme miembro del sacerdote se presentó ante la pequeña abertura posterior de Julia; el de Verbouc amenazaba a su sobrina por el mismo agujero. Un cuarto de hora se consumió en los preliminares, y tras una aterradora escena de lujuria y lascivia, las dos muchachas recibieron en sus entrañas los chorros candentes de sus impías descargas.

Al cabo la calma sucedió a las violentas emociones que habían arrollada a los intérpretes de esta monstruosa escena.

Finalmente, prestaron atención a Mister Delmont.

El digno varón, como ya he señalado, estaba discretamente instalado en un rincón, al parecer vencido por el sueño, o el vino, o posiblemente por ambos.

—¡Qué sosegado está! —observó Verbouc.

—Una conciencia pecadora es triste compañera —señaló el padre Ambrose, cuya atención se centraba en la ablución de su instrumento colgante.

—Venga, amigo mío, le toca el turno a usted. Aquí tiene un obsequio —continuó Verbouc, exhibiendo, para edificación de todos, las partes más secretas de la casi insensible Julia—. Venga y disfrute de ello. Pero ¿qué le ocurre a este hombre? ¡Cielo santo!, ¿pero qué es esto?

Verbouc retrocedió un paso.

El padre Ambrose se inclinó sobre el cuerpo del

malhadado Delmont y le palpó a la altura del corazón.
—Está muerto —dijo con voz queda.
Y así era.

Capítulo XII

La muerte repentina es algo tan habitual —sobre todo entre personas cuyo historial previo lleva a suponer la existencia de algún deterioro orgánico— que la sorpresa cede sin tardanza a las típicas expresiones de condolencia y éstas, a su vez, a una resignación ante un desenlace que no tiene nada de extraño.

La transición podría expresarse del siguiente modo:

«¿Quién iba a pensarlo?».

«¿Será posible?».

«Siempre había tenido mis sospechas».

«Pobre hombre».

«Esto no debería haber sorprendido a nadie».

Cuando el pobre Mister Delmont rindió tributo a la naturaleza, como suele decirse, esta interesante fórmula se desarrolló cumplidamente.

Quince días después de que el desafortunado caballero hubiera abandonado esta vida, todos sus amigos estaban convencidos de que hacía ya tiempo que habían detectado síntomas que tarde o temprano resultan fatales; más bien se jactaban de su sagacidad, aunque admitían con respeto lo inescrutable de la providencia.

En cuanto a mí, iba de aquí para allá, como siempre, salvo que, para variar, me pareció que las piernas de Julia tenían un sabor más picante que las de Bella y por tanto las sangraba con regularidad para mis comidas matutinas y vespertinas.

¿No era natural que Julia pasara buena parte del tiempo con su querida amiga Bella?, ¿y no era también verosímil que el padre Ambrose y su amigo, el lascivo pariente de mi querida Bella, quisieran repetir sus experiencias con la dócil jovencita?

Que así lo hacían, lo sabía yo perfectamente, pues mis noches eran de lo más incómodas y desasosegadas, siempre expuestas a la interrupción debido a las incursiones de herramientas largas y peludas entre las gratas arboledas en que me había instalado temporalmente, intrusos que frecuentemente estaban a punto de ahogarme en un torrente espeso y tremendamente glutinoso de semen animal.

En resumen, la joven e impresionable Julia quedó lisa y llanamente deshecha, y Ambrose y su compinche disfrutaron a más no poder con su absoluta posesión de ella.

Habían conseguido sus objetivos, ¿qué importancia tenía el sacrificio para ellos?

Mientras tanto, otras ideas muy distintas ocupaban los pensamientos de Bella, a quien yo había abandonado. Pero, al fin, empecé a acusar ciertas náuseas debido a un abandono demasiado frecuente a mi nueva dieta, y tomé la decisión de dejar las medias de la hermosa Julia y regresar —*revenir à mon mouton*, podría decirse— a los tiernos y suculentos pastos de la lasciva Bella.

Así lo hice, y *voici le resultat!*

Cierta noche, Bella se retiró a descansar más tarde de lo habitual. El padre Ambrose se hallaba ausente, pues le habían enviado con una misión a una lejana parroquia, y el estimado e indulgente tío de Bella yacía en cama aquejado de un fuerte ataque de gota, enfermedad a la que últimamente era más propenso.

La muchacha ya se había arreglado el cabello para dormir. También se había quitado las prendas superiores y estaba precisamente poniéndose la *chemise de nuit* por encima de la cabeza; en ese instante, dejó caer sin querer las enaguas y mostró ante el espejo sus hermosas proporciones y su piel exquisitamente suave y transparente.

Tanta belleza habría encendido a un anacoreta, pero ¡ay!, allí no había ningún asceta que ser excitado. En cuanto a mí, sólo estuve a punto de romperme la antena más larga y de torcerme la pata derecha mientras Bella hacía girar en el aire sobre su cabeza la cálida prenda.

No obstante, sí había alguien, alguien con quien Bella no

contaba, pero que, huelga decir, no perdía detalle.

Y ahora debo explicar que desde que al astuto padre Clement se le negaran los encantos de Bella, había hecho el detestable y muy impío juramento de reanudar su intento de sorprender y capturar la hermosa fortaleza que en cierta ocasión había tomado por asalto y profanado. El recuerdo de su felicidad le llenó de lágrimas los sensuales ojillos y transmitió compasivamente cierta tirantez al enorme miembro.

De hecho, Clement tenía el temible propósito de follarse a Bella en un estado natural —en las llanas palabras de ésta—, y yo, aunque pulga, oí y entendí su significado.

La noche era oscura; caía la lluvia. Ambrose estaba ausente; Verbouc se encontraba enfermo y desvalido: Bella estaría sola. De todo esto estaba perfectamente al corriente Clement, y se atrevió a intentarlo. Más ducho en la geografía del vecindario gracias a su reciente experiencia, fue directo a la ventana de la cámara de Bella, y al encontrarla, tal y como esperaba, con el cerrojo sin echar y abierta, entró con toda tranquilidad y caminó a hurtadillas hasta detrás de la cama. Desde esta posición, Clement observó con el corazón palpitante la *toilette* de la hermosa Bella hasta el momento en que comenzó a ponerse el camisón, como ya he explicado. Entonces Clement contempló a la muchacha desnuda, y bufó para su coleto como un toro. Agachado como estaba, no tuvo dificultad para ver todo su cuerpo de cintura para abajo, y cuando ella le dio la espalda, los ojos del sacerdote lanzaron un destello al ver los hermosos globos gemelos de su trasero abrirse y cerrarse a medida que la airosa moza cimbreaba su liviana figura mientras se pasaba el camisón por la cabeza.

Clement no pudo contenerse más; sus deseos alcanzaron el punto de ebullición, y tras salir de su escondrijo de manera discreta aunque veloz, se llegó hasta ella por detrás y sin perder un instante asió su cuerpo desnudo en sus brazos, colocando al hacerlo una de sus manos gordezuelas sobre su boca rosada.

La primera reacción de Bella fue gritar, pero ese femenino recurso le fue negado. La siguiente fue desmayarse, y

probablemente lo habría hecho de no ser por cierta circunstancia. Resulta que, mientras el audaz intruso la mantenía firmemente apretada contra sí, cierto chisme duro, largo y cálido, se adentró muy ostensiblemente entre sus tiernas nalgas y se quedó palpitando allí donde éstas se separaban. En ese momento crítico, los ojos de Bella contemplaron su propia imagen reflejada en el espejo que tenía enfrente, y reconoció por encima del hombro el semblante feo y apasionado, coronado por el greñudo círculo de cabello rojo, del sensual sacerdote.

Bella comprendió lo que ocurría en un abrir y cerrar de ojos. No obstante, hacía ya casi una semana que no había sido objeto de los abrazos de Ambrose o de su tío, y este hecho sin duda tuvo algo que ver con la conclusión a la que llegó en situación tan apurada. Lo que había estado a punto de hacer en realidad, ahora la lujuriosa muchacha sólo lo simulaba. Se dejó reclinar suavemente sobre la membruda figura de Clement, y el dichoso varón, al creer que de verdad se desmayaba, le quitó la mano de la boca de inmediato y la sujetó en sus brazos.

La abandonada postura de tanta donosura excitó a Clement casi hasta la demencia. Estaba prácticamente desnuda, y el eclesiástico paseó sus manos sobre la fina piel. Su inmensa arma, ya rígida y turgente de impaciencia, palpitaba ahora con pasión mientras mantenía a la hermosa joven en un firme abrazo.

Clement acercó tembloroso la cara de la muchacha a la suya y le estampó un largo y voluptuoso beso en los dulces labios.

Bella se estremeció y abrió los ojos.

Clement reanudó sus caricias.

La jovencita suspiró.

—¡Oh! —exclamó en un susurro—, ¿cómo se atreve a venir aquí? Le ruego que me deje al instante. ¡Qué vergüenza!

Clement sonrió. Siempre había sido feo: ahora, con su acusada lujuria, resultaba horrible.

—Razón no te falta —dijo él—, es una vergüenza tratar

así a una muchacha bonita, pero también es una delicia, querida mía.

Bella sollozó.

Más besos, y un vagar de manos sobre la muchacha desnuda. Una mano grande y grosera se posó sobre el suave monte de Venus, y un dedo osado separó los labios cubiertos de rocío, penetró la cálida hendidura y tocó el sensible clítoris.

Bella cerró los ojos y suspiró de nuevo. Ese pequeño órgano tan sensible comenzó a crecer al instante. No era en modo alguno diminuto en el caso de mi joven amiga, y estimulado por el lascivo toqueteo del feo Clement, se alzó, cobró rigidez y sobresalió hasta casi entreabrir los labios espontáneamente.

Bella estaba excitada, sus ojos brillaban de deseo; estaba ya muy contagiada, y al mirar de soslayo a su seductor, percibió la terrible lujuria enardecida que traslucía su rostro a medida que jugueteaba con sus tiernos encantos secretos.

La muchacha tembló de agitación; la invadió por completo una fervorosa ansia por entregarse a los placeres del coito, e incapaz de controlar sus deseos por más tiempo, introdujo precipitadamente la mano derecha detrás de sí y agarró, aunque no pudo abarcar, la enorme arma que arremetía contra su trasero.

Se cruzaron sus miradas: la lascivia ardía en ambas. Bella sonrió, Clement repitió su beso sensual e introdujo su lengua perezosa en la boca de ella. La muchacha no tardó en secundar sus lascivos abrazos y le dejó que actuara con plena libertad, tanto en lo tocante a sus manos errantes como a sus vigorosos besos. Poco a poco la fue empujando hacia una butaca, y la joven, hundiéndose en ella, esperó con impaciencia las siguientes proposiciones del sacerdote.

Clement estaba de pie delante de la muchacha. Su sotana de seda negra, que le llegaba hasta los talones, estaba abultada por delante; con sus mejillas, de un color rojo subido debido a la violencia de sus deseos, sólo rivalizaban sus labios, que humeaban cada vez que el hombre respiraba, y lo hacía entrecortadamente con sólo pensar en lo que le

esperaba.

Vio que no tenía nada que temer y todo por disfrutar.

—Esto es excesivo —murmuró Bella—. Váyase.

—No; es imposible. No sabe lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—Pero le pueden descubrir, y eso sería la ruina para mí.

—No es probable. Como bien sabes, estamos solos y no es en absoluto probable que nos molesten. Además, eres tan deliciosa, hija mía, tan tierna, tan joven y hermosa… Vamos, no retires la pierna. Sólo estaba posando la mano en tu suave muslo. De hecho, quiero follarte, querida.

Bella vio a la enorme proyección dar un respingo.

—¡Qué asqueroso es usted! ¡Qué palabras utiliza!

—¿Ah, sí, cariño mío, angelito? —dijo Clement, volviendo a asir el sensible clítoris, que amasó entre el índice y el pulgar—. Las provoca el placer de palpar este abultado coñito que intenta maliciosamente eludir mis caricias.

—¡Qué poca vergüenza! —exclamó Bella, riendo a su pesar.

Clement se acercó y se inclinó sobre Bella al tiempo que ella tomaba también asiento. Le tomó el hermoso rostro entre sus gordas manos. Mientras lo hacía, Bella notó que la sotana, ya abultada debido a los fuertes deseos de los que se hacía eco su porra, estaba a escasos centímetros de su seno.

Percibía las contracciones con que se alzaba y caía gradualmente la prenda de seda negra. La tentación era irresistible; metió su delicada manita bajo el hábito del sacerdote, y levantándola lo suficiente, palpó una buena mata de pelo que ocultaba dos pelotas del tamaño de huevos de gallina.

—¡Ay, Dios mío, qué enormes! —susurró la jovencita.

—Y están llenas de preciosa y espesa leche —dijo Clement dando un suspiro y jugueteando con los dos hermosos pechos que tan cerca tenía.

Bella cambió de postura, y asió una vez más con ambas manos el fuerte y erguido bulto de un gigantesco pene.

—¡Qué espantoso, vaya monstruo! —exclamó la impúdica niña—. Es uno de los grandes, sin duda; ¡vaya tamaño tiene!

—Sí, menuda polla, ¿eh? —observó Clement, al tiempo que daba un paso y se levantaba la sotana para dejar más a la vista el gigantesco asunto.

Bella no pudo resistirse; levantó un poco más la prenda del varón, liberó su pene por completo y lo expuso en toda su longitud.

A las pulgas no se nos da bien medir el tamaño ni las distancias, y me abstengo de ofrecer ninguna dimensión exacta del arma en la que la damita tenía ahora clavada la vista. Diré, no obstante, que era de proporciones gigantescas. Tenía un gran bálano liso y rojo, que se erguía brillante y desnudo al cabo de un largo y ternilloso astil. El agujero de la punta, por lo general tan pequeño, era en este caso una hendidura considerable y estaba mojado a causa de la humedad seminal que allí se acumulaba. A lo largo de todo el astil se prolongaban abultadas venas azuladas, y en la base había una enmarañada profusión de pelo rojo y cerdoso. Debajo colgaban dos descomunales testículos.

—¡Cielo santo! ¡Ay, madre santa! —murmuró Bella, a la vez que cerraba los ojos y le daba un apretoncillo.

La testa ancha y roja, tirante y púrpura debido al exquisito toqueteo de la muchacha, estaba ahora completamente descapuchada y sobresalía erguida de entre los holgados pliegues del prepucio, que Bella retiraba hacia abajo. Bella jugueteó encantada con su adquisición y retiró aún más el prepucio aterciopelado bajo su mano.

Clement suspiró.

—Oh, deliciosa niña —dijo, mirándola con ojos centelleantes—, tengo que joderte de inmediato o lo derramaré todo encima de ti.

—No, no debe malgastar nada —exclamó Bella—; ¡qué apremiado debe ir para querer correrse tan pronto!

—No lo puedo evitar. Te ruego que te quedes quieta un momento o me correré.

—¡Qué cosa tan grande! ¿Cuánta leche puede llegar a echar usted?

Clement se detuvo y le susurró a la muchacha al oído algo que no alcancé a oír.

—Oh, qué delicia, ¡pero es increíble!

—No, es cierto, sólo hace falta que me des la oportunidad. Venga, ansío que lo pruebes, hermosa. Mira esto. ¡Tengo que follarte!

Meneó su monstruoso pene delante de ella. Luego, doblándolo hacia abajo, lo soltó de pronto. Salió disparado hacia arriba, y al hacerlo, el prepucio se retiró espontáneamente y el gran capullo rojo asomó con la uretra abierta, que exudaba una gota de semen.

Quedó a pocos centímetros por debajo de la cara de Bella. Ella percibió el tenue olor sensual que emanaba de él y que incrementaba el desorden de sus sentidos. Continuó toqueteándolo y jugueteando con él.

—Detente, te lo ruego, querida mía, o lo desperdiciarás.

Bella permaneció quieta unos pocos segundos. Su cálida mano trataba de abarcar la polla de Clement. Éste, mientras tanto, disfrutaba masajeando sus jóvenes pechos y paseando sus dedos arriba y abajo por el húmedo coño. El juego la volvía loca. Tenía el clítoris cada vez más caliente e hinchado; su respiración se tornó agitada y su hermoso rostro estaba arrebolado de ansia.

El capullo se ponía cada vez más duro y brillaba como una ciruela madura. Bella ardía de deseo; miraba furtivamente la barriga desnuda y peluda del varón, sus muslos musculosos, velludos como los de un mono. La enorme polla, más hinchada a cada momento, amenazaba los cielos y le provocaba emociones indescriptibles.

Excitada más allá de todo límite, abrazó con sus blancos brazos la fornida figura del bruto eclesiástico y lo cubrió de besos. Era precisamente su fealdad lo que acrecentaba sus sensaciones libidinosas.

—No, no debe malgastarla, no le permitiré que lo haga —dijo, y tras una breve pausa, articuló un peculiar gemido de placer; después bajó su hermosa cabeza, abrió la boca rosada y engulló al instante tanto como le cupo del lascivo bocado.

—¡Oh, qué delicia!… ¡Qué cosquillas me haces! ¡Qué…, qué placer me das!

—No le dejaré que la malgaste. Me tragaré hasta la última

gota —susurró Bella, levantando la boca un instante del reluciente capullo.

Volvió a inclinar la cabeza, apretó sus labios oferentes sobre la gruesa cresta, los entreabrió con suavidad y delicadeza, y posó el orificio de la ancha uretra entre ellos.

—¡Ay, madre santa! —exclamó Clement—. ¡Esto es el paraíso! ¡Cómo me voy a correr! ¡Dios bendito, cómo me cosquilleas y me chupas!

Bella aplicó la punta de su lengua al orificio y lamió todo su contorno.

—¡Qué rico está! Ya ha dejado escapar una o dos gotas.

—No puedo continuar, sé que no puedo continuar —murmuró el sacerdote, echándose hacia delante y cosquilleando con el dedo al mismo tiempo el clítoris hinchado que Bella ponía a su alcance.

Ésta volvió a tomar la cabeza de la gruesa polla entre sus labios, pero era tan monstruosamente gorda que no consiguió que todo el capullo le entrara en la boca.

Cosquilleando y lamiendo, retirando con movimientos lentos y deliciosos la piel que rodeaba la cresta roja y sensible de su tremenda cosa, ahora Bella a todas luces propiciaba el resultado, que, bien sabía, no podía demorarse mucho.

—¡Ay, madre santa, estoy a punto de correrme! ¡Lo noto! ¡Yo…! ¡Oh!, ¡oh!, chupa. Ahí lo tienes.

Clement levantó el brazo en el aire, la cabeza le cayó hacia atrás, se esparrancó, movió las manos convulsivamente, se le pusieron los ojos en blanco y Bella notó que un fuerte espasmo recorría la monstruosa polla. Al instante siguiente, casi la tumbó de espaldas una poderosa emisión de semen que salió disparado de sus genitales en un chorro continuo y le descendió en torrentes garganta abajo.

A pesar de toda su buena voluntad y sus esfuerzos, la glotoncilla no pudo evitar que le corriera una chorretada por las comisuras de los labios mientras Clement, fuera de sí, seguía sufriendo repentinos espasmos, cada uno de los cuales le enviaba un nuevo chorro de leche garganta abajo. Bella siguió todos sus movimientos y se aferró al arma humeante hasta que todo hubo acabado.

—¿No me había dicho que una taza de té llena? —murmuró ella—. Pues había dos.

—Mi vida… —exclamó Clement cuando al fin pudo recobrar el aliento—. Qué divino placer me has proporcionado. Ahora me toca a mí, y debes dejar que examine todo lo que me encanta de esas partecillas tuyas.

—¡Ah, qué grato ha sido! ¡Casi me atraganto! —gritó Bella—. Qué viscoso, y, Dios bendito, vaya cantidad.

—Sí, te prometí leche en abundancia, hermosa, y me has excitado hasta tal punto que sé que debes de haber recibido una buena dosis. Salía a chorros.

—Sí, sin duda así salía.

—Ahora voy a lamerte ese hermoso coño y a follarte deliciosamente después.

Aunando acción y palabra, el sensual sacerdote se lanzó entre los muslos de Bella, blancos como la leche, y hundiendo el rostro, sumergió la lengua entre los labios de la raja rosada. Luego paseó la lengua en torno al clítoris endurecido y la estimuló de manera tan exquisita que la muchacha apenas podía reprimir sus gritos.

—¡Ay, Dios mío! ¡Me está usted matando!… ¡Oh! ¡Me voy, me voy! ¡Me corro! —Y dando un repentino empujón hacia la activa lengua del eclesiástico, Bella emitió abundantes flujos sobre el rostro de Clement y éste recibió todo lo que pudo en su boca con el deleite de un epicúreo.

Al cabo, el sacerdote se incorporó; su gran arma, que apenas estaba fláccida, había recobrado ahora su tensión viril y mostraba una terrible erección. Clement lanzó un auténtico bufido al contemplar a la hermosa y complaciente muchacha.

—Ahora tengo que joderte —dijo, al tiempo que la llevaba hacia la cama—. Ahora debo poseerte y darte a probar esta polla en tu vientrecillo. ¡Oh, vaya estropicio que voy a hacer!

Se despojó con premura de la sotana y las prendas íntimas, instó a la dulce muchacha a que se quitara el camisón y luego el gran bruto, cuyo cuerpo estaba todo cubierto de vello y era moreno como el de un mulato, cogió la figura de lirio de la hermosa Bella en sus musculosos brazos y la lanzó alegremente sobre la cama. Clement

contempló durante un instante su cuerpo tendido mientras ella, palpitante, con una mezcla de deseo y terror, aguardaba la terrible embestida; luego Clement se miró complacido el tremendo pene, erecto de lujuria, y subiendo precipitadamente a la cama, se lanzó sobre ella y tapó a ambos con la ropa de cama.

Bella, medio sofocada bajo el enorme bruto peludo, notó que la rígida polla se interponía entre sus estómagos. Deslizó la mano hacia abajo y la tocó otra vez.

—¡Cielo santo, vaya tamaño! No me entrará nunca.

—Sí, sí, te entrará toda, hasta las pelotas, sólo que debes poner de tu parte; si no, es probable que te haga daño.

A Bella le ahorraron la molestia de contestar, pues al instante siguiente tenía en el interior de su boca una lengua ansiosa que casi la ahogaba.

Luego se dio cuenta de que el sacerdote se había incorporado un poco y que la cabeza caliente de su gigantesca polla presionaba entre los labios humedecidos de su rajita rosada.

Me es imposible detallar paso por paso estos preliminares. Necesitaron diez minutos, pero al final el desgarbado Clement yacía enterrado hasta las pelotas en el hermoso cuerpo de la niña, mientras las tersas piernas de ésta, alzadas por encima de la fornida espalda del sacerdote, recibían sus voluptuosas caricias. Ensartado de esta guisa, se regodeaba sobre su víctima y comenzó esos movimientos lujuriosos que acabarían liberándolo de otra buena dosis del flujo hirviente.

Al menos veinticinco centímetros de rígido músculo nervioso yacían empapados y palpitantes en el vientre de la jovencita mientras una masa de basto pelo oprimía el maltrecho y delicado monte de Venus de la pobre Bella.

—¡Ay de mí! ¡Oh, qué daño me hace! —gimió ella—. ¡Dios mío, me va a partir en dos!

Clement se movió.

—No lo puedo soportar, es demasiado grande. ¡Ay, sáquela! ¡Qué embates!

Clement arremetió sin piedad dos o tres veces.

—Espera un momento, diablillo, deja que te inunde con

mi leche… ¡Ah, qué estrecheces! Es como si me absorbieras la polla. Ahí está, ¡la tienes toda!

—¡Oh, piedad!

Clement arremetía con fuerza y rapidez, un embate seguía a otro, se retorcía y debatía sobre la tierna muchacha. Su lujuria se tornó apasionada y furiosa. Su enorme pene estaba a punto de reventar, tan intensos eran el placer y el deleite hormigueante y enloquecedor que le embargaban.

—¡Ah, por fin te estoy follando!

—Fólleme —murmuró Bella, abriendo aún más sus hermosas piernas a medida que las hondas sensaciones la invadían—. ¡Ah, fólleme! ¡Fuerte, más fuerte! —Y con un profundo gemido de éxtasis, inundó a su brutal profanador con una copiosa descarga, al tiempo que empujaba hacia arriba para recibir una tremenda acometida.

A Bella le bailoteaban las piernas mientras Clement se hincaba entre ellas y obligaba a su miembro candente a entrar y salir con movimientos lascivos. Los tenues suspiros, mezclados con los besos que le daban los firmes labios del lujurioso intruso, los ocasionales gemidos de arrobo y las vibraciones del armazón de la cama delataban la excitación de la refriega.

Clement no necesitaba invitación alguna. La emisión de su dulce compañera le había proporcionado el medio lubricante que deseaba, y se aprovechó de él para dar comienzo a una rápida serie de movimientos de entrada y salida que causaron a Bella tanto placer como dolor.

La muchacha lo secundó con todas sus fuerzas. Llena a rebosar, empujaba y se estremecía bajo los vigorosos empellones del sacerdote. El jadeo se convirtió en sollozos, se le cerraron los ojos cuando le sobrevino el feroz placer de un espasmo casi constante de emisión. Los glúteos de su feo amante se abrían y cerraban a medida que intentaba horadar más y más en el cuerpo de la hermosa muchacha.

Tras un largo rato, hizo una breve pausa.

—Ya no me puedo aguantar, voy a correrme. Toma mi leche, Bella, te llegará a riadas, hermosa.

Bella lo sabía: cada una de las venas de la monstruosa

polla estaba hinchada a más no poder. Era insoportablemente grande. No se parecía sino al gigantesco miembro de un asno.

Clement empezó a moverse de nuevo; le caía saliva de la boca. Llena de placer, Bella aguardaba el diluvio de semen. Clement propinó un par de acometidas cortas y profundas, gimió y se quedó quieto, temblando levemente todo él.

Entonces un tremendo chorro de semen salió de su polla e inundó el útero de la jovencita. El salvaje eclesiástico hundió la cabeza en las almohadas y tomó impulso para penetrarla más apoyando los pies en el armazón de la cama.

—¡Oh, ya noto la leche! —gritó Bella—. ¡Qué chorretadas! ¡Sí, démela! ¡Madre santa! ¡Qué placer!

—¡Ahí, ahí! ¡Toma! —gritó el sacerdote, al tiempo que una vez más, al entrar en ella el primer borbotón de semen, se hincaba con ferocidad en su vientre, enviando con cada embate otro tibio chorro hacia sus entrañas—. ¡Oh, qué placer!

Fueran cuales fueren las expectativas de Bella, no había tenido ni idea de la inmensa cantidad de semen que era capaz de descargar este robusto varón. La lanzaba en espesas masas y se desparramaba por el mismísimo útero de la joven.

—Oh, me corro otra vez —dijo Bella, y se hundió, medio desmayada, bajo el fuerte varón, mientras el flujo candente seguía saliendo de él en viscosos chorros.

Esa noche Bella recibió cinco veces más el glutinoso contenido de las grandes pelotas de Clement, y si la luz del día no les hubiera prevenido de que era hora de separarse, habrían comenzado de nuevo.

Cuando el astuto Clement salió de la casa, y, al clarear el alba, se dirigió a toda prisa a sus humildes aposentos, se vio obligado a admitir que se había dado un hartazgo de placer a pesar de que era Bella quien había quedado con la barriga llena de leche. En cuanto a la damita, tuvo la suerte de que sus dos protectores no habían podido verla; de otro modo, debido a lo doloridas e hinchadas que tenía sus tiernas partes, hubieran averiguado que algún intruso había hecho una incursión en su coto vedado.

Las jóvenes son muy elásticas; todo el mundo lo dice.

Bella era joven y muy elástica. Cualquiera que hubiese visto la inmensa máquina de Clement lo hubiera dicho. Su elasticidad natural le permitió no sólo soportar la introducción de este ariete sino también recuperarse por completo en un par de días.

Tres días después de que tuviera lugar este interesante episodio, regresó el padre Ambrose. Una de sus primeras preocupaciones fue dar con Bella. La encontró y la invitó a seguirle a un tocador.

—¡Mira! —gritó a la vez que sacaba su herramienta inflamada y en posición de firmes—. No he tenido diversión alguna durante una semana; tengo la polla que revienta, Bella, querida.

Dos minutos después, la joven tenía la cabeza reclinada sobre la mesa de la estancia, las ropas levantadas por encima de la cabeza y los abultados cuartos traseros totalmente al descubierto mientras el salaz sacerdote contemplaba sus rellenitas nalgas y les daba vigorosos cachetes con su largo miembro. Un minuto más y le había endilgado el instrumento en el coño desde detrás hasta que su pelo crespo y moreno se pegaba al trasero de ella. Apenas unos cuantos embates le sacaron un borbotón de leche, y envió un diluvio hasta lo más profundo de la joven.

Debido a la larga abstinencia, el buen padre estaba demasiado excitado para perder la rigidez, y bajando su fornida herramienta, la dirigió, toda lubricada y humeante, hacia el estrecho ojete que había entre las deliciosas nalgas. Bella le ayudó, y bien embadurnado como estaba, se deslizó hasta entrar y soltó otra tremenda dosis de sus fecundos testículos. Bella sintió la ferviente descarga y recibió la leche caliente a medida que él la descargaba en sus entrañas. Luego le dio la vuelta sobre la mesa y le lamió el clítoris durante un cuarto de hora, haciéndole descargar dos veces en su boca, al cabo de lo cual la empleó de la manera más natural.

Bella se fue luego a sus aposentos y se limpió, y, tras un breve descanso, se puso su vestido de paseo y salió.

Esa tarde se tuvieron noticias de que Mister Verbouc estaba peor, el ataque de gota había alcanzado zonas que

causaron honda preocupación al médico que le asistía. Bella le deseó las buenas noches a su tío y se retiró.

Julia se había instalado en la habitación de Bella para pasar la noche y las dos jóvenes amigas, a estas alturas bien instruidas en lo tocante a la naturaleza y propiedades del sexo masculino, yacían compartiendo ideas y experiencias.

—Creí que me mataban —dijo Julia— cuando el padre Ambrose metió aquella cosa tan gorda y fea en mi pobre vientrecillo, y cuando acabó, creí que le había dado un ataque, y no entendí qué podía ser esa sustancia cálida y viscosa que no dejaba de verter en mi interior pero ¡ay!…

—Entonces, querida, comenzaste a notar la fricción sobre esa cosita tuya tan sensible y la leche caliente del padre Ambrose se derramó sobre ella.

—Sí, eso ocurrió. Y cada vez que lo hace, me quedo embadurnada.

—Calla. ¿Qué ha sido eso?

Las dos se incorporaron y aguzaron el oído. Bella, más acostumbrada a las peculiaridades de su habitación de lo que podía estar Julia, prestó atención a la ventana. Oyó cómo la contraventana se abría poco a poco, y luego divisó la cabeza de un hombre.

Julia vio la aparición, y estaba a punto de gritar cuando Bella le hizo señas de que se mantuviera en silencio.

—Calla. No te asustes —susurró Bella—, no nos va a comer, sólo que es de muy mala educación por su parte molestarnos de esta manera tan cruel.

—¿Qué quiere? —preguntó Julia, que medio ocultó la cabeza bajo las ropas de cama pero sin dejar de mirar con vivo interés al intruso.

El hombre se disponía a entrar, y tras abrir lo suficiente la ventana, introdujo su voluminosa figura a través de la abertura. Cuando pisó el suelo, reveló la forma abultada y los feos y sensuales rasgos del padre Clement.

—¡Madre santa, un sacerdote! —exclamó la joven amiga de Bella—, y además bien gordo. ¡Ay, Bella!, ¿qué quiere?

—Pronto veremos lo que se le ofrece —susurró la otra.

Mientras tanto, Clement se había acercado a la cama.

—¿Cómo? ¿Es posible? ¡Doble convite! —exclamó—. Encantadora Bella, se trata sin duda de un placer inesperado.

—Haga el favor, padre Clement.

Julia había desaparecido bajo la ropa de cama.

En dos minutos, el sacerdote se había despojado de su hábito y sin esperar siquiera a que le invitaran, se lanzó al lecho.

—¡Ay de mí! —gritó Julia—. ¡Me está tocando!

—Va a tocarnos a las dos, de eso puedes estar segura —murmuró Bella al notar que la enorme arma de Clement se apretaba contra su espalda—. Debería darle vergüenza entrar aquí sin permiso.

—¿Quieres que me vaya, hermosura? —preguntó el sacerdote al tiempo que le ponía a Bella en la mano la enhiesta herramienta.

—Ahora que ya está aquí, puede quedarse.

—Gracias —susurró Clement, que acto seguido alzó una de las piernas de Bella y le insertó el gran bálano desde atrás.

Bella notó el embate y asió a Julia mecánicamente por las ijadas.

Clement arremetió una vez más, pero Bella, dando un repentino salto, lo rechazó. Entonces se levantó, retiró la ropa de cama y dejó al descubierto el cuerpo velludo del sacerdote y la etérea figura de su compañera.

Julia se volvió instintivamente, y allí mismo, delante de sus narices, estaba el rígido y erguido pene del buen padre, con aspecto de estar a punto de reventar debido a la lujuriosa proximidad a la que se encontraba su dueño.

—Tócalo —susurró Bella.

Sin inmutarse, Julia lo asió con su manita blanca.

—¡Cómo palpita! Vaya por Dios, ¡es cada vez mayor!

—Mueve ahora tu mano hacia abajo —murmuró Clement—; así, ¡oh, qué maravilla!

Ambas muchachas salieron de la cama de un brinco, y ansiosas de diversión, comenzaron a acariciar y a friccionar el enorme pene del sacerdote, hasta que, con los ojos en blanco, fue incapaz de retener un leve derramamiento convulsivo.

—¡Esto es el cielo! —dijo el padre Clement al tiempo que movía los dedos de modo que era evidente que estaba a punto de culminar su placer.

—Detente ahora mismo, querida, o si no se correrá —señaló Bella, adoptando un aire experimentado al que, sin duda, consideraba que le daba cierto derecho su previa familiaridad con el monstruo.

Sin embargo, el propio padre Clement no estaba de humor para desperdiciar su tiro cuando tenía listos para practicar su puntería dos objetivos tan hermosos. Durante los toqueteos a que habían sometido las muchachas a su polla, se había mantenido impasible, pero ahora, atrayendo a la joven Julia hacia él, le levantó deliberadamente el camisón y dejó a la vista todos sus encantos secretos. Sus impacientes manos acariciaron y amasaron sus hermosos muslos y nalgas, y abrió con los pulgares su hendidura rosada; metió su lujuriosa lengua entre ellos y robó excitantes besos de su mismísimo útero.

Julia no podía permanecer insensible ante semejantes toqueteos, y cuando al fin, trémulo de deseo y enardecido de lujuria, el osado sacerdote la tumbó sobre la cama, ella separó sus jóvenes muslos y le permitió contemplar el revestimiento carmesí de su estrecha raja.

Clement se puso entre sus piernas, y tras levantarlas en el aire, le tocó con la gran cresta de su miembro los labios humedecidos. Bella le ayudó, y tomando el inmenso pene en su hermosa mano, le apartó el prepucio y dirigió la punta limpiamente hacia el orificio.

Julia aguantó la respiración y se mordió el labio. Clement le propinó una fuerte arremetida. Julia, valiente como una leona, aguantó firme. Entró el bálano, más arremetidas, más presiones, y en menos de lo que se tarda en escribirlo, Julia había engullido el enorme miembro del sacerdote.

Una vez en plena posesión del cuerpo de la joven, Clement dio comienzo a una serie de profundas acometidas, y Julia, a quien le invadían sensaciones indescriptibles, echó la cabeza atrás y se cubrió el rostro con una mano mientras con la otra asía la muñeca de Bella.

—Oh, es enorme; ¡pero qué placer me da!

—¡Lo ha recibido todo! ¡Está dentro hasta las pelotas! —exclamó Bella.

—¡Ah, qué delicia!… ¡Va a hacer que me corra! No puedo evitarlo. Su vientrecillo es como el terciopelo. ¡Ahí, toma eso!… —dijo mientras arremetía con desespero.

—¡Ah! —exclamó Julia.

En breve, el salaz gigante concibió la fantasía de satisfacer otra lasciva idea, y tras retirar con cuidado el miembro humeante de las estrechas partes de la pequeña Julia, se metió entre las piernas de Bella y lo alojó en su deliciosa hendidura. El enorme chisme palpitante entró en el joven coño mientras su dueño babeaba debido al éxtasis que le estaba proporcionando el ejercicio.

Julia observaba con asombro la aparente facilidad con que el padre embutía su enorme polla en el níveo cuerpo de su amiga.

Un cuarto de hora permanecieron en esta posición, y durante ese tiempo Bella abrazó en dos ocasiones al padre contra su pecho para emitir su cálido tributo sobre la testa de la enorme verga. Clement se retiró una vez más y buscó aliviarse en el delicado cuerpo de la pequeña Julia de la leche caliente que lo consumía.

Tomó a la damita en sus brazos, se lanzó una vez más sobre ella, y sin mucha dificultad, presionando la polla candente contra el tierno coño, se dispuso a inundarle el interior con su desenfrenada descarga.

Tuvo lugar a continuación una furiosa lluvia de profundas y breves arremetidas, al final de la cual Clement, soltando un profundo sollozo, se hincó hasta el fondo en la delicada muchacha y comenzó a derramar un perfecto diluvio de semen en su interior. Salían de él un chorro tras otro, mientras con los ojos en blanco y las manos trémulas, el éxtasis se apoderaba de él. A Julia se le caldearon los sentidos a más no poder, y se sumó a su profanador en el paroxismo final con un grado de feroz arrobamiento que ninguna pulga sería capaz de describir.

Las orgías de aquella noche lasciva están más allá de mis

dotes de descripción. En cuanto Clement se hubo recuperado de su primera libación, anunció en el lenguaje más grosero su intención de disfrutar de Bella, y de inmediato la atacó con su formidable miembro.

Durante un cuarto de hora permaneció enterrado en ella hasta los pelos, prolongando su goce hasta que la naturaleza se abrió paso una vez más y Bella recibió su descarga en el útero.

Clement sacó un pañuelo de batista con el que enjugó los coños rebosantes de las dos bellezas. Las dos muchachas tomaron ahora su miembro en las manos, y con tiernos y lascivos toqueteos excitaron de tal modo el cálido temperamento del sacerdote que volvió a erguirse con una fuerza y virilidad imposibles de describir. Su enorme pene, enrojecido y más hinchado debido a su ejercicio previo, amenazaba a la pareja mientras lo sobaban primero en una dirección y después en la otra. A veces, Bella le succionaba el caliente bálano y le cosquilleaba la uretra abierta con la punta de su lengua.

Se trataba a todas luces de una de las formas de disfrute preferidas de Clement, que introdujo la gran ciruela hasta donde pudo en la boca de la muchacha.

Luego, desnudas como habían venido al mundo, les dio la vuelta una y otra vez, pegando sucesivamente los gruesos labios a sus coños embadurnados. Propinó palmadas y masajeó sus torneadas nalgas, e incluso les metió el dedo por el ano.

Clement y Bella convencieron después a Julia para que permitiera al sacerdote insertarle el pene en la boca, y tras dedicar un rato considerable a cosquillear y excitar a la monstruosa polla, ésta lanzó tal torrente por la garganta y el gaznate de la muchacha que estuvo a punto de ahogarla.

Sobrevino una breve pausa, y una vez más el inusitado disfrute de dos jovencitas tan delicadas y tentadoras excitó a Clement hasta que su miembro alcanzó todo su vigor.

Las colocó una al lado de otra y fue introduciendo su miembro alternativamente en cada una de ellas, retirándose tras unas cuantas feroces acometidas y entrando en la que

estaba desocupada. Acto seguido, se tumbó boca arriba y atrayendo a las muchachas hacia sí, le lamió el coño a una mientras la otra se empalaba en su enorme polla hasta que sus vellos se encontraron. Una y otra vez descargó en el interior de ambas su fecunda esencia.

Sólo el alba puso fin a esta monstruosa escena de libertinaje.

Mientras en esa ala de la mansión se sucedían escenas de esta índole, otra muy distinta tenía lugar en la cámara de Mister Verbouc, y cuando, tres días después, Ambrose regresó tras otra ausencia, se encontró a su amigo y protector al borde de la muerte.

Unas cuantas horas bastaron para poner fin a la vida y las experiencias de este excéntrico caballero.

Tras su fallecimiento, su viuda, que nunca había tenido muchas luces, empezó a presentar síntomas de demencia; llamaba constantemente al «sacerdote», y cuando en cierta ocasión se requirió urgentemente la presencia de un anciano y respetable padre, la buena señora negó indignada que pudiera ser un eclesiástico, y exigió ver «al de la herramienta grande». Al escandalizar a todo el mundo con su lenguaje y comportamiento, fue ingresada en un asilo y allí continuó con sus desvaríos acerca de «la gran polla».

Bella, que de este modo se había quedado sin tutores, prestó oídos de buena gana a los consejos de su confesor, y consintió en tomar el hábito.

Julia, también huérfana, decidió compartir la suerte de su amiga, y al dar su madre consentimiento de buena gana, las dos damitas fueron recibidas en los brazos de la santa madre Iglesia el mismo día, y cuando hubieron pasado el noviciado, ambas hicieron los votos y tomaron el hábito.

No es cosa mía, en cuanto que humilde pulga, comentar hasta qué punto eran sinceros esos votos de castidad. Sólo sé que una vez hubo acabado la ceremonia, ambas jóvenes fueron transferidas en secreto a un seminario donde las esperaban catorce sacerdotes.

Sin dar apenas tiempo a las nuevas devotas para despojarse de sus hábitos, los tunantes, enardecidos ante la perspectiva de disfrutar placer tan abundante, se lanzaron sobre ellas, y uno por uno satisficieron su diabólica lujuria.

Bella recibió más de veinte fervorosas descargas de toda guisa imaginable; y Julia, asaltada con no menos vigor, se desmayó al cabo debido al agotamiento provocado por el brutal trato de que fue objeto.

La cámara estaba bien cerrada, no había de temerse interrupción ninguna, y la sensual cofradía, reunida para rendir honores a las hermanas recientemente admitidas, gozó de los encantos de éstas a más no poder.

Ambrose estaba allí, pues hacía ya tiempo que había visto la imposibilidad de intentar quedarse a Bella para sí, y, lo que es más, temía la animosidad de sus cofrades.

Clement formaba parte del grupo, y su enorme miembro causó estragos en los tiernos encantos que atacó.

El superior también tuvo oportunidad de satisfacer sus perversas inclinaciones; y ni siquiera la delicada y recién desflorada Julia escapó a la rigurosa prueba de su asalto. La joven hubo de resignarse, y el superior, con indescriptibles y horribles emociones de placer, derramó su viscoso semen en las entrañas de ésta.

Los gritos de quienes eyaculaban, la respiración agitada de quienes se afanaban en la sensual refriega, los meneos y chirridos del mobiliario y los comentarios —medio proferidos, medio sofocados— de los que observaban, todo ello tendía a magnificar lo monstruosamente libidinoso de la escena y a intensificar y tornar aún más repugnantes los detalles de este pandemónium eclesiástico.

Agobiada por estas ideas y asqueada hasta no poder más por la orgía, huí. No me detuve hasta que me hube alejado varios kilómetros de los intérpretes del odioso drama, y desde entonces no me he preocupado por reanudar mi trato con Bella ni con Julia.

Sé que se convirtieron en el instrumento habitual de goce para los internos del seminario. Sin duda la vigorosa y constante excitación sensual de que fueron objeto tendió muy

pronto a ajar los deliciosos y tiernos encantos que tanto me habían encandilado. Que sea lo que Dios quiera; ya he llevado a cabo mi tarea, he cumplido mi promesa, mi relato ha quedado terminado, y aunque no entra dentro de las facultades de una pulga indicar una moraleja, al menos no está fuera de su capacidad escoger sus propios pastos. Tras haber visto más que suficiente de esos sobre quienes he hablado, hice lo que están haciendo muchos —muchos que, sin ser pulgas, se dedican no obstante, como ya recordé a mis lectores al comienzo de la narración, a chupar sangre—: emigré.